



**FACULTAD DE TEOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE TEOLOGIA ESPIRITUAL**

TESINA DE LICENCIATURA EN TEOLOGÍA ESPIRITUAL

**EI CARISMA APOSTÓLICO DE SAN IGNACIO DE
LOYOLA Y DE LOS PRIMEROS JESUITAS**

Presentado por:

NELSON MANUEL PEÑA ANTIL, S.J.

Dirigido por:

PROF. LUIS MARÍA GARCÍA DOMINGUEZ, S.J.

MADRID, Mayo 2017.



**FACULTAD DE TEOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE TEOLOGIA ESPIRITUAL**

**EI CARISMA APOSTÓLICO DE SAN IGNACIO DE
LOYOLA Y DE LOS PRIMEROS JESUITAS**

Presentado por:

NELSON MANUEL PEÑA ANTIL, S.J.

Visto Bueno del Director

Prof. Luis María García Domínguez, S.J.

Fdo

MADRID-Mayo 2017

Índice

Índice	5
Abreviaturas	7
Introducción.....	9
I.- PARTE	13
EL CARISMA APOSTÓLICO DE IGNACIO DE LOYOLA Y LOS PRIMEROS COMPAÑEROS	13
Capítulo 1	15
Contexto eclesial de finales del s. XV hasta mediados del s. XVI	15
1.1 Contexto general	15
1.2 La España de finales del s. XV y los primeros años del s. XVI.....	16
1.3 El ambiente espiritual de su época	23
1.3.1 Nuevas fundaciones del s. XVI.....	25
1.3.2 Místicos españoles del s. XVI.....	26
Capítulo 2.....	29
Inspiración apostólica de Ignacio de Loyola y de sus primeros compañeros	29
2.1 Breves antecedentes históricos y familiares de Iñigo.....	30
2.2 De Loyola a Manresa (1521 – 1522).....	31
2.2.1 La Ilustración del Cardoner.....	35
2.2.2 Iñigo el peregrino	38
2.3 De Jerusalén a Salamanca (1523 – 1527).....	40
2.4 Tiempo de estudios en París y los primeros compañeros (1528 – 1534).....	47
2.5 La visita a Azpeitia (1535).....	51
2.6 En Venecia (1536 – 1537).....	53
2.6.1 Consolidación del grupo de los primeros compañeros.....	55
2.6.2 Visión de la Storta.....	57
2.7 En Roma (1538 – 1540).....	58
2.8 Deliberaciones de 1539.....	61

II.- PARTE	63
LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL CARISMA APOSTÓLICO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS	63
Capítulo 3	65
La Fórmula del Instituto, rasgos fundamentales del carisma apostólico de la Compañía de Jesús	65
3.1 Breve presentación de la Fórmula del Instituto.....	69
3.2 Rasgos fundamentales del carisma apostólico de la Compañía de Jesús	71
3.2.1 La centralidad de Jesús en la vida de la Compañía	71
3.2.2 La mediación de la Iglesia y del Romano Pontífice.....	73
3.2.3 El cuarto voto: la obediencia al Sumo Pontífice como pilar apostólico.....	75
3.2.4 La importancia del superior mayor en torno a la misión del jesuita.....	77
3.2.5 El modo de ser del Instituto: su estructura institucional y apostólica	79
3.2.6 La relevancia de los ministerios apostólicos	80
3.2.7 La pobreza apostólica de la Compañía	82
3.2.8 La Compañía de Jesús como orden sacerdotal	83
3.2.9 La oración del jesuita	88
Capítulo 4	91
Las Constituciones, identidad y modo de proceder apostólico de la Compañía de Jesús...	91
4.1 De los Ejercicios Espirituales a las Constituciones.....	94
4.2 Identidad apostólica y modo de proceder.....	95
4.3 Una formación para la misión (Examen y Partes I- VI).....	96
4.3.1 Candidatos admitidos en función de la misión.....	97
4.3.2 Pruebas del noviciado para la misión	98
4.3.3 Formación en virtud y letras para la misión	101
4.3.4 Resultado: un jesuita para la misión.....	103
4.4 La misión, núcleo de la vocación del jesuita (Parte VII)	104
4.4.1 La Parte VII como el corazón de las Constituciones.....	105
4.4.2 Modos de misión: de su Santidad y del superior.....	106
4.4.3 Criterios para la selección de ministerios.....	107
4.4.4 Otros asuntos: indicaciones generales, moverse por sí mismo y residir establemente (casas y colegios).....	108
4.5 Un cuerpo para la misión (Partes VIII- X).....	110
4.6 La primera Compañía hasta la muerte de Ignacio de Loyola.....	115
Conclusión	119
Bibliografía	129

Abreviaturas

De los escritos ignacianos:

<i>Au</i>	Autobiografía de San Ignacio de Loyola.
<i>Co</i>	Constituciones de la Compañía de Jesús.
<i>De</i>	Diario espiritual de San Ignacio de Loyola.
<i>Ej</i>	Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.
<i>Epp</i>	Epistolae et Instructiones Ignatii Loyolae.
<i>FI</i>	Fórmula del Instituto.
<i>F39</i>	Fórmula de 1539: aprobada “viva voz” por Paulo III.
<i>F40</i>	Fórmula de 1540: aprobada por bula <i>Regimini Militantis Ecclesiae</i> del Papa Paulo III.
<i>F50</i>	Fórmula del Instituto de 1550: nueva confirmación en la bula <i>Exposcit Debitum</i> del Papa Julio III.

Otras fuentes ignacianas:

<i>Chron</i>	Vita Ignatii Loiolae et rerum Societatis Iesu historia.
<i>Epp</i>	<i>Mixtae</i> Epistolae mixtae ex variis Euoropae locis ab anno 1537-1556.
<i>FD</i>	Fontes Documentales de santo Ignatio de Loyola.
<i>FN</i>	Fontes Narrativi de santo Ignatio de Loyola.
<i>MBob</i>	Monumenta Bobadillae.
<i>MCo</i>	Monumenta Constitutionum.
<i>MHSJ</i>	Monumenta Histórica de la Compañía de Jesús.
<i>MLain</i>	Monumenta Lainii. Epistolae, Memoriale et processus.
<i>MNad</i>	Monumenta Natalis. Epistolae Hieronymi Nadal.
<i>MRib</i>	Monumenta Rivadeneira.
<i>MScripta</i>	Scripta de Soneto Ignacio de Loyola.
<i>MXav</i>	Monumenta Xaveriana.
<i>PoCo</i>	Polanci Complementa.
<i>Summ Hisp Polanci</i>	Sumario de las cosas más notables a la institución.

Otras:

<i>DEI</i>	Diccionario de espiritualidad ignaciana.
<i>DHCJ</i>	Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús.
<i>o.c.</i>	Obra citada.
<i>PC</i>	Perfectae Caritatis.

Introducción

El presente trabajo de investigación lleva por título: El carisma apostólico de Ignacio de Loyola y de los primeros jesuitas. Para explicitar lo que pretendo me veo en la necesidad de precisar qué entiendo por carisma:

“Aquel don del Espíritu ofrecido benevolentemente por Dios a algunos fundadores, hombres o mujeres, para producir en ellos determinadas capacidades que les hacen aptos para alumbrar nuevas comunidades de vida consagrada en la Iglesia”¹.

Este don revela una experiencia del Espíritu vivida por un creyente y que es transmitida “para ser acogida, custodiada, profundizada y desarrollada en sintonía con el cuerpo de Cristo en crecimiento perenne”². Es por ello que esta gracia espiritual no debe considerarse como un fenómeno extraordinario o exclusivo de una sola persona sino una manifestación de la acción divina que se pone al servicio del Pueblo de Dios.

Partimos de la base que Ignacio de Loyola vivió una auténtica y profunda experiencia de Dios, la cual lo llevó a descubrir un llamado de seguir a Jesús de una manera particular y bien definida: de modo apostólico.

¹ A. APARICIO Y J. CANALS (Directores), voz “*Carisma*”, en *Diccionario Teológico de la vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2000, 150.

² *Ibíd.*

Esa inspiración del Espíritu fue transmitida por él a diversas personas que fue encontrando en su peregrinar y que tuvo una repercusión mayor en sus compañeros de París, con los cuales, a la larga, fundaría la Compañía de Jesús. Dicho proceso de identificación con este modo particular no fue mecánico -de la noche a la mañana- sino lento y a ratos tormentoso; ello quedará en evidencia ya en la primera parte de este trabajo.

Esa interacción espiritual, de estos *amigos en el Señor*³, no quedó sólo en el primer grupo de París sino que se hizo texto e inspiración para las nuevas generaciones de jesuitas de la naciente orden religiosa. En este sentido los documentos fundacionales fueron claves para que el carisma trascendiera el tiempo:

“La experiencia de vida evangélica, transmitida por el fundador a sus compañeros, quedó recogida en la Fórmula del Instituto... y en las Constituciones y dio lugar a un estilo peculiar de espiritualidad y apostolado, de organización de la vida religiosa-apostólica y a un modo de vivir la vida ordinaria, que constituyen el carácter peculiar de la Compañía de Jesús”⁴.

A este proceso lo hemos llamado de institucionalización, cuyo contenido se desarrollará extensamente en la segunda parte de este escrito. En otras palabras podemos decir que el carisma apostólico vivido por Ignacio y sus primeros compañeros se institucionalizó con la fundación de la Compañía y se puso al servicio de la Iglesia *Ad maiorem Dei gloriam* [Cf. Co 135, 508].

Con esta investigación busco abordar un tema de interés personal retornando, especialmente, a las fuentes que nutren el carisma apostólico de la Compañía de Jesús. Me interesa rescatar, en un primer momento, la experiencia de Ignacio y de sus primeros compañeros; para ello me detendré en el proceso espiritual del peregrino que paulatinamente lo conduce a la moción de “ayudar a las almas” y en el encuentro con sus compañeros de París haciendo una valoración del modo de vida espiritual, fraterno y sobre todo apostólico que los caracteriza. Posteriormente, en un segundo momento, me

³ Término usado por Ignacio de Loyola para referirse a sus primeros 9 compañeros. Carta a Juan de Verdolay (24 de julio 1537), *Epp.* I, 11- 113, en IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, (I. Iparraguirre/ C. de Dalmases/ M. Ruiz Jurado, editores), BAC, Madrid 2013², 669.

⁴ M. RUIZ JURADO, *Carisma de la Compañía de Jesús*, en Ch. O’NEILL Y J. DOMÍNGUEZ, *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús* (Vol. I), Institutum Historicum, SJ – Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2001, 660.

detendré con minuciosidad en los contenidos de los textos fundacionales que describen el carisma apostólico de los primeros jesuitas. Dicho itinerario se cerrará con la muerte del fundador.

Como hemos enunciado anteriormente esta tesina contiene dos partes: la primera referida principalmente al carisma; ella contiene dos capítulos: uno que da cuenta, de manera sucinta, del contexto eclesial donde se inserta, en el tiempo y la historia, la figura del peregrino (cap. 1) y el otro está referido a la inspiración apostólica, que suscita el Espíritu Santo en el corazón de Ignacio de Loyola y de sus primeros compañeros (cap. 2). La segunda parte dice relación con el proceso de institucionalización del carisma apostólico; ella contiene también dos capítulos: uno referido a la *Fórmula del Instituto* -donde se pretende acentuar los rasgos fundamentales del carisma apostólico de la Compañía- (cap. 3) y el otro referido a las *Constituciones* -que muestran la identidad y el modo de proceder apostólico de los primeros jesuitas- (cap. 4).

Pretendo con esta investigación, en primer lugar, dar cuenta del proceso espiritual de Ignacio y de sus primeros compañeros que los movió a descubrir el carisma apostólico como su modo de seguir al Señor. Y, en segundo lugar, definir cómo se institucionalizó dicha inspiración del Espíritu haciéndose accesible a los primeros jesuitas y poniéndose al servicio de la misión de la Iglesia de manera concreta.

A la hora de abordar este desafío me encuentro con varias dificultades: mi poca experticia histórica, no manejar el latín (idioma que prevalece especialmente en la MHSJ), entre otras. Sin embargo, aun reconociendo mis limitaciones, me he decidido a abordar este tema con la mayor seriedad posible.

Usaré, para dar mayor continuidad y coherencia a esta investigación, una línea cronológica. Me valdré, en esta oportunidad -sobre todo en la primera parte-, de dos textos referidos directamente a la vida de Ignacio y de los primeros compañeros: la *Autobiografía* escrita por Luis Gonçalves da Câmara y la *Vita Ignatii* escrita por Pedro de Ribadeneira. Ambos textos son muy importantes para saber, de primeras fuentes, como se fue dando en ellos su proceso espiritual y apostólico. Es necesario considerar, eso sí, que ambos libros deben ser utilizados críticamente, entre otras razones por la

intencionalidad con que fueron escritos⁵. A pesar de ello, según mi percepción, son de una riqueza sin igual que nos ayudan a entender -junto a las diversas fuentes consultadas- el punto a desarrollar en esta investigación. Para la segunda parte el esfuerzo ha sido rescatar los puntos esenciales de los documentos institucionales; tratando de profundizar la fuerza de sus ideas y confrontarlas con algunos estudios más recientes que nos ayudan a vislumbrar sus alcances.

Adentrarnos en el carisma de Ignacio de Loyola y de los primeros jesuitas no solo puede ser sugerente para aquellos que compartimos esta espiritualidad apostólica sino, también, para todas las personas que deseen conocer un modo válido -inspirado por el Espíritu- de seguir a Jesús en la Iglesia.

⁵ La crítica que recae sobre el texto de la *Autobiografía* es que omite parte importante de la vida del peregrino (todo lo ocurrido antes de 1521); el relato comienza con una simple frase: “hasta los 26 años fue un hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra”... [Au 1]; además se sospecha de la direccionalidad “mítica idealizada” que quiso dar Jerónimo Nadal al texto. En relación a la *Vita Ignatii* se le critica ciertas limitaciones históricas: la primera es que no aporta muchos datos de la infancia y juventud del peregrino; la segunda que por ser un texto póstumo no recoge las palabras directas de Ignacio y, por lo mismo, se percibe un texto más pensado y elaborado por su autor en relación al escrito por Gonçalves da Câmara.

I.- PARTE

EL CARISMA APOSTÓLICO DE IGNACIO DE LOYOLA Y LOS PRIMEROS COMPAÑEROS

“De la misma manera excitó Dios al P. Maestro Ignacio comunicándole una gracia y mediante él a nosotros, la cual seguimos, y nos regimos según ella; y éste es nuestro particular modo en que diferimos de los otros religiosos, y es menester que nosotros lo sintamos así y gustemos; pero los otros religiosos no es menester que lo sientan, porque tienen su modo particular, al cual es menester que sigan”.

MNad V, 37; Cf. FN II, 137.

Capítulo 1

Contexto eclesial de finales del s. XV hasta mediados del s. XVI

El carisma apostólico de san Ignacio de Loyola y de los primeros jesuitas se inserta dentro de un movimiento de grandes figuras y corrientes espirituales ortodoxas del s. XVI en España. La originalidad de dicha inspiración del Espíritu y su legado es evidente. Incluso en nuestros días -a inicios del s. XXI- mantiene toda su vigencia; basta considerar la fuerza que mantienen los *Ejercicios Espirituales* y la misma misión de la Compañía de Jesús, para confirmar esta afirmación.

Para entender con mayor profundidad la originalidad del carisma apostólico de la Compañía -que es una de las ideas principales de este trabajo de investigación- es necesario volver a sus fuentes sin descuidar el contexto cultural y eclesial donde nacen. Por lo mismo, a continuación, esbozaremos pequeñas pinceladas de este momento tan particular de la historia.

1.1 Contexto general

Ignacio de Loyola fue contemporáneo de grandes personalidades que trascendieron la historia, entre los cuales se encuentran: los Reyes Católicos, Carlos I de

España y V de Alemania, Erasmo de Rotterdam, Tomás Moro, Martín Lutero, el Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, Leonardo Da Vinci, etc. Todos ellos, de diversos modos y en distintas disciplinas, marcaron profundamente la sociedad y la Iglesia de su tiempo. Este grupo de personalidades, y otros que no hemos considerado en este momento, son parte activa de un cambio de época: del paso de la Edad Media a la Edad Moderna⁶; incluso varios de ellos contribuyeron directamente en lo que conocemos como Renacimiento -que propuso una vuelta al humanismo y a los clásicos de los primeros siglos- lo cual significó, paulatinamente, un cambio de paradigma. Fue en ese momento donde el hombre nuevamente empezó a ponerse al centro de la reflexión y comenzó a explotar sus capacidades intelectuales para el progreso de la ciencia, la teología, las artes, etc. Estos nuevos saberes repercutieron fuertemente en lo establecido hasta ese momento. Sus ideas y conocimientos tuvieron un fuerte espaldarazo, además, con la aparición de la imprenta⁷.

1.2 La España de finales del s. XV y los primeros años del s. XVI

Este es el tiempo de los Reyes Católicos, de Carlos I de España -V de Alemania- y de Felipe II los cuales generaron una fuerte influencia no sólo en el poder temporal sino también eclesial, incluso en momentos en el papado.

Con el matrimonio de Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla (1469) se unificó, por primera vez, la Corona formando así la Monarquía hispana⁸. Los Reyes, además, buscaron la unificación peninsular mediante el matrimonio de sus hijos, aunque no lo pudieron lograr del todo por fallecimientos prematuros. Sin embargo, bajo su reinado lograron la incorporación al reino de Castilla del reino nazarí de Granada (1492) y de las islas Canarias (1496). A lo anterior tenemos que sumarle otros hitos

⁶ Ello significó al interior de la Iglesia que “la idea medieval de la *christianitas* única, guiada por el papa y por el emperador, se disuelva en las distintas «cristiandades nacionales», en las que el rey o el príncipe controla también los asuntos eclesiásticos y religiosos, ya sea en beneficio de la Iglesia y de su reforma, ya en beneficio de su propio sistema de gobierno absoluto, en el que no cabe la total independencia de determinados sectores dentro de la nación (incluida la Iglesia), especialmente en materia económica y jurisdiccional. Se produce por tanto una *confusio regnorum* (secular y espiritual) a distintos niveles”: G. ZAGHENI, *La Edad Moderna*, en J.M. LABOA (editor), *Historia de la Iglesia, desde los orígenes del cristianismo hasta nuestros días*, San Pablo, Madrid 2012, 432.

⁷ Los antecedentes sobre la primera imprenta en España corresponden a la ciudad de Segovia en el año 1472; su primer impreso sería el sinodal de Águila Fuente.

⁸ Aunque por diversas razones, que en este momento no va al caso detallar, ambos reinos mantuvieron su propia personalidad jurídica.

importantes como son el descubrimiento de nuevas tierras⁹ y la expulsión, de las tierras hispanas, de los judíos que no se bautizaron en la Iglesia Católica (1492).

Los Reyes buscaron, además, fortalecer el poder monárquico y la seguridad social¹⁰. Fue con esa finalidad que Isabel la Católica formó la llamada Santa Hermandad (1476) el cual era un grupo armado, pagado por los diferentes concejos¹¹, que perseguía a los delincuentes. También, para salvaguardar la ortodoxia de la doctrina católica, impulsaron, por una parte, la Inquisición (1478) y, por otra, una profunda reforma del clero (1494). Diremos una palabra, por la pertinencia con nuestro tema, de estos últimos puntos.

La Inquisición española¹² fue muchas cosas al mismo tiempo: “tribunal con jurisdicción especial para combatir la herejía, institución con todo su aparato administrativo, empresa paraestatal con cuentas deficitarias, instrumento aculturador o educador a su manera en el contexto de la estrategia pastoral de la reforma católica...”¹³.

Ella fue un poder activo “en tanto que beneficiario de la capacidad e exenciones y privilegios que le permitían situarse en los márgenes del sistema”¹⁴. Indefinido “por la propia indefinición del objeto de la herejía”¹⁵... En otras palabras se podría decir “que el poder camaleónico inquisitorial se movió siempre en la órbita de los dos clásicos poderes: Iglesia y Estado, tanto en la cúspide central como en la vertiente local”¹⁶. Pero es preciso señalar que, en el caso español, los inquisidores eran nombrados por la Corona y sus decisiones no se podían apelar a Roma. Aunque no nos detendremos mayormente en estos puntos era necesario tenerlos presentes porque de distintas formas condicionó la vivencia religiosa de la península y fue, en momentos, una piedra de tope no solo de las herejías o movimientos heterodoxos sino que también

⁹ Basta recordar que el descubrimiento de América, impulsada por Cristóbal Colón con el respaldo explícito de los Reyes Católicos, está fechada en el año 1492, un año después del nacimiento de Ignacio de Loyola.

¹⁰ Ellos “se daban cuenta de que, sin la paz y prosperidad religiosa, difícilmente podían conseguir los ideales que se habían propuesto de unificación y grandeza nacional”: F. MARTÍN – J. MARTÍN, *Historia de la Iglesia en España*, Palabra, Madrid 2009, 99.

¹¹ Los concejos equivalen a lo que hoy llamamos los ayuntamientos.

¹² La Inquisición originalmente había sido iniciada, en el sur de Francia, en la Edad Media (1184). Su finalidad fue similar a la experiencia española: la supresión de la herejía en la Iglesia Católica.

¹³ R. GARCÍA CÁRCEL, *La inquisición en los siglos XVI y XVII*, en J. ESCUDERO (Director), *La Iglesia en la historia de España*, Marcial Pons, Madrid 2015, 445.

¹⁴ *Ibíd.*

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ *Ibíd.*

se presentaron como una amenaza a varios místicos del s. XVI como son: Juan de Ávila y Fray Luis de León, entre otros. Dicha institución ocupó un lugar central en la configuración de la Iglesia por décadas y no se abolió definitivamente hasta la primera mitad del s. XIX.

La reforma del clero impulsada por los Reyes Católicos respondió, dentro de otras razones a la inquietud que tenían por el nombramiento -de parte de la curia romana- de obispos no españoles; por la administración de los recursos económicos; y por la falta de testimonio evangélico de los clérigos, sacerdotes regulares y monjas. Para abordar estos temas Fernando e Isabel intentaron crear un cuerpo episcopal adicto y propulsor para colaborar con la monarquía en este proceso de reforma:

“para llevarlo a cabo establecieron una serie de criterios para la selección de los candidatos: ser naturales de sus reinos, honestos, de clase media y letrados. La preocupación de los Reyes por el acierto en la elección de los prelados se palpa ya en el *Acuerdo para la gobernación del reino* del año 1475 y en el cuidado que tenían de informarse de las personas más capacitadas para ocupar las prelacías, llevando un registro de las mismas”¹⁷.

Para las principales autoridades de España era una prioridad, desde el inicio de su reinado, luchar por imponer a la curia sus candidatos; sin embargo eso lo lograron a medias. Ambos no estaban de acuerdo con que clero no español se beneficiara de los bienes de los nativos; para salvaguardar ese punto y una mejor atención pastoral buscaron imponer residencia a los obispos y sacerdotes. Además, de paso, trataron de “hacer del episcopado uno de los puntales de su política de gobierno, unciéndolo al carro del nuevo Estado, pues eran muchos los recursos económicos y sociales que controlaban”¹⁸. Además, para mejorar el servicio de los obispos, los Reyes Católicos impulsaron la idea de que fueran letrados; “decir letrados significa un hombre formado en las aulas universitarias, que se encargase de la promoción cultural del clero”¹⁹.

¹⁷ M. BARRIO, *Los Reyes Católicos, Cisneros y la Reforma del clero secular y regular*, en J. ESCUDERO (Director), *La Iglesia en la historia de España*, o. c., 420.

¹⁸ M. BARRIO, *Los Reyes Católicos, Cisneros y la Reforma del clero secular y regular*, o. c., 421.

¹⁹ *Ibíd.*

En ese entonces la vida de los clérigos, en su mayoría, dejaba bastante que desear²⁰. Existían clérigos tonsurados amparados por sus desafueros y jueces eclesiásticos que los amparaban frecuentemente frente a sus diócesis. Muchos vivían en concubinato. La mayoría era ignorante “sin grandes preocupaciones morales ni pastorales, porque algunos se ordenan para entrar en posesión de un beneficio familiar, otros para conseguir un oficio y no pocos para eximir a su familia de pagar impuestos, siendo pocos los que lo hacen por vocación”²¹. Todo esto se podría explicar por la falta de exigencias, de parte de los obispos, a aquellos que querían acceder a las sagradas órdenes. Sobre este punto el papa Alejandro VI exigió, en la asamblea de 1478, a los obispos prohibir el concubinato y la pronta expulsión de la casa -de muchos clérigos- de mujeres sospechosas; para ello “se dio un plazo de 30 días, si no serían privados de sus rentas y beneficios”²².

El clero regular también sufría desórdenes sobre todo administrativos, pero también en sus costumbres religiosas.

“Las circunstancias en que se encontraba la vida consagrada y la espiritualidad emergente en la sociedad española propician la separación de los miembros de una misma congregación en dos ramas diferentes, a causa del régimen regular o forma de vida que siguen dentro de ella. Se comienza a llamar *conventuales* o *claustrales* a los religiosos que siguen el régimen tradicional de su respectiva orden; y *observantes* o *reformados* a los que asumen un nuevo estatuto jurídico dentro del cuadro básico de la propia vida religiosa”²³.

Es por ello que los Reyes Católicos buscaron emprender “una reforma sistemática dirigida por preladados de su confianza”²⁴. Pero para sanear la administración de los monasterios y retomar una práctica religiosa más coherente con su razón de ser, buscaron reformadores de la misma Orden. “A pesar de que el Pontífice accedió a

²⁰ Un ejemplo cercano a Ignacio de Loyola, que quizás tuvo presente cuando proyectaba la institucionalidad de la Compañía, fue su hermano sacerdote; el cual al igual que muchos otros clérigos de su tiempo tenía hijos y estaba preocupado excesivamente de sus bienes: Cf. L. DE DIEGO, *La opción sacerdotal de Ignacio de Loyola y sus compañeros (1515- 1540). Estudio histórico e interpretación teológico- espiritual*, CIS-UCAB, Roma- Caracas (1975), 22.

²¹ M. BARRIO, *Los Reyes Católicos, Cisneros y la Reforma del clero secular y regular*, o. c., 424.

²² *Ibid.*, 425.

²³ A. COLLADO, *Historia de la Iglesia en España, Edad Moderna*, Instituto Teológico San Idelfonso, Toledo 2007, 50.

²⁴ M. BARRIO, *Los Reyes Católicos, Cisneros y la Reforma del clero secular y regular*, o. c., 426.

algunas peticiones de los Reyes, continuó mostrándose reacio a concederles facultades para llevar a cabo una reforma general de los monasterios”²⁵. Sobre la presencia de las diversas órdenes podemos decir, de modo general, que:

- Las órdenes militares, después de la conquista de Granada perdieron su razón de ser y los Reyes Católicos consiguieron que el Papa incorporase los maestrazgos a la Corona.

- Las órdenes mendicantes (franciscanos, dominicos, carmelitas, servitas y agustinos), al final del medievo, estaban en franca decadencia y surgieron deseos de reforma, restaurando la observancia primitiva, que “culminó en la formación de la congregación de la observancia, con superiores propios aprobados por el superior general... Ellos proponían el retorno al espíritu originario presente en la fundación de las diversas órdenes”²⁶.

- La decadencia afectó también a los dominicos, fuertemente institucionalizados. “A mediados del siglo XV la reforma se hizo tan urgente que el cardenal Juan de Torquemada restauró el convento de San Pablo de Valladolid para que fuese pionero de la Reforma, como lo era San Benito para los benedictinos”²⁷.

- En la orden de San Agustín la reforma siguió un proceso muy similar al de los dominicos. En España se inició la observancia en el convento de Villanueva, cerca de Valladolid, el cual “consolidó y terminó imponiéndose con el apoyo de los Reyes Católicos que, previa autorización pontificia, encargaron a Cisneros hacerlo efectivo”²⁸.

- El Carmelo en la primera mitad del siglo XV, con la formación de congregaciones observantes, inició un nuevo proceso con instauración del Carmelo descalzo. Sin embargo, en este caso, se llevó un verdadero proceso de reforma con Santa Teresa de Ávila en el año 1562 cuando empezó a fundar nuevos monasterios reformados²⁹.

- En las órdenes de la Merced y de la Trinidad también aparecieron iniciativas de reforma.

²⁵ *Ibíd.*

²⁶ *Ibíd.*, 427.

²⁷ *Ibíd.*, 428.

²⁸ *Ídem.*

²⁹ Cf. A. COLLADO, *Historia de la Iglesia en España, Edad Moderna*, o. c., 137.

En el caso de las monjas la situación era similar. Ellas, durante la Edad Media, habían visto un fuerte incremento de sus monasterios y conventos. Para una mujer de ese tiempo, sus opciones vitales eran dos: casarse o ser monja; la falta de vocación profunda en muchas de ellas fue llevando, con el tiempo, a desórdenes fuertes en su vivencia religiosa. Ello queda en evidencia en la siguiente cita:

“Desde hacía tiempo muchas monjas no hacían vida en común, es decir, no comían todas juntas en el refectorio, ni dormían en grandes dormitorios o trabajaban en salas específicas, sino que vivían en celdas, organizadas sobre una base familiar o clientelar. En esta celda, más semejantes a un apartamento que a una habitación, las monjas dormían, cocinaban y comían, y hacían toda clase de trabajos, cuyos productos vendían a beneficio de la micro-comunidad de la celda”³⁰.

De esta manera cada grupo podía tener un patrimonio particular, separado del común y constituido por las dotes de las monjas que allí vivían. Con el visto bueno del Romano Pontífice los Reyes iniciaron la reforma... comenzando por la corona de Aragón. En 1493 nombraron visitadores para los conventos de Cataluña y dictaron severas leyes contra los que oponían o dificultaban la reforma. La cual no fue fácil porque tuvo que hacer frente a los familiares de las religiosas, hacerse cargo de la pasividad de las autoridades locales y la resistencia de muchas abadesas y superiores que sintieron postergada su libertad y poderío... “recién a mediados del siglo XVI la reforma de las monjas estaba prácticamente concluida en Castilla, pero en Cataluña seguía sin dar fruto”³¹.

En síntesis es importante considerar que “la campaña de reforma y corrección de costumbres realizada durante el reinado de los Reyes Católicos tiene como protagonista un hombre: fray Francisco Jiménez de Cisneros... por su acción renovadora de las familias religiosas y, sobre todo, sus grandes creaciones culturales que alimentaron la vida espiritual del futuro”³².

Este era, a modo general, el contexto de la vida religiosa y sacerdotal en el cual nace y vive Ignacio de Loyola. Momento en el cual el relajó y anti testimonio, de parte

³⁰ *Ibid.*, 430.

³¹ *Ibid.*, 432.

³² J. GARCÍA ORO, *Conventualismo y Observancia*, en R. GARCÍA VILLOSLADA – J. GONZÁLEZ (Directores), *Historia de la Iglesia en España*, BAC, Madrid 1980, 286.

de un sector importante de la vida sacerdotal y religiosa, de su vivencia espiritual y apostólica les había acarreado serios cuestionamientos en la sociedad de su tiempo; motivo por el cual se inició -de parte de los Reyes Católicos- un profundo proceso reformador. Considerar estos puntos nos ayudarán a situar el aporte de Ignacio y de toda la Compañía -como nueva orden- en este proceso.

Con el reinado de Carlos I surgió una forma de vida religiosa distinta, protagonizada por los clérigos regulares, los cuales ayudaron a enfrentar las nuevas exigencias de la sociedad. Sus miembros comenzaron a profesar los tres votos de pobreza, castidad y obediencia; viven en común, pero fueron exentos del coro. Ellos se dedicaron principalmente a la vida activa por medio de la enseñanza, la asistencia social y el fomento de la vida religiosa; no usaban hábito específico, ni tampoco guardaron la clausura... Dentro de este nuevo movimiento de vida religiosa apostólica se insertará la Compañía de Jesús.

En este cambio de mentalidad, promovidos por la Corona española y por algunos ministros de la Iglesia católica, la Universidad de Alcalá y la Universidad de Salamanca ocuparon un lugar relevante. La primera porque Cisneros “puso en marcha los ideales de Erasmo y Lefevre d’Etaples y creó la mayor empresa cultural de Europa moderna como academia, taller intelectual y centro editorial”³³. La segunda porque “reorganizada en orden a la prevalencia de los estudios teológicos, encuentra en Trento su mejor apuesta y tras el Concilio realiza sus mejores creaciones intelectuales”³⁴.

Por último un acontecimiento que es imprescindible tener presente en este recuento histórico -aunque no nos detengamos en este punto- fue la Reforma Protestante llevada a cabo por Martín Lutero³⁵, dado el impacto que acarreó a la Iglesia Católica y a la sociedad occidental en su conjunto.

³³ J. GARCÍA ORO, *Historia de la Iglesia III: Edad Moderna*, BAC, Madrid 2005, 168.

³⁴ *Ibíd.*

³⁵ Martín Lutero, quién había sido monje agustino, inicia este movimiento de Reforma. En el año 1520 fue excomulgado por el papa León X por su crítica feroz a los papas a quienes acusa de mercaderes, por el tema del cobro de indulgencias. Lutero también toma distancia de Carlos V, quién se había convertido en un defensor de la ortodoxia de la Iglesia, y ello le generó su proscripción política del Imperio.

1.3 El ambiente espiritual de su época

Al interior de la Iglesia Católica, junto con los procesos reformadores a los que hemos hecho alusión, se empezó a percibir -en el s. XV y en la primera mitad del s. XVI- un florecer espiritual. Tener algunas nociones de este florecimiento nos ayudará a entender mejor algunas de las fuentes de las que bebió Ignacio de Loyola en su paulatino proceso de conversión.

Dentro de las corrientes imperantes de este tiempo es importante referirnos a la llamada *Devotio Moderna*. Esta corriente espiritual, nacida a finales del s. XIV en los Países Bajos, tomaba distancia de la escolástica y promovía particularmente una línea más afectiva agustiniana. Junto con la centralidad en Cristo promovían una oración metódica, el examen de conciencia y la meditación como medios para vivir una vida ética y concreta. Tomás de Kempis (1380- 1471), quien fue Hermano de la Vida Común, fue un exponente de esta corriente en su tiempo y su libro, la *Imitación de Cristo*, fue leído con mucho fruto por Ignacio de Loyola desde su proceso espiritual de Manresa.

Las observancias del s. XV ayudaron a las diversas órdenes religiosas a reformarse, como habíamos señalado anteriormente, y promovieron la recuperación de la práctica de las virtudes, la austeridad y la penitencia. Junto con ello fueron recuperando, lentamente, la centralidad de una oración más metódica y afectiva, centrada -sin descuidar lo comunitario- en el cultivo de la propia interioridad.

En pleno s. XVI aparece la figura del franciscano Francisco de Osuna (1497-1541) quien promovió una espiritualidad más centrada en el recogimiento. Él, después de su formación en la universidad de Alcalá, desarrolló un ideario espiritual -donde la afectividad y el empirismo están presentes- el cual quedó sintetizado en el *Tercer Abecedario espiritual* (1527); texto muy influyente en su tiempo que promovía una nueva forma de oración y perseguía la reforma del individuo y de la Iglesia.

Dichas corrientes espirituales ortodoxas, más la promovida por santa Teresa, san Juan de la Cruz, san Juan de Ávila, san Ignacio de Loyola, etc. -en pleno corazón del s. XVI- dan cuenta de un tiempo de movimiento intra eclesial importante. Todos ellos -y otros que no he nombrado en este momento- se sumaron de una manera testimonial y consecuente al gran proceso reformador de la Iglesia.

Junto a estos movimientos ortodoxos, se constata también, en las primeras décadas del s. XVI, la existencia de algunas corrientes espirituales heterodoxas. Ello queda en evidencia en las palabras del historiador García Hernán: “Ignacio pertenecía a la España religiosa de comienzos del s. XVI, en la que sobresalía el mundo de las beatas y los hombres espirituales afines”³⁶. En este sentido me referiré a dos en particular: los alumbrados y los neoconvertos de apariencia. Ambas tendencias generaron la reacción de la estructura interna de la Iglesia por medio de la Inquisición.

Los alumbrados³⁷ fueron un movimiento religioso, aunque heterodoxo, que nació en Castilla (1511) y que se extendió por otros lugares de España. Fue una especie de secta mística que fue condenada por el Edicto de Toledo en 1525. Ellos postulaban una “religión interior más auténtica” que promovía un rechazo a la autoridad de la Iglesia: su jerarquía, dogmas, sacramentos, etc. y toda mediación entre Dios y el hombre. Se reunían en conventículos para interpretar personalmente la Biblia (acentuando de paso un rechazo a la vida intelectual) y practicar la oración mental que los conectaba, por medio de la emoción, directamente con Dios. Dentro de ese grupo se encontraban frailes, laicos y beatas.

Hacemos referencia a este movimiento heterodoxo porque a Ignacio de Loyola, en diversos momentos, se le acusó de alumbrado; sin embargo nunca fue condenado por ello. Sobre si hubo o no relación directa del peregrino con este movimiento no lo sabemos con exactitud, aunque el historiador García Hernán dice que sí lo hubo especialmente en Manresa y Barcelona³⁸... este no es el momento de abordar esta problemática, por ello la dejaremos solo enunciada.

Los neoconvertos era la denominación que tenían aquellas personas que provenían del judaísmo o del Islam que se habían bautizado, de manera obligatoria, para permanecer en la península ibérica. Ellos vivieron bajo sospecha por décadas; se les acusó, en distintos momentos, de practicar su religión en secreto y de mantener desviaciones doctrinales. Hacemos mención a estos grupos porque nos ayudan a entender, al igual que los grupos anteriores, el contexto de la Iglesia Católica en España a finales del s. XV y mediados del s. XVI.

³⁶ E. GARCÍA HERNÁN, *Ignacio de Loyola*, Santillana, Madrid 2013, 19.

³⁷ Cf. A. COLLADO, *Historia de la Iglesia en España, Edad Moderna*, o. c., 147- 148.

³⁸ Cf. E. GARCÍA HERNÁN, *Ignacio de Loyola*, o. c., 113- 138.

Junto con esta breve descripción del ambiente espiritual de la época de Ignacio es necesario no olvidar la fuerza que tienen, en la piedad tradicional, los sacramentos, la liturgia y las peregrinaciones que también eran característicos de este tiempo.

1.3.1 Nuevas fundaciones del s. XVI

Por otro lado -aunque no nos detengamos largamente en ello porque excede el tiempo cronológico de referencia de este trabajo- es preciso considerar la creación de nuevas congregaciones que se convirtieron en una novedad al interior de la Iglesia Católica, en pleno corazón del s. XVI. Dentro de las más significativas podemos nombrar a: los Teatinos, los Barnabitas, los Clérigos de Somasca y a la Compañía de Jesús. Y, por último, es justo y necesario considerar el gran aporte de Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Juan de Ávila entre otros, en esta reformulación de la vida religiosa al interior de la Iglesia.

Los Teatinos fueron fundados en Roma en 1524 por Cayetano de Thiene, Juan Pedro Carafa³⁹, Bonifacio de Colle y Pablo Consiglieri. Ellos pretendieron instalar una nueva forma de vida apostólica y promovieron la santidad sacerdotal mediante los votos religiosos; además, buscaron inspirarse en los grandes Padres de la antigüedad, especialmente San Agustín y en la Vida Común.

Los Barnabitas o Clérigos Regulares de San Pablo fueron fundados por Antonio María Zaccaría en 1530 en Italia y su aprobación pontificia fue en el año 1533. Se dedicaron, en un primer momento, a la predicación teniendo como modelo a San Pablo. Con el tiempo, ya en el s. XVII, se comenzaron a dedicar a diversas actividades educativas. Ellos, además, promovieron una asidua renovación interior centrandolo su devoción en el crucifijo y en la eucaristía.

Los Clérigos Regulares de Somasca fueron inspirados por Jerónimo Emiliani (quien había iniciado en el s. XVI diversas obras de misericordia: hospitales, orfanatos, etc.). Su fundación es de 1568. Se caracterizaron por promover especialmente la práctica de las virtudes evangélicas y la asistencia de los pobres.

³⁹ El mismo con el cual Ignacio de Loyola tendrá grandes problemas en Roma y que, posteriormente se convertirá en el Papa Paulo IV.

1.3.2 Místicos españoles del s. XVI

Teresa de Ávila (1551- 1582) ha sido una de las figuras más significativas de la Iglesia en la segunda mitad del s. XVI. Ingresó a la vida monacal a los 19 años en el Carmelo de la Antigua Observancia en Ávila (Cf. V 4, 2)⁴⁰. En 1555, después de años de enfermedad, experimentó que Jesús la invitaba a la reforma de su orden; con el respaldo del Papa inició ese proceso. Ella en 1560 decidió fundar un monasterio de tipo eremítico, el cual se concretó en el año 1562 (Cf. CP 13, 7)⁴¹; fue la primera de 16 casas de monjas. Junto a Juan de la Cruz, en el año 1568, inició también la fundación del primer convento para los padres y hermanos Carmelitas Descalzos; el primero de catorce. Ella buscó vivir con pasión el estricto cumplimiento de las reglas de la orden. Promovió, además, la unión del recogimiento contemplativo con la actividad práctica. Este proceso reformador, más la profundidad de sus escritos y su santidad, ayudó en el proceso de purificación de la Iglesia Católica desde dentro, en pleno auge del protestantismo.

Juan de la Cruz (1542- 1591) provenía de una familia empobrecida. En el año 1563 ingresó a los Padres Carmelitas de Medina del Campo; posteriormente se trasladó a Salamanca; fue en ese lugar donde conoció a Teresa de Ávila en el año 1567 –la cual había llegado a esa ciudad a fundar-. Fue con ella con quien comenzó el proceso de purificación y reforma del Carmelo masculino. Él se convirtió, también, en uno de los principales formadores dentro de este proceso de reforma; además le tocó vivir y padecer en carne propia las tensiones entre los calzados y los descalzos; lo cual incluso lo llevó, en 1591 -el mismo año de su muerte-, a ser destituido de todos sus cargos... Juan de la Cruz junto con ser un pilar importante en este proceso de reforma del Carmelo, fue reconocido como uno de los grandes líricos de España por la belleza de su poesía y la profundidad de sus escritos místicos, los cuales ciertamente han trascendido en el tiempo.

Juan de Ávila (1500- 1569) fue sacerdote y escritor ascético; provenía de una familia conversa... estudió en la universidad de Salamanca y en Alcalá. Su actividad pastoral la desarrolló principalmente en Sevilla y su entorno. Fue denunciado a la

⁴⁰ SANTA TERESA, *Obras Completas*, A. BARRIENTOS (Editor), Editorial de Espiritualidad, Burgos 2016⁶, 16.

⁴¹ En el Códice de Valladolid sostiene sobre su primera fundación (San José de Ávila) “esta casa es un cielo, si le puede haber en la tierra para quien se contenta sólo de contentar a Dios y no hace caso de contento suyo; tiénese muy buena vida”. en SANTA TERESA, *Obras Completas*, o. c., 674.

Inquisición en el año 1531 y estuvo encarcelado casi un año hasta el 1533 donde fue acusado de erasmismo. Antes y después de este proceso se caracterizó por ser un gran predicador del Evangelio y un formador nato. Él formó una “escuela sacerdotal”⁴² y, además, se convirtió con el tiempo en consejero de obispos. Centró su consagración en la pasión y muerte de Cristo cuya centralidad encontraba en la eucaristía. Criticó con firmeza los males de la Iglesia de su tiempo (tibieza, incoherencia de los pastores, etc.) y propuso una profunda conversión; la cual para él pasaba por la formación del clero y la formación de las personas del pueblo. Su figura fue señera en el proceso renovador de la Iglesia Católica, especialmente en el clero español.

Todo este ambiente social, cultural y religioso agitado fue parte del mundo en el cual Ignacio de Loyola vivió su entrega a Dios. Ciertamente él y los grandes místicos del s. XVI viven en un cambio de época, de ruptura eclesial, de nuevos horizontes, de cambio de paradigmas, etc. La consecuencia de sus vidas y la fuerza de sus obras e instituciones fueron luz en medio de la oscuridad que por momentos parecía instalarse en la Iglesia y la sociedad.

En el caso de San Ignacio su aporte se entiende de su experiencia espiritual y apostólica -tema que abordaremos a continuación-; incluso su modo de seguir apostólicamente a Jesús se convierte en una novedad, que fue compartida, con distintos matices, por diversas órdenes de clérigos regulares; este modo inyectó una nueva vitalidad a la misión de la Iglesia y se sumó al impulso evangelizador de los monasterios, los clérigos reformados y a las grandes órdenes mendicantes.

Era necesario tener presente esta panorámica porque nos ayuda a situarnos más lúcidamente en el tiempo. Solo ahora podemos dar un paso más.

⁴² Unos 30 de sus discípulos entraron posteriormente en la Compañía de Jesús: M^a J, FERNÁNDEZ CORDERO, *Juan de Ávila (1499?- 1564). Tiempo vida y espiritualidad*, BAC, Madrid 2017, 351.

Capítulo 2

Inspiración apostólica de Ignacio de Loyola y de sus primeros compañeros

Para comenzar a entender en qué consiste la inspiración apostólica de Ignacio de Loyola y de sus primeros compañeros y, posteriormente, a la naciente Compañía de Jesús es necesario tener algunas referencias de su historia, de su conversión y de su experiencia de Dios. Entrar en su biografía y sus escritos nos permitirá ser testigos del paso de Dios en su vida. Siguiendo una línea cronológica examinaré principalmente dos textos, que han sido introducidos brevemente, que se refieren directamente a su proceso personal y espiritual: La *Autobiografía* (*Au*) que fue escrita por Luis Gonçalves da Câmara (1553- 1555) y la *Vita Ignatii* (*MRib: Vida*) escrita por Pedro de Ribadeneira (1572 en latín y 1583 en español; el texto definitivo es de 1586). Ambos relatos son fundamentales para conocer su persona y su carisma.

En este capítulo se pretende, en un primer momento, vislumbrar la evolución humana, espiritual y apostólica de Íñigo López de Loyola. Para, en un segundo momento, ser testigos de cómo logró contagiar apostólicamente a sus primeros compañeros; y cómo ellos comienzan a ordenar sus vidas desde esta moción del Espíritu.

Antes de iniciar este recorrido, quisiera precisar que me referiré en gran parte de este capítulo al fundador de la Compañía de Jesús con el nombre de Íñigo, no de Ignacio; dado que este último recién apareció oficialmente el año 1535 en uno de los registros de la Universidad de París como el nuevo maestro de Artes: “Dominus Ignatius de Loyola, dioecesis Pampilonensis”⁴³. También, en otros momentos me referiré de él como *el peregrino*; término que aparece 77 veces⁴⁴ en el libro de la *Autobiografía*; el cual no está referido solamente a su peregrinar físico (de Loyola a Jerusalén o de Jerusalén hasta Roma) sino sobre todo a su peregrinar espiritual. Antes de explicar más detenidamente en qué consiste su peregrinar es preciso presentar algunos rasgos generales de los orígenes de este hombre que fue descubriendo en su vida, paulatinamente, la voluntad de Dios.

2.1 Breves antecedentes históricos y familiares de Íñigo

Íñigo López de Loyola, hijo de Beltrán Yáñez y Marina Sáez de Licona, nace probablemente el año 1491⁴⁵. Es el menor de 13 hermanos y vivió hasta aproximadamente 1506 o 1507 en la casa de su familia (fuera del núcleo urbano de Azpeitia) rodeada de montañas, a los pies del río Urola. Fue integrante de una familia religiosa católica tradicional perteneciente a la diócesis de Pamplona, la cual tenía el patronato de la Iglesia de San Sebastián de Soreasu donde probablemente fue bautizado; aunque no tenemos una partida de bautismo que confirme lo dicho, lo suponemos por la responsabilidad que tenía su familia con dicha parroquia y por ser el lugar donde sus padres realizaron su contrato matrimonial⁴⁶.

Como la mayoría de las familias católicas tradicionales de su tiempo Íñigo adquirió de niño ciertas devociones, por ejemplo a la Santísima Virgen -dada su cercanía con la ermita de Nuestra Señora de Olatz y el Santuario de Aránzazu- y también a San Pedro y el mismo San Francisco que fueron tan importantes en su conversión. Además sabemos que un hermano suyo fue párroco en la Parroquia de

⁴³ *FD*, 395.

⁴⁴ I. ECHARTE, *Concordancia ignaciana*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 1996, 946- 947.

⁴⁵ Cf. *MRib*: Vida 13

⁴⁶ *FD*, 79-81.

Azpeitia y que el mismo Íñigo se habría referido a su fuero eclesiástico, cuando se vio envuelto en problemas serios junto a éste el año 1515⁴⁷.

Dichos elementos generales, de su contexto familiar, son necesarios de considerar para no hacernos la idea errónea que Íñigo no tenía sensibilidad religiosa y por lo mismo no se sintió parte de la vida de la Iglesia de su tiempo. Es necesario, en este momento, dejar claro que era un hombre creyente y que conocía ciertos elementos básicos de la fe, pero que al parecer -por los antecedentes que tenemos- ello no influyó mayormente en su juventud. Quizás su temprana partida a Arévalo en 1506 (o 1507) y posteriormente a Nájera en 1517 fueron acentuando otras facetas en su vida, como por ejemplo la de *gentil hombre*.

Tenemos muy pocos datos sobre su juventud: a uno de ellos me referí anteriormente, el de 1515 -donde se vio envuelto en un proceso judicial por *ciertos excesos*⁴⁸- y otro, es el permiso que tramitó para portar un arma ya que por un incidente fue amenazado de muerte⁴⁹. Ambas situaciones son bastante complejas y ponen en evidencia el tipo de persona en que se había transformado. Desde ahí se puede entender, por su valentía y agresividad, que haya estado a cargo de un batallón de guerra en la batalla de Pamplona.

2.2 De Loyola a Manresa (1521 – 1522)

“Ofendido Íñigo estimó que sería una vergüenza si él también se fuera, y movido por su gran valentía y su ambición de gloria, plantó a su hermano, espoleó el caballo y entró al galope en la ciudad al mando de un pequeño grupo de soldados”⁵⁰

Íñigo fue herido gravemente por una bombarda en sus piernas en el año 1521⁵¹. Él, junto a un puñado de hombres, se enfrentó a las tropas francesas en la defensa del castillo de Pamplona. La *Autobiografía* nos dice al respecto:

“Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses, los cuales, después de se haber apoderado della, trataron

⁴⁷ *MScripta* I, 581 – 586. 589

⁴⁸ Cf. *FD*, 235.

⁴⁹ Cf. *FD*, 259-261.

⁵⁰ *FN* II, 63.

⁵¹ Cf. *MRib*: Vida, 14.

muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente. Y después de haber estado 12 o 15 días en Pamplona, lo llevaron en una litera a su tierra” [Au 2a].

Quizás dicho relato esté un tanto mitificado, sin embargo “el valor de Iñigo, su papel de alma de la resistencia, ha quedado suficientemente acreditado sin necesidad de esta última suposición”⁵².

Una vez en la casa de su familia empezó a empeorar tanto que se comenzó a llamar a los médicos y cirujanos para volver los huesos a su lugar. Sin embargo a pesar de esa primera intervención siguió mal, tanto que:

“iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegando el día de San Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fue aconsejado que se confesase; y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de San Pedro y San Pablo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte” [Au 3].

Algunos rasgos de la personalidad de Iñigo aparecen, en este momento, en todo su esplendor: su valentía, su tozudez, su religiosidad básica, su fortaleza... pero sobre todo su narcisismo y vanidad. Desde ahí se entiende que una vez recuperado estuviese dispuesto a volver a martirizarse, por segunda vez, “porque los huesos les habían quedado mal soldados, cuestión que hacía que una pierna le quedara más corta” [Cf. Au 4]. A pesar de esta nueva carnicería Iñigo se fue sintiendo cada día mejor de salud y comenzó un proceso lento de recuperación. Fue en esos momentos cuando pidió libros de lecturas:

“Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo; más en aquella casa no se halló ninguno

⁵² J. TELLECHEA, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Sígueme, Salamanca 2009¹¹, 89.

de los que él solía leer, y sí le dieron un *Vita Christi* y un libro de la vida de los Santos en romance” [Au 5b].

Con la lectura, y sus largas horas de meditación se dio inicio a un tiempo nuevo⁵³ en su vida; Ribadeneira nos dice al respecto que no “solamente comenzó a gustar [la lectura], más también á trocársele el corazón, y á querer imitar y obrar lo que leía”⁵⁴. Íñigo, lentamente, irá haciéndose consciente de la necesidad de compartir con otros lo que comenzaba a descubrir como buena noticia para su vida. Es interesante constatar, sobre este último punto, que cuando comienza a experimentar la presencia de Dios, en su interior, se vio movido a contarlo a los de su casa. La *Autobiografía* nos dice que: “perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas” [Au 11]. Acá hay un germen de lo que en el tiempo se convertirá en un distintivo de su vocación y servicio: la conversación espiritual⁵⁵.

En este momento se siente movido, de manera impulsiva, a meterse en la Cartuja de Sevilla [Cf. Au 12]. Sin embargo, “no se determinó de seguir particular modo de vida, sino de ir á Jerusalem después de bien convalecido, y antes de ir, mortificarse y perseguirse con ayunos y disciplinas, y todo género de penitencias y asperezas corporales”⁵⁶. Su proceso espiritual en este tiempo gira en torno a la necesidad de convertirse en un peregrino penitente, pobre y radical pero todavía muy autorreferente.

Otro indicio que tenemos de la nueva vida de Íñigo es lo que contemplamos en su visita a Monserrat, ya una vez recuperado: “la víspera de nuestra Señora de marzo en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante el altar de nuestra Señora” [Au 18a]. Luego inició su “vela de armas como caballero novel de Cristo... estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora, encomendándose á ella, llorando amargamente por sus pecados, y

⁵³ Polanco hace memoria de ese momento -trayendo el relato de su Maestro- de la siguiente forma: “En esta enfermedad, comenzó a sentir fuertes inspiraciones de Dios nuestro Señor para darse del todo a su servicio pero combatíale reciamente el mal espíritu a vueltas del bueno” (Summ. Hisp. Polanci, FNI, 157).

⁵⁴ MRib: Vida 19.

⁵⁵ Sobre la importancia de la conversación en la Compañía [Cf. Co 46. 60. 98. 115. 146. 190. 244. etc.]

⁵⁶ MRib: Vida 23.

proponiendo la enmienda de la vida para adelante⁵⁷. Es interesante, en estos relatos contemplar, por una parte, cómo en su horizonte religioso aparece -en los momentos importantes de su proceso espiritual- la figura de la Virgen (Cf. *Au* 10. 13.18)⁵⁸ y, por otro, como empiezan a aparecer los pobres, que con el tiempo se convertirán en otro eje central de su futura vocación⁵⁹.

El proceso espiritual vivido en Manresa⁶⁰, es central para entender algunas opciones que comienza el *peregrino* a realizar en su vida. Apenas llega a dicho lugar “se fue derecho al hospital, para vivir allí entre los pobres que mendigaban”⁶¹. Esta opción será cada vez más constante en él y, posteriormente, en sus primeros compañeros; en ella se manifiesta una particularidad que tiene relación con la forma y el modo que tienen de servir. Este espíritu, una vez fundada la Compañía, se espera sea acogido y vivido por las nuevas generaciones de jesuitas⁶².

En Manresa junto con volcarse a la oración y la penitencia “se dedicaba a las obras de caridad con los pobres y enfermos. Su principal apostolado era el de la conversación, con el que se cautivó la simpatía de los manresanos”⁶³. Ello se manifiesta en los mismos relatos autobiográficos:

“Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas, que allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo más del día que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído” [*Au* 26].

Su vida y su testimonio de fe empezaron a generar, en las personas que le rodean, cierta empatía y admiración; por ello lo buscan porque se sienten ayudados por él. Ese proceso de comenzar a ayudar algunas almas cada vez va tomando el corazón del

⁵⁷ *MRib*: Vida 33.

⁵⁸ La presencia cercana y afectiva de Íñigo con María será una constante en su vida; incluso, ya fundada la Compañía, La Madonna della Strada o Nuestra Señora del Camino se convirtió en la Patrona de la reciente Orden.

⁵⁹ Su sensibilidad y cercanía con los pobres es digno de destacar; no sólo porque él se convertirá en un peregrino pobre -que vivirá de la limosna y no tendrá un techo estable- sino también porque nunca se desentendió de sus necesidades; su cercanía con los enfermos de los hospitales, su solidaridad con los mendigos, a quienes incluso les daba de sus propios recursos como por ejemplo en Ferrara [Cf. *Au* 50] o en Alcalá [Cf. *Au* 57] e incluso, en más de una ocasión, defendió...

⁶⁰ Manresa, ubicada a 55 km. de Barcelona, es clave en el proceso espiritual de Íñigo; es por ello, según Laínez, que la llamaba su “Iglesia primitiva”.

⁶¹ *MRib*: Vida 35.

⁶² Cf. [*Au* 18. 19. 56. 61. 77... *Co* 66. 74. 240. 650...]

⁶³ C. DALMASES, *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, BAC, Madrid 2006, 48.

peregrino, cuestión que nace de su experiencia de servicio y como fruto de una oración profunda⁶⁴.

En síntesis podemos sostener que los once meses que permaneció Íñigo en Manresa lo marcaron profundamente. Fue ese lugar donde comenzó su vida penitente; fue ahí donde siguió experimentando una gran diversidad de espíritus; es donde experimentó en carne propia fuertes escrúpulos [Cf. *Au* 23], que incluso en algún momento lo llevaron a la idea de suicidarse... pero, también, donde experimentó con fuerza que Dios nuevamente salía a su encuentro: “quiso el Señor que despertó como de un sueño” [*Au* 25b] y luego de este despertar “Dios lo trataba de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole”... [*Au* 27]. La vivencia espiritual del *peregrino* durante este tiempo es clave en su proceso existencial porque deja en evidencia la rendición definitiva de Íñigo y el triunfo de Dios en su vida para liberarlo.

Su proceso de conversión fue lento y en muchos momentos doloroso. De a poco fue tomando distancia del personaje que había creado de sí para convertirse en una persona auténtica [Cf. *Au* 26- 27]; para hacerlo primero tuvo que vencerse a sí mismo y su orgullo.

Recogiendo lo anteriormente señalado podemos afirmar con claridad que fue Dios quien lo sostuvo siempre, lo ayudó en los momentos más complejos y lo orientó en el camino de la vida espiritual y pastoral.

2.2.1 La Ilustración del Cardoner

Una vez recobrada la calma, Íñigo recibió frecuentes ilustraciones divinas y favores espirituales: la devoción a la Trinidad; a la creación; a la eucaristía; a la humanidad de Jesús. También allí vivió un episodio que lo tocó profundamente: la ilustración del Cardoner⁶⁵, el cual quedó relatado de la siguiente manera:

“y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino que entendiendo y

⁶⁴ Polanco, ya siendo secretario de la Compañía, en el sumario de las cosas de Ignacio se refiere a este punto de la siguiente manera: “Estos deseos de comunicar al prójimo lo que Dios a él le daba, siempre lo tuvo, hallando por experiencia, que no sólo no se disminuía en él lo que comunicaba a otros, pero aún mucho crecía. Así que en la misma tierra de Manresa comenzó a dar estos Ejercicios a varias personas” (*FN* I, 154).

⁶⁵ Aparte del relato de la *Autobiografía* existen dos versiones distintas que avalan la importancia de este momento, por ejemplo: el relato de Láinez (*FN* I, 80) y el de Polanco (*FN* II, 526).

conociendo muchas cosas tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas”... “de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasado los sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosa ha sabido, aunque las ayunte toda en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola” [Au 30].

En dicha ilustración experimentó una profunda experiencia mística que lo acompañará toda la vida; en palabras de Polanco es “como si le hubieran desvelado los fundamentos de todas las cosas”⁶⁶. Los efectos que le trajo esa visión fueron una nueva mirada y una profunda experiencia de fe que lo abrió a un modo distinto de relación consigo mismo, con los demás y con Dios⁶⁷.

Íñigo, a partir de la eximia ilustración del Cardoner, le da un giro radical a su vida porque, en las gracias que recibe, se abre a la dimensión apostólica de la fe en la cual la ayuda a las almas se comenzará a convertir en su motivación fundamental. Para García Villoslada fue cuando:

“entendió claramente él mismo su llamada al apostolado. Comprendió que su vida no había de ser eremítica, ni cartujana sino apostólica activa. Quizás no vio con tanta claridad si su apostolado en bien de las almas lo había de realizar individualmente, en compañía de un pocos amigos, en forma colectiva, institucional; pero si no descubrió esto en la primera impresión, no tardó en manifestársele claramente en las meditaciones del *Rey temporal* y de las *Dos Banderas*, la cual es - según testimonio de Nadal y Polanco- la ideó en Manresa y allí empezó a comunicarlas a otros”⁶⁸.

Desde esta perspectiva se entiende que la dimensión apostólica en el *peregrino* nace de una gracia divina que será esencial toda su vida⁶⁹. Dado que, según Nadal, “a

⁶⁶ FN, 240.

⁶⁷ Dicha experiencia no se tradujo en términos de una mística esponsal, como por ejemplo en Santa Teresa de Ávila u otros místicos de su tiempo, sino como la del Maestro que instruye a un niño [Cf. Au 27b]. Más adelante Nadal se referirá a la mística de Ignacio como la de aquel que vivía en una constante unión con Dios, usando las palabras “contemplativo en la acción”: MNad V, 162.

⁶⁸ R. GARCÍA VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola, nueva biografía*, BAC, Madrid 1986, 221.

⁶⁹ Para el P. Elías Royón, “el celo a las almas no es un efecto más, ni siquiera el más importante de esta gracia, es sencillamente el centro de gravedad sobre el que se apoyará en adelante toda su vida; alrededor de su centro y gravitando sobre él se hace unidad los demás efectos de la misma gracia; de ella

partir de esta ilustración pasó a un deseo e inclinación insaciable de ayudar al prójimo, de modo que se esforzaba no sólo en aprovecharse él mismo, sino en hacer bien a los demás”⁷⁰. Eso, a medida que transcurrió el tiempo se fue enfatizando porque “había muchos días que él era muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces dellas” [Au 34a].

Otro elemento importante de destacar de este periodo manresano es que Íñigo se empieza, lentamente, a verse rodeado de personas que se sienten ayudadas por él y que comienzan a colaborar con sus propuestas espirituales y apostólicas. En este periodo reconocemos a las llamadas “Íñigas”⁷¹ que bajo su dirección se comienzan a dedicar a la propia santificación y a las obras de caridad. Lo mismo le ocurrirá en otros lugares que detallaremos en su momento (Barcelona, Alcalá, Paris, etc.)...

Pero “íbase allegando el tiempo que él tenía pensado para partir para Jerusalén” [Au 34b]; este santo lugar era su horizonte más próximo, dado que Íñigo:

“deseaba cumplir unos propósitos hechos durante su convalecencia. No olvidaba que su partida de Loyola había sido como peregrino de Jerusalén. Había, pues, que dar cumplimiento al peregrinaje prometido entonces. ¿Y quién sabe si la voluntad de Dios se manifestará en Jerusalén, señalándole en aquella Tierra santa el principio y el centro de su futuro apostolado?”⁷².

Las gracias recibidas en el Cardoner se fueron convirtiendo en su horizonte espiritual y apostólico que lo marcará profundamente hasta el final de su vida. Con estas ilustraciones, según Ruiz Jurado:

“quedó configurada para adelante la personalidad del peregrino Íñigo. En esas líneas se irá desarrollando la santidad de quien entregará a la Iglesia, para mayor gloria de Dios y salvación de las almas, el tesoro

nacerá no sólo una nueva vida apostólica, sino también una orientación nueva de su vida interior”: E. ROYÓN, *La misión en la dinámica de los Ejercicios*, en J. GARCÍA LOMAS (Editor), *Ejercicios Espirituales en el mundo de hoy*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 1991, 284.

⁷⁰ FN, II, 6.

⁷¹ “Se conocen los nombres de varias de ellas. En primer lugar está Inés Pascual, con la que incluso Ignacio tendrá correspondencia, y Jerónima Claver, hospitalaria de Santa Lucía, donde Íñigo estuvo los primeros días en Manresa. Además nos encontramos con Inés Claver, Micaela Canyillez, Ángela Amigant, Brianda de Paquera. Formaban un grupo de amistad pero también de consejo espiritual en torno a Íñigo”: R. GARCÍA MATEO, *Ignacio de Loyola, su espiritualidad y su mundo cultural*, Mensajero, Bilbao 2000, 212.

⁷² R. GARCÍA VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola, nueva biografía*, o. c., 234.

precioso del carisma recibido con sus ejercicios espirituales y con el que dará origen a la fundación de la Compañía de Jesús”⁷³.

Al mirar con detención este tiempo, desde Loyola hasta su salida de Manresa, vemos que lentamente Íñigo se va volcando hacia los otros. Con la Ilustración del Cardoner se da un paso fundamental, en esta línea, que se irá desarrollando con el tiempo y que desembocará en una vida de servicio, apertura y disponibilidad a las necesidades de los demás; en otras palabras, en un compromiso explícito y permanente con su prójimo.

El proceso experimentado por Íñigo en Manresa es decisivo en su dinámica personal. El texto escrito por Gonçalves da Câmara (la *Autobiografía*) nos permite vislumbrar esas vivencias como una experiencia mística. Es decir, podemos ser testigos -a medida que leemos- de cómo Dios irrumpió en la vida de este hombre y lo fue moldeando profundamente, convirtiéndolo -paulatinamente- en un hombre profundamente espiritual y apostólico.

2.2.2 Íñigo el peregrino

“Antes de abandonar Manresa, Íñigo había empezado a llamarse a sí mismo *peregrino*, en el sentido general de la palabra”⁷⁴.

Íñigo sale de Manresa en el año 1523 para continuar su peregrinación [Cf. *Au* 35]. Él se siente peregrino porque busca hacerse parte de una tradición profundamente cristiana y apostólica⁷⁵. En este caminar, primero solo y luego acompañado, su gran deseo era hacer lo que Dios le iba mostrando; proceso que no fue fácil porque no siempre coincidía con lo que él mismo pensaba; un ejemplo de ello tiene relación con su estadía en Jerusalén; este último punto lo desarrollaré más adelante.

Íñigo, el peregrino, recorrió cientos de kilómetros por alcanzar su ideal. Es sobrecogedor considerar cómo a pesar de su limitación física, del contexto social y

⁷³ M. RUIZ JURADO, *El peregrino de la voluntad de Dios, biografía espiritual de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid- España, 2005, 46.

⁷⁴ J. BRODRICK, *San Ignacio de Loyola, años de peregrinación*, Espasa- Calpe, Madrid 1956, 111.

⁷⁵ “La devoción a los Santos Lugares era tradicional en Guipúzcoa desde tiempo inmemorial y en las iglesias solían hacerse colectas para la conservación de los santuarios de Palestina. Isabel y Fernando contribuían anualmente con dos mil ducados al mismo designio...”. J. BRODRICK, *San Ignacio de Loyola, años de peregrinación*, o. c., 112.

político agitado de su tiempo haya transitado por tantos lugares de España, Francia, Flandes, Inglaterra, Italia, Tierra Santa, etc.

La primera claridad que tuvo Íñigo, después de su conversión en Loyola, fue ir a Jerusalén y lo logró temporalmente, pero después el destino le fue abriendo nuevos horizontes. Aunque su deseo de permanecer en ese lugar se frustra [Cf. *Au* 47 – 48], siguió en una constante peregrinación a los lugares que Dios le iba señalando en su corazón. Él no fue un vagabundo ni un giróvago sino un peregrino porque sabía dónde quería ir; esa determinación es signo de la madurez que va adquiriendo en este caminar físico pero sobre todo espiritual.

Íñigo también es peregrino porque hace un camino de fe profundo e interior: pasa de ser un *gentilhombre* a convertirse en un *peregrino*; de un caballero idealista a un discípulo del Señor; del obstinado al que se deja conducir; del ciego al que busca mirar con los ojos de Dios; del solitario al formador de un cuerpo apostólico, etc.

Su peregrinación espiritual dura toda su vida de convertido y los documentos fundacionales de la Compañía de Jesús dan muestra de este espíritu inquieto que buscó siempre la voluntad de Dios. Su *Diario espiritual*, los *Ejercicios Espirituales* y las *cartas*, por nombrar algunos, son reflejo de sus búsquedas y de su intimidad con el Señor⁷⁶.

Para Íñigo ser peregrino es una actitud y un modo de estar en el mundo; ello quedará, posteriormente, marcado en el corazón de sus compañeros de Roma, en las fuentes ignacianas y en todo el cuerpo de la Compañía:

“cuando [él] sostiene que el cumplimiento de su misión le mantiene en una continua movilidad: busca el lugar donde tiene que servir — *ayudar a las almas* (Cf. *Au* 45, 50, 63-64,71,94,96)—, se dirige hacia donde ha de encontrar la mejor manera de hacer los estudios necesarios para su apostolado (Cf. *Au* 50, 56, 73), marcha a la búsqueda de medios para pagárselas (Cf. *Au* 76), hace largas caminatas con el fin de ganarse a un hombre para Cristo o con el

⁷⁶ Cf. H. ALPHONSO, “El carisma jesuita/ Ignaciano un síntesis personal y tributo al P. P. Arrupe”, *Revista de Espiritualidad Ignaciana- XXXVIII*, Roma (2007), 50.

objeto de consolar a un compañero (Cf. *Au* 79,95). Siempre disponible al viento del Espíritu que sopla cuando quiere y donde quiere”⁷⁷.

En otras palabras es el deseo del *peregrino* de discurrir, de ir de un lado a otro, de hacerse disponible, de buscar siempre la voluntad de Dios. Deseos que serán retomados y profundizados, posteriormente, en la *Fórmula del Instituto* pero sobre todo en la parte VII de las *Constituciones*.

2.3 De Jerusalén a Salamanca (1523 – 1527)

Íñigo una vez que salió de Manresa “se fue a Barcelona, sin tomar otra compañía consigo que la de Dios, con quién deseaba tratar á sus solas, y gozar de su interior comunicación sin ruido ni estorbos de compañeros”⁷⁸. Fue en este periplo, mientras esperaba embarcación para su viaje, cuando se encontró con Isabel Roser⁷⁹ cuando daba uno de sus sermones a unos niños en las gradas de un altar, ella...

“mirándole de cuando en cuando, le parecía que le resplandecía el rostro, y sentía en su corazón una voz que le decía, llámale, llámale, y aunque por entonces quedó tan movida, que llegando a su casa, lo dijo a su marido... buscaron al peregrino luego, convidáronle á comer; comió y después le hizo una plática espiritual, de que quedaron asombrados, y aficionados a él”⁸⁰.

Fueron ellos quienes le ayudaron a continuar su peregrinación... acá comenzó una amistad que duró toda la vida⁸¹.

Es interesante destacar, en estas pocas líneas, cómo se empiezan a desarrollar tres matices de su acción pastoral: la enseñanza religiosa a los niños, el apostolado fuera del templo (itinerancia) y la conversación espiritual; estas prácticas estarán presentes en su futura acción apostólica.

⁷⁷ J.M. RAMBLA, *Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2015², 159.

⁷⁸ *MRib*: Vida 61

⁷⁹ Ella se convertirá en una de sus grandes bienhechoras; el mismo peregrino sostiene, sobre ella, en una de sus cartas: “*Os debo más que a cuantas personas en esta vida conozco*”... *Epp.* I, 187.

⁸⁰ *MRib*: Vida 62

⁸¹ Amistad que tuvo un momento de quiebre en Roma cuando ella (ya viuda) y algunas otras mujeres entraron, con el respaldo del Papa, a la Compañía de Jesús. Dicha experiencia no terminó bien... pero al final se reconcilió con Ignacio e ingresó en el convento franciscano de Santa María en Barcelona donde terminó sus días en una vida de entrega y oración: Carta a Miguel Torres (09 octubre 1546); *Epp.* I, 437- 441.

De Barcelona partió a Italia donde recibió el permiso del Papa Adriano VI [Cf. *Au* 42- 43] y se embarcó, con su aprobación, a su destino soñado; estando ahí visitó con gran devoción los santos lugares [Cf. *Au* 45- 48].

“Su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos lugares santos, y también tenía el propósito, ultra desta devoción, de ayudar las ánimas; y para este efecto traía cartas de encomienda para el guardián, las cuales le dio, y le dijo su intención de quedar allí por su devoción, más no la segunda parte, de querer aprovechar las ánimas, porque esto a ninguno lo decía” [*Au* 45].

Lamentablemente, para Íñigo, no pudo conseguir el permiso para permanecer y se vio obligado a regresar... bajo pena de excomunión [Cf. *Au* 47 – 48]; pero su deseo de regresar en otro momento permaneció intacto.

Después que entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Tierra Santa “siempre vino consigo pensando *quid agendum*, y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona. Y así se partido de Venecia para Génova”⁸². Esa decisión fue fruto de un discernimiento realizado ante la evidencia de no poder permanecer en Jerusalén [Cf. *Au* 50].

Al llegar nuevamente a Barcelona (1524- 1526) buscó a Isabel Roser y al maestro de gramática, llamado Ardévol [Cf. *Au* 54], para comunicarles su determinación de estudiar para ayudar a las almas⁸³ y pedirles ayuda. Ambos “aprobaron su determinación; y la señora le ofreció de sustentarlo en el estudio los años que estuviese allí, y el maestro de enseñarle con diligencia”⁸⁴.

El estilo de vida del *peregrino* y su deseo profundo de ayudar a su prójimo fue despertando en muchas personas admiración. Quizás, movidos por ese testimonio, se fueron acercando a él personas que buscaban acompañarlo e imitarlo en esa entrega. Es así como aparecen en este momento de su vida Calixto de Sa, Juan de Arteaga y Lope de Cáceres; posteriormente Juan de Reinalde, el cual recibió el apodo de Juanico. Sin embargo “este primer grupo, que compartió también los procesos inquisitoriales de

⁸² Cf. *FNI*, 428- 430.

⁸³ Esa moción es la que estará a la base en la formación de los jesuitas. El peregrino vio en la formación espiritual, académica y pastoral, los medios necesarios para la formar a los nuevos hijos de la Compañía. De esa manera no sólo se podía enfrentar de mejor manera la misión recibida sino también se contribuía en la renovación [Cf. 3ª y 4ª parte de las Constituciones].

⁸⁴ *MRib*: Vida 81.

Alcalá y Salamanca y que probablemente tuvo unos serios vínculos afectivos, comenzó su disolución hacia 1528, con la partida de Ignacio a París”⁸⁵. Al respecto podemos suponer, desde nuestra perspectiva, que la falta de institución; la poca formación; la frágil cohesión del grupo o el no tener una mirada apostólica común influyó en su destino. En otras palabras podemos sospechar que quizás les faltó, a este grupo, reciedumbre espiritual y apostólica (lo vivido en la cárcel o con la autoridad eclesiástica al parecer los hizo replantearse sus deseos de seguir al peregrino). O, tal vez, la amistad con Íñigo no era tan profunda espiritualmente como para partir a otros lugares desconocidos y emprender nuevas aventuras, etc.⁸⁶

Sus propósitos de dedicarse plenamente al estudio no podían frenar en el *peregrino* sus ansias de hacer el bien. “Sus actos de apostolado fueron, ante todo, el buen ejemplo; luego, las conversaciones espirituales y las obras de caridad hacia los pobres y enfermos...”⁸⁷. Tampoco “las monjas pudieron quedar fuera del alcance del celo de Íñigo. Tanto más respecto a ellas había otro elemento que estimulaba su celo: el deseo de contribuir a la reforma, tan necesaria, de los conventos”⁸⁸.

Íñigo se dedicó a la atención pastoral y a los estudios durante toda la época de Barcelona. Cuando terminó su segundo curso de latín, su maestro le dijo que ya podía estudiar artes o filosofía; para hacerlo Ignacio se dirigió a Alcalá⁸⁹.

En Alcalá estuvo en los años 1526 y 1527 donde estudió muy poco porque se dedicó sobre todo a sus quehaceres apostólicos:

“se ejercitaba en dar ejercicios espirituales, y en declarar la doctrina cristiana: y con esto se hacía fruto a gloria de Dios. Y muchas personas hubo, que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones: como era una que queriéndose disciplinar, no lo podía hacer, como que le tuviesen la mano, y otras cosas símiles, que hacían rumores en el pueblo, máxime

⁸⁵ J. GARCÍA DE CASTRO, “Los primeros de París, amistad, carisma y pauta”, *Manresa* 78 (2006) 253 – 275.

⁸⁶ Independiente de la fuerza que puedan tener estas hipótesis sabemos, con exactitud, que este grupo no continuó en el tiempo; lo más probable que esta experiencia le dejó al peregrino una enseñanza que fue clave en la conformación del grupo de París. La suerte de los integrantes que giraron en torno a Íñigo en este tiempo fue diversa. Juanico tras dejar a Ignacio se hizo fraile [Cf. *Au* 67]. Los otros después de vivir algún tiempo en casa de D. Diego de Eguía (que más tarde se convertirá en jesuita) siguieron nuevos rumbos.

⁷⁸ C. DALMASES, *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, o. c., 75.

⁸⁸ *Ibíd.*

⁸⁹ Cf. *MRib*: Vida 85.

por el mucho concurso que se hacía adonde quiera que él declaraba la doctrina” [Au 57].

Era tanta su dedicación apostólica que:

“para encontrarse con Iñigo acudían al hospital personas de todas clases: mujeres casadas y solteras, hombres mayores y jóvenes, frailes y estudiantes... a todos éstos, a solas o en grupos que llegaron hasta ser de diez o doce personas, Iñigo los instruía en las cosas espirituales. Él llamó a estos ministerios: Ejercicios espirituales y también doctrina cristiana”⁹⁰.

Sobre las dificultades que experimentó, en este periodo, podemos enunciar la tensión que vivió el peregrino con su formación académica. Él vive la tentación⁹¹ constante de desplazar el estudio por el apostolado⁹² y, en ocasiones, por la oración [Cf. Au 54-55, 82].

Aquellas reuniones y encuentros en Alcalá comenzaron a llamar la atención de las autoridades eclesiásticas que le acarrearían consecuencias negativas⁹³. En relación a esto último podemos decir que al poco tiempo comenzó a verse cuestionado en su doctrina y empezó su primer proceso frente a un tribunal eclesiástico. Al respecto el texto autobiográfico nos dice: “viene un día un alguacil a su puerta, y le llama y dice: «veníis un poco conmigo». Y dejándole en la cárcel, le dice: «no salgáis de aquí hasta que os sea ordenada otra cosa». Esto era en tiempo de verano, y él no estaba estrecho, y así venían muchos a visitalle; y hacía lo mismo que libre, de hacer doctrina y dar ejercicios. No quiso nunca tomar abogado ni procurador, aunque muchos se ofrecían” [Au 60] El mismo relato sostiene que lo tuvieron en prisión diecisiete días sin ser examinado, hasta que al fin:

⁹⁰ Cf. *MScripta*: I, 598-624.

⁹¹ Esa tentación no desaparece por completo sino vuelve también en Salamanca y París. Al ser reconocido posteriormente por Iñigo la enrostra y así vuelve a sus primeros propósitos...

⁹² Cf. *MRib*: Vida 86.

⁹³ Iñigo padece esas tensiones que lo marcaron directa o indirectamente en muchos momentos de su peregrinación; es necesario aclarar que se trata de la autoridad eclesiástica no de la inquisición; ello ocurrió 8 veces: tres veces en Alcalá de Henares, una en Salamanca, dos en París, una en Venecia y una en Roma... donde, dentro de otras sospechas, fue acusado de alumbrado y de heterodoxo... de todos esos procesos salió absuelto. En palabras de Ignacio: “no cayendo debajo de mérito alguno, parte porque en todo somos obligatísimos a V. A”: Carta a Juan III, rey de Portugal (08 marzo 1543), *Epp*. I, 243- 246.

“vino Figueroa a la cárcel, y le examinó de muchas cosas, hasta preguntarle si hacía guardar el sábado. Y si conocía dos ciertas mugeres, que eran madre y hija; y desto dijo que sí. Y si había sabido de su partida antes que se partiesen; y dijo que no, por el juramento que había recibido. Y el vicario entonces, poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría, le dijo: «esta era la causa porque sois aquí venido»... [Au 61]

El *peregrino* estuvo 42 días en la cárcel, cuando se leyó su sentencia se le dijo que:

“fuese libre, y que se vistiesen como los otros estudiantes, y que no hablasen de cosas de la fe dentro de 4 años que hoviesen más estudiado, pues que no sabían letras. Porque, a la verdad, el peregrino era el que sabía más, y ellas eran con poco fundamento: y esta era la primera cosa que él solía decir cuando le examinaban” [Au 62].

Después de este tiempo en la cárcel se dirigió al arzobispo de Toledo (que se encontraba en Valladolid) para poner las cosas en sus manos, éste lo recibió bien y le facilitó su partida a Salamanca donde “tenía amigos y un colegio, todo le ofreciendo; y le mandó luego, en se saliendo cuatro escudos” [Au 63].

En julio de 1527 Íñigo llegó a Salamanca, donde:

“Confesábase con un fraile de santo Domingo en san Esteban; y habiendo 10 ó 12 días que era allegado, le dijo un día el confesor: los Padres de la casa os querían hablar; y él dijo: en nombre de Dios. Pues, dijo el confesor, será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; más de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas” [Au 64].

Ese encuentro se convirtió, en un primer momento, en un interrogatorio. En un segundo momento en una confrontación de su doctrina:

“Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por el Espíritu santo. No por letras; ergo por Espíritu santo». Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no le pareciendo

bien aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más destas materias” [Au 65].

En un tercer momento lo retuvieron en su casa tres días pero ocurrió que estando en ese lugar “cuasi siempre estaba llena su cámara de frailes, que venían a velles; y el peregrino siempre hablaba de lo que solía; de modo que entre ellos había ya como división, habiendo muchos que se mostraban afectados” [Au 65]. Por último fue llevado a la cárcel pero al igual que en el monasterio siempre venían muchos a visitalles, y el peregrino continuaba sus ejercicios de hablar de Dios, etc. [Cf. Au 67]. “En la cárcel: no podía hacerse a la idea de que le cerrasen la puerta para aprovechar a las ánimas, y esto por la sola razón que no había estudiado”⁹⁴.

Luego de ser interrogado se le pidieron sus papeles, que eran los *Ejercicios Espirituales*, y se inició un tiempo de examinarlos. Dos de sus compañeros también fueron apresados: Cáceres y Artiaga. El relato de la *Autobiografía* nos dice al respecto:

“Y algunos días después fue llamado delante de cuatro jueces, los tres doctores, Sanctisidoro, Paravinhas y Frías, y el cuarto el bachiller Frías, que ya todos habían visto los Ejercicios. Y aquí le preguntaron muchas cosas, no sólo de los Ejercicios, más de teología, verbi gratia, de la Trinidad y del Sacramento, cómo entendía estos artículos” [Au 68].

Sobre los ejercicios lo único que se le reflejó como sospechoso fue lo relacionado a los pecados veniales y mortales. Recién a los 22 días los llamaron a oír la sentencia la cual fue positiva,

“no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca definiesen: esto es pecado mortal, o esto es pecado venial, si no fuese pasados 4 años, que huviesen más estudiado” [Au 70].

Íñigo la acató pero dentro de los límites geográficos correspondientes.

Una vez, él y sus compañeros, fuera de la cárcel se “empezó a encomendar a Dios y a pensar lo que debía de hacer. Y hallaba dificultad grande de estar en

⁹⁴ C. DALMASES, *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, o. c., 84.

Salamanca; porque para aprovechar las ánimas le parecía tener cerrada la puerta con esta prohibición de no definir de pecado mortal y de venial” [Au 70]. Luego de un par de semanas partió solo a Francia; aunque “todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor” [Au 72].

Estos episodios vividos por Íñigo fueron determinante en su vida porque le obligaron a tomar más en serio el tema de los estudios; pues, de lo contrario, siempre tendría dificultades para dedicarse al apostolado que día a día iba tomando su corazón.

El *peregrino* al no tener una formación teológica acreditada se vio cuestionado en su doctrina en diversos momentos⁹⁵. Con el tiempo fue aprendiendo de estas tensiones; eso se refleja en la seriedad con la cual tomó sus estudios posteriormente en París -en la segunda parte de su estadía-. Y, ya fundada la Compañía, en los lineamientos que dejó escritos a los que están en formación (sobre todo en la 4ª parte de las *Constituciones*) donde se invita al jesuita a no descuidar su formación académica e intelectual [Cf. Co 360- 365].

A pesar de las dificultades que fue encontrando en su peregrinar Íñigo se fue haciendo cada vez más consciente del bien que podía hacer a las almas de las personas.

Si miramos retrospectivamente podemos apreciar cómo el *peregrino* se hace cada vez más sensible al encuentro con otros: familiares, amigos, hombre y mujeres de distinta condición social, letrados y gente sencilla, monjes y laicos, etc. Esos encuentros nacen, en su mayoría, de la moción que experimenta de transmitir su experiencia de Dios; esos encuentros están mediados preferentemente por la conversación espiritual, la enseñanza de la doctrina cristiana, los ejercicios espirituales⁹⁶ a quienes podían ser de provecho [Cf. Au 60]... También, por su sensibilidad y cercanía con los pobres; no solo porque él se había convertido en un peregrino pobre⁹⁷ sino, también, porque nunca se

⁹⁵ Cf. *MRib*: Vida 90. 93.

⁹⁶ Es necesario precisar que no con la profundidad y sistematicidad posterior; *MRib*: Vida 56.

⁹⁷ Cf. *MRib*: Vida 36.

desentendió de sus necesidades [Cf. *Au* 50. 57], incluso siendo General de la Compañía en Roma⁹⁸.

Lo expresado hasta aquí muestra la evolución que va tomando Íñigo en su vida espiritual y apostólica. Por un lado dejó de estar centrado en sí mismo y se fue haciendo más sensible al bienestar integral de su prójimo. Y, por otro lado, fue sorteando de buena forma las dificultades que fue encontrando en su peregrinar.

El *peregrino* nuevamente se puso en camino; “sentía llevar el favorable viento del Espíritu Santo, y hallaba paz en la guerra, y en los peligros seguridad, y en los trabajos descanso. Y se dio á caminar por medio de Francia á pie y con el favor de Dios que le guiaba”⁹⁹.

2.4 Tiempo de estudios en París y los primeros compañeros (1528 – 1534)

Íñigo “llegó a París sano y sin pasar ningún peligro, al principio de febrero de 1528”¹⁰⁰; ahí vivió en dos lugares distintos: en el Colegio de Monteagudo y en el Colegio de Santa Bárbara.

En Monteagudo convivió con algunos españoles [Cf. *Au* 73] y comenzó a estudiar humanidades porque se sentía con poco fundamento. Fue en este lugar donde, al poco tiempo de su llegada, empezó a experimentar escases e incomodidad y se vio en la necesidad de pedir limosna para mantenerse [Cf. *Au* 74]. Además, como consecuencia de su mala alimentación, comenzó a tener fuertes dolores de estómago. Cuestión que le trajo como consecuencia que no aprovechara, en esta etapa, de buena forma los estudios como se lo había propuesto. Sin embargo a pesar de dichos inconvenientes, siguió con su costumbre de dedicarse a las conversaciones espirituales y a dar los Ejercicios [Cf. *Au* 77]; los hicieron, entre otros: Peralta, el bachiller Castro y un vizcaíno de Santa Bárbara de nombre Amador; los cuales después de esa experiencia empezaron también a pedir limosna por París y a posar en el hospital San Jaques donde estaba el peregrino. Ello, con el tiempo, le acarrearía conflictos con algunas autoridades

⁹⁸ El apostolado social y de promoción humana fue muy importante en la primera Compañía. En Roma se manifestó en: atención a niños huérfanos, a prostitutas (la casa de Santa Marta), ayuda a los pobres y mendigos, a los enfermos en los hospitales, etc.: Cf. Summ. Hisp. Polanci, *FN* I, 197ss.

⁹⁹ *MRib*: Vida 100.

¹⁰⁰ *Ídem*.

y compañeros de la universidad quienes lo empezaron a considerar como un *seductor de estudiantes*¹⁰¹.

La vida que llevaba en Monteagudo fue en desmedro de su formación académica; incluso, en un momento, dada las necesidades que padecía “pensó en tener un amo” (Au 74). Pero para no verse en tanta escasez material acogió la recomendación de un fraile español que le dijo “que sería mejor irse a Flandes, y perder dos meses, y aún menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año” [Au 76]. Lo hizo y con esos recursos pudo trasladarse a un Colegio que le permitiera vivir más cómodo y así poder sacar mayor provecho de las letras. El lugar escogido por Íñigo, que a la larga resultaría providencial, fue Santa Bárbara.

Ya, en Santa Bárbara, inició la segunda parte de su estadía en París. Éste era un lugar más adecuado para profundizar en los estudios por el estilo de vida más holgado (en comparación al anterior), por la cercanía física con la Universidad y por tener las comodidades necesarias para cumplir su desempeño académico.

Íñigo comenzó a estudiar Artes con el Maestro Juan Peña pero, nuevamente, se vio enfrentado a diversas tentaciones que lo distraían de sus quehaceres como estudiante. Al examinar y notar el poco provecho que estaba sacando de sus estudios se determinó, bajo promesa a su maestro, mayor dedicación... de esta forma venció la tentación.

En la Universidad, junto con mejorar su latín, sacó el título de maestro en Artes y luego se dedicó a estudios superiores de teología, aunque no los terminó. Es interesante constatar, en este momento, que a diferencia de los otros lugares donde estudió (Barcelona, Alcalá, Salamanca), logró “ordenar muy bien sus estudios, porque antes de pasar adelante se reformó bien en lengua latina... acabó el curso en artes, pasando por el examen que allí llaman de la Piedra, que es lo más riguroso que en aquellas universidades hacen”¹⁰². En este punto quedó en evidencia cómo Íñigo aprendió de su propia experiencia a concentrarse y a sacar provecho de las letras siempre teniendo como horizonte final el ayudar mejor a las almas...

“En este tiempo conversaba con Mro. Pedro Fabro y con Mro. Francisco Javier, los cuales después ganó para el servicio de Dios por medio de los Ejercicios” [Au 82].

Para el *peregrino* los *Ejercicios Espirituales* ocupan un lugar central en su servicio de ayudar a las almas. Ya hemos visto cómo desde Loyola siente deseos de

¹⁰¹ Cf. *MRib*: Vida 114.

¹⁰² *MRib*: Vida 104- 105.

comunicar lo que está viviendo espiritualmente; además hemos sido testigos de cómo en Manresa, Barcelona, Alcalá, Salamanca... ofrece la experiencia a diversas personas. El valor que le da a la vivencia de esta experiencia que marcará la vida del sujeto apostólico lo refiere hermosamente en una de sus cartas:

“siendo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar así mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos...”¹⁰³.

En esta carta somos testigos como para el *peregrino* los *Ejercicios* son uno de los medios privilegiados de su acción apostólica en beneficio de los demás. Esta experiencia fundamentará la formación espiritual del sujeto apostólico una vez institucionalizada la Compañía [Cf. *Co* 65, 73, 98, 149, 196, 277...].

Volviendo al relato histórico podemos decir que Fabro y Xavier se convertirían en los primeros compañeros del graduado Maestro Ignacio; prontamente se sumaron al grupo otros estudiantes de la Sorbona los cuales empezaron a conformar el grupo de los llamados primeros compañeros o amigos en el Señor. Sobre su relación con ellos recogemos, posteriormente, el testimonio de Polanco:

“En tiempo así mismo del estudio atendía a otras muchas buenas obras que sin despendio de él podían hacerse, como es favorecer a muchos pobres estudiantes, no solamente de lo que él tenía, pero de otros amigos, poniendo a unos con amos que les diesen comodidad de estudiar, haciendo dar porciones a otros, buscando para otros estudiantes, aconsejando a otros y en diversos modos ayudándolos. Y con estos mismos medios, ultra del divino servicio presente, ganaba el amor de muchos, teniendo ojo al fin suyo de traer algunas personas que más ingeniosas y hábiles para su propósito le parecían. Así se hizo amigo de Fabro, ayudándole en lo temporal... el cual después con los ejercicios entró muy profundamente en las cosas espirituales, y en ellas comenzó a dar mucho buen odor de sí, y ayudar a muchos, aún antes de partirse de París. A Mro. Francisco Xavier ganó quasi en el mismo tiempo, aunque no con el mismo medio...”¹⁰⁴.

¹⁰³ Carta a Manuel Miona (16 noviembre 1536), *Epp.* I. 111- 113, en IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, o. c., 668- 669.

¹⁰⁴ J. DE POLANCO, *Summ Hisp.* 52.

A los dos ya nombrados, en un primer momento, tenemos que agregar a Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Simón Rodríguez y Nicolás Alfonso de Bobadilla.

“Todos estos siete [incluido Ignacio], acabado su curso de filosofía, y habiendo recibido el grado de maestros, y estudiando ya teología, el año de 1534, día de la Asunción de Nuestra Señora, se fueron á la iglesia de la misma Reina de los ángeles, llamada *Mons Martyrum*, que quiere decir, el *monte de los mártires*, que está a una legua de París”¹⁰⁵

Ahí, delante del Señor, realizaron sus votos de castidad y pobreza y explicitaron su profundo deseo de trabajar por las almas, al servicio de Cristo¹⁰⁶.

Según las palabras de Diego Laínez hasta este momento no habían pensado en la posibilidad de fundar, ello queda en evidencia en su testimonio: “Y porque nuestra intención desde París aun no era de hacer congregación, sino dedicarse en pobreza al servicio de Dios nuestro Señor y el provecho del próximo, predicando y sirviendo en hospitales, etc.”¹⁰⁷. Pero, una vez hechos los votos, decidieron, además, lo que querían hacer: “ir a Venecia y a Jerusalén y gastar su vida en provecho de las almas” [Cf. *Au* 85]; y si no consiguiesen permiso para quedarse en Jerusalén, volver a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los emplease en lo que juzgase ser de más gloria de Dios y utilidad de las almas. Habían propuesto también esperar un año la embarcación en Venecia y si no hubiese aquel año embarcación para Levante, quedarían libres del voto de Jerusalén y acudirían al Papa, etc.

Ignacio pasó definitivamente de estar solo y a pie [Cf. *Au* 73] a descubrir cómo Dios lo invitaba a caminar con otros; solo únicamente de esta manera podemos decir que su vida comienza a integrar la dimensión de catolicidad de un auténtico discípulo.

Fue durante este periodo que el *peregrino* comenzó nuevamente a sentirse mal de salud [Cf. *Au* 84]. Y dada su situación de enfermedad los médicos y los compañeros le aconsejaron partir a sus aires natales [Cf. *Au* 85].

¹⁰⁵ *MRib*: Vida 121

¹⁰⁶ Sólo en un segundo momento, en el año 1537, se integraron al grupo tres franceses: Claudio Jayo, Jean Codure y Paschasio Broët. Todos, los primeros compañeros, “aunque de diferentes naciones, de un mismo corazón y voluntad” (*MRib*: Vida, 233).

¹⁰⁷ *Epp. Lainii*: FNI, 110

Transcurría el año 1535 cuando partió Ignacio a su tierra natal; según lo acordado, con sus primeros compañeros, debían reunirse nuevamente en Venecia el año 1537 para ver la posibilidad de viajar a Jerusalén o, en caso contrario, ir a Roma.

2.5 La visita a Azpeitia (1535)

Ignacio regresó a su tierra por motivos de salud, según nos relata el texto escrito por Gonçalves da Câmara¹⁰⁸. Pedro Fabro, quien fue el primer sacerdote de los compañeros y muy cercano a Ignacio, ocupó en su ausencia el rol de hermano mayor¹⁰⁹. La fortaleza espiritual y corporativa del grupo ayudó a que no tuviera el mismo destino del grupo de Alcalá. Ciertamente la centralidad en Jesús, el deseo de ayudar a las almas y la idea arraigada de la peregrinación o del servicio al Papa estaban instaladas, como gracia, en sus corazones.

Ignacio inició su viaje a Azpeitia montado en un caballo que había sido comprado por sus compañeros [Cf. *Au* 87]. El mismo relato nos dice que ya cerca de su tierra dos criados de su hermano salieron a su encuentro pero que el peregrino no los acompañó a la casa torre de Loyola y se fue directamente al hospital de su pueblo.

En este hospital de la Magdalena se dedicó intensamente al cuidado de los enfermos y a la acción pastoral. También

“comenzó a hablar con muchos que fueron a visitarle de las cosas de Dios, por cuya gracia se hizo mucho fruto. Tan pronto como llegó, determinó enseñar la doctrina cristiana cada día a los niños; pero su hermano se opuso mucho a ello, asegurando que nadie acudiría. El respondió que le bastaría con uno. Pero después que comenzó a hacerlo, iban continuamente muchos a oírle, y aun su mismo hermano. Además de la doctrina cristiana, predicaba también los domingos y fiestas, con utilidad y provecho de las almas, que de muchas millas venían a oírle” [*Au* 88].

¹⁰⁸ Existen otras versiones sobre la visita de Ignacio a su tierra de origen. El historiador García Hernán, por ejemplo, postula que “la necesidad de abandonar París es debido a la presión inquisitorial” (Cf. E. GARCÍA HERNÁN, *Ignacio de Loyola*, o. c., 229).

¹⁰⁹ *Epp. Lainii*: Cf. *FN* I, 104; *FN* II, 80.

Por otro lado, durante su periplo en su tierra natal,

“el peregrino persuadió al gobernador que hiciese una ley, según la cual todas aquellas que se cubriesen la cabeza por alguno, no siendo sus mujeres, fuesen castigadas por la justicia; y de este modo empezó a quitarse este abuso. Hizo que se diese orden para que a los pobres se les socorriese publica y ordinariamente, y que se tocase tres veces el "Ave María", esto es, por la mañana, al mediodía y a la tarde, para que el pueblo hiciese oración, como en Roma” [Au 89].

Un testimonio posterior a la muerte de Ignacio pone en evidencia el impacto que dejó el *peregrino* en su pueblo durante su estadía:

“El dicho P. Ignacio fue hombre de mucha santidad y de mucho ejemplo, el cual... procuró que se instituyese en esta villa una memoria para los pobres envergozantes desta villa, e se dio orden para que los fieles deste consejo pediesen limosna, los domingos y fiestas, la cual memoria hoy en día permanece, y hay buena renta para los pobres envergonzantes de la dicha villa, siendo patrón y administrador de la dicha memoria el regimiento della; y esto demás de la renta que tiene el hospital de la dicha villa, donde se acogen a los pobres”¹¹⁰.

Los números de la *Autobiografía* y el testimonio posterior que acabamos de leer no solo nos enuncian la acción apostólica de Ignacio en Azpeitia, sino que también nos dan un panorama de los futuros apostolados que tendrá posteriormente la Compañía¹¹¹. Dichas acciones apostólicas nos reflejan la concreción de Ignacio de ayudar a las almas por medio del ministerio de la palabra y las obras de misericordia -en la acción caritativa y en la búsqueda de soluciones estructurales-. Ese modo, que fue la manera de poner por obra la inspiración divina recibida, lo transmitió posteriormente a la Compañía y se fue convirtiendo en un pilar central de su quehacer apostólico. Desde esta clave podemos comprender el modelo de seguimiento de Jesús que tendrán los miembros de la *mínima Compañía*.

Volviendo al relato histórico podemos recordar que el *peregrino* estando en Azpeitia enfermó gravemente [Cf. Au 89]. Pero una vez más recuperado decidió partir para “despachar los asuntos que le habían confiado sus compañeros” [Cf. Au 90], su

¹¹⁰ *MScripta* II, 196- 197.

¹¹¹ Dada su significación lo he transcrito casi íntegramente.

hermano se enojó mucho y lo obligó a partir a caballo y no a pie como era su deseo; lo tomó, sin embargo una vez que salió de su Provincia lo dejó. Después de ese periplo, por sus tierras natales y la de sus compañeros españoles, hizo su regreso a Venecia donde se juntaría nuevamente con sus amigos e insistirían en la posibilidad de ir a Jerusalén.

2.6 En Venecia (1536 – 1537)

Ignacio llegó a Venecia, en diciembre de 1535, un año antes que sus compañeros, y se dedicó a dar los ejercicios y a tener conversaciones espirituales [Cf. *Au* 92]. También aprovechó para terminar, por tutoría, sus estudios teológicos¹¹²; Villoslada nos dice al respecto:

“Su estudio sería privado, sin asistencia a lecciones públicas de teología, pues no se daban en Venecia, que no tenía Universidad; la más próxima era la de Padua. Deseaba ardientemente completar sus estudios parisienses, para lo cual había traído consigo los libros usados en París. Serían algunos comentarios de las Sentencias de Pedro de Lombardo y quizás la Suma teológica o algunos comentarios parciales de la misma, que le recomendarían los dominicos del convento de Saint Jacques. El Prior de la Trinidad le ofrecía su biblioteca particular, que contenía las obras de S. Agustín, S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Cipriano, S. León Magno y de otros Santos Padres”¹¹³.

Sus compañeros llegaron a Venecia a principios de 1537, pero el número había aumentado –como habíamos indicado anteriormente- pues se sumaban al primer grupo los franceses: Jayo, Bröet y Codure. Algunos de ellos partieron, posteriormente, a Roma para pedir el permiso necesario para emprender la peregrinación a Palestina.

Posteriormente “los compañeros volvieron de Roma con pólizas de 200 o 300 escudos, los cuales le fueron dados de limosna para pasar a Jerusalén, y ellos no los quisieron tomar más que en pólizas. Estos escudos, después, no pudiendo ir a Jerusalén, los devolvieron a aquellos que se los habían dado” [*Au* 93]. Una vez reunidos partieron a Venecia divididos en tres grupos; en ese lugar se ordenaron los que no eran todavía sacerdotes.

¹¹² Cf. *MRib*: Vida 132.

¹¹³ R. GARCÍA VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola*, o. c., 402.

Mientras esperaban su partida a Tierra santa partieron a servir en varias ciudades.

“Y así ellos, viendo que se alejaba la esperanza de pasar a Jerusalén, se dividieron por el Véneto con intención de esperar el año que habían determinado, y si después de cumplido no hubiese pasaje, se irían a Roma. Al peregrino tocó ir con Fabro y Laínez a Vicenza. Allí encontraron una cierta casa fuera de la ciudad, que no tenía ni puertas ni ventanas, en la cual dormían sobre un poco de paja que habían llevado” [Au 94].

Su servicio apostólico -ahora en comunidad- consistió en: predicar en las plazas de las ciudades donde se encontraban, moviendo a muchas persona a devoción; dedicar mucho tiempo a la conversación espiritual; el *peregrino* también dio, con mucho fruto, los ejercicios espirituales a Pedro Contarini (procurador del hospital), Gaspar de Dotti (vicario del nuncio de Venecia), Jerónimo Verallo, etc.¹¹⁴ [Cf. Au 92].

Ignacio estando ya en Vicenza se enteró que uno de sus compañeros -Simón Rodríguez- estaba muy enfermo en Bassano. Partió sin demora a asistirlo, su visita lo reconfortó y, por gracia de Dios, sanó¹¹⁵. “Después volvieron todos a Vicenza, y estuvieron allá por algún tiempo los diez, y algunos iban a pedir limosna por los pueblos cercanos” [Au 95]. En este relato podemos vislumbrar la importancia que tienen sus compañeros en su vida; este gesto, que Ignacio tuvo con Rodríguez, consolidaba en el grupo de los *primeros compañeros* su deseo original de ser *amigos en el Señor*, no sólo de palabra sino de obra.

Su servicio apostólico también apuntó a buscar nuevos colaboradores que se sumaran al grupo que se iba consolidando cada vez más¹¹⁶. Pero, como nos dice Villoslada, “vocaciones para el nuevo instituto no se lograron, pero el ejemplo de su caridad, ascetismo y celo apostólico no dejó de producir muy estimables frutos”¹¹⁷.

Posteriormente volvieron todos a Vicenza y se dedicaron a pedir limosna por los pueblos cercanos.

¹¹⁴ *MRib*: Vida 132.

¹¹⁵ Dicha preocupación de Ignacio por Simón Rodríguez quedó grabada en su alma; a pesar de las diferencias -que tuvieron en distintos momentos de su vida y misión- no olvidó ese gesto y reconoció, en sus memorias, una paternidad de Ignacio. Ello queda en evidencia en su mismo testimonio: “*que en fin el demonio ha de quedar burlado y muchos otros, cuando vieren que yo soy hijo de vuestra reverencia, y vuestra reverencia, padre; y de allá eche una bendición tan grande, que llegue hasta estas montañas de Bassano, donde ahora justamente en este tiempo ha dieciocho años que vuestra reverencia vino a verme*”... Carta desde Bassano, 04 de septiembre de 1555 (Texto autógrafa en castellano: *RM*, 663- 664).

¹¹⁶ Cf. *Summ Hisp*: FN I, 204.

¹¹⁷ R. GARCÍA VILLOSLADA., *San Ignacio de Loyola*, o. c., 435.

2.6.1 Consolidación del grupo de los primeros compañeros

Es interesante introducir este punto considerando la carta de Ignacio a Pedro Contarini, en agosto de 1537, porque da noticias generales de la vida que llevaba con los compañeros que había reclutado en París, más los franceses que se sumaron al grupo:

“hasta el presente, por la bondad de Dios, siempre hemos estado bien, experimentando más y más cada día la verdad de aquellas palabras: como quienes nada tienen y todo lo poseen: todas las cosas, digo, que el Señor prometió dar por añadidura a cuantos buscan primero el reino de Dios y su justicia...”¹¹⁸.

La irradiación apostólica de Ignacio de Loyola a sus primeros compañeros es evidente¹¹⁹; podemos ver reflejada esta idea en las palabras de Simón Rodríguez:

“Después de renunciar a las vanas ilusiones de su vida anterior, se consagró totalmente al servicio del Señor y siempre conservó un ardiente y fervoroso celo y deseo por la salvación de las almas, un ánimo muy constante en los trabajos, en los cuales la sabiduría divina, que lo había escogido desde el seno materno para ser piedra angular en el fundamento de este su nuevo edificio”¹²⁰.

Pero aunque todos reconocían el liderazgo de Ignacio y abrazaron su estilo y la forma que tenía de seguir a Jesús, fue éste último el centro dinamizador del grupo. El cual se fue estructurando y consolidando lentamente por medio de la amistad que fueron tejiendo unos con otros, por medio del estudio, por la vivencia espiritual de los ejercicios, por los votos de Monmartre, por el trabajo apostólico en común, por la unión en la dispersión, por las dificultades que padecieron juntos, etc.

La madurez del grupo se reflejó en permanecer unidos a pesar de la lejanía de Ignacio -cuando visitó su tierra natal-; en mantener la vitalidad comunitaria y apostólica una vez que comprobaron que no podían ir a Jerusalén; en la disposición que tuvieron

¹¹⁸ Carta a Pedro Contarini (agosto 1537); *Epp.* I, 123- 125.

¹¹⁹ Todos tienen a Ignacio “como padre y como guía” (*FN* III, 10).

¹²⁰ S. RODRIGUES, *Origen y progreso de la Compañía de Jesús*, en E. ALONSO (editor), Mensajero - Sal Terrae, Bilbao 2005. Carta de Simón Rodríguez a Everardo Mercuriano, Prepósito General de la Compañía de Jesús, 3.

para ponerse al servicio del Sumo Pontífice; en el discernir comunitariamente cuál era la voluntad de Dios para ellos; etc.

“Lo que hizo posible aquella comunión entre personas tan diferentes, fue la amistad evangélica que brotaba de la común vocación y que con gran esmero habían procurado alimentar durante todos esos años. Comunión en la experiencia de sentirse llamados amigos por el Señor, comunión en un mismo proyecto de servirle”¹²¹.

A medida que fueron poniendo sus vidas en común fueron consolidando su fe en Jesús y en su proyecto, el cual los movió a permanecer unidos compartiendo el mismo pan y la misma esperanza.

De esa experiencia de discernimiento en común se derivará el nombre del nuevo instituto: al respecto podemos considerar, por su relevancia, la siguiente cita del texto del P. Polanco:

“El nombre es la Compañía de Jesús. Y tomóse este nombre antes que llegasen a Roma; que tratando entre sí como se llamarían a quien les pidiese qué congregación era esta suya, que era de 9 o 10 personas, comenzaron a darse a la oración, y pensar qué nombre sería más conveniente. Y, visto que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro propósito sino a Jesucristo, a quien sólo deseaban servir, parecióles que tomasen nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la compañía de Jesús”¹²².

Dicho sello recibió una decisiva confirmación en la visión de la Storta.

La Compañía de Jesús desde el inicio sobresalió por sus deseos de amar, de servir y de ayudar al prójimo por los ministerios de la palabra (catequesis, ejercicios, conversaciones espirituales, etc.), por las obras de misericordia (atención a enfermos, mendigos, etc.), y por los ministerios eclesiásticos, usados y aprobados por la Iglesia, que son parte de un cuerpo sacerdotal (sacramentos, predicación, etc.). El testimonio dado en este tiempo por Ignacio y los primeros compañeros lo podemos resumir en las siguientes palabras:

¹²¹ J. OSUNA, *Amigos en el Señor, unidos para la dispersión*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao-Santander, s.a, 104.

¹²² *Chron*: I, 72-74; *FN I*, 204.

“Así se mostraban hijos genuinos y fieles imitadores del gran Padre y Maestro que les había infundido su espíritu y los estaba preparando para dar forma a un Instituto nuevo y original que marcaría fuertemente su huella en la historia de la Iglesia. Entregados en cuerpo y alma a tales ministerios se les pasó el invierno; con la primavera de 1538 otros horizontes más dilatados se abrieron ante sus ojos”¹²³.

El pequeño grupo de amigos de París comenzó a configurarse en un cuerpo para la misión:

“Su forma de comunión adquiere dos dimensiones: la dispersión para el servicio apostólico y la congregación momentánea para reafirmar su conciencia de grupo, entusiasmarse, tratar sus asuntos y descansar juntos antes de volver a dispersarse”¹²⁴

Esta relación apostólica se seguirá profundizando y consolidando en la vida de cada uno de ellos y se insertará a fuego posteriormente en los documentos fundacionales de la Compañía de Jesús.

2.6.2 Visión de la Storta

En abril de 1538, ante el fracaso de la partida a Jerusalén, Ignacio llamó a todos sus compañeros para cumplir con la segunda parte del voto de Montmartre [Cf. *Au* 85] y presentarse ante el Papa Paulo III para ponerse a su servicio.

Ignacio, Fabro y Laínez, en representación de todo el grupo, se dirigieron a Roma a finales de 1537 (los demás sólo se unieron después de la Pascua de 1538). Antes de llegar a la ciudad ocurrió un acontecimiento central en la vida espiritual y del grupo: la visión de la Storta¹²⁵ [Cf. *Au* 96].

La Storta era una capilla pequeña que estaba a unos 14 kilómetros de las puertas de Roma. Ignacio pedía insistentemente a Dios Padre “que le pusiera con su Hijo”, y para hacerlo acudía a la intercesión de la Santísima Virgen. Estando en oración, en ese

¹²³ R. GARCÍA VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola*, o. c., 436.

¹²⁴ J. OSUNA, *Amigos en el Señor*, o. c., 100.

¹²⁵ *MRib*: Vida 149.

lugar, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente “que Dios Padre lo ponía con Cristo su Hijo”¹²⁶ que no tendría ánimo para dudar de esto.

En esta visión Ignacio recibió la gracia de haber sido puesto con Jesús; junto con ello experimentó la confirmación del nombre de la nueva Compañía y sintió, en palabras de Laínez, de parte de Dios “que le será propicio en Roma”¹²⁷. Ribadeneira nos dirá al respecto: “con aquella maravillosa visión, y con muchas otras excelentes ilustraciones, había Nuestro Señor impreso en su corazón este sacratísimo nombre, y arraigádole de tal manera que no se podía divertir dél, ni buscar otro”¹²⁸. Esa certeza fue más grande que el temor que experimentó, posteriormente, y que reflejó con sus palabras: “veo las ventanas cerradas”... queriendo decir que habían de tener allí muchas contradicciones (Cf. *Au* 97).

La seguridad que trajo consigo la visión de la Storta le animó a disipar las preocupaciones.

“Si el sueño de Jerusalén estaba a punto de desvanecerse como humo en el aire, el apostolado de Roma, teniendo a Cristo propicio, fructificará a lo largo y ancho de la Historia. En Roma está siempre el Vicario de Cristo, a quien van ahora mismo a prestarle la más rendida obediencia y a esperar sus órdenes”¹²⁹.

Y, por otro lado, fue la confirmación del camino elegido por él y sus compañeros.

2.7 En Roma (1538 – 1540)

Ignacio, Fabro, Laínez y los demás compañeros una vez en Roma se pusieron a disposición del Papa Pablo III el cual los acogió amablemente e inmediatamente se valió de su disponibilidad para enviar a Laínez y Fabro a enseñar a la Universidad de Roma, situado en el palacio de La Sapienza; el primero enseñó teología escolástica y el segundo teología positiva. Ignacio se concentró principalmente en dar los Ejercicios a personas influyentes como fueron: el Cardenal Contarini, Lactancio Tolomei, Iñigo

¹²⁶ *FN I*, 496- 498.

¹²⁷ *Lainii adhortationes* (1559). *FN II*, 133.

¹²⁸ *M.Rib*: Vida 150

¹²⁹ R. GARCÍA VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola*, o. c., 442.

López, Pedro Ortiz, Francisco Estrada (quién más tarde se hizo jesuita), etc. El testimonio de Laínez, en este punto, es relevante: “se dieron a diversas personas los Ejercicios Espirituales, y muchos se aplicaron a la Compañía, los cuales hoy en día están en estudio o predicán y hacen buen fruto”¹³⁰.

En una ocasión Ignacio y algunos de sus compañeros le plantearon al Papa su deseo de ir a Jerusalén y él les habría contestado: “buena Jerusalén es Italia”. Desde ese momento “todos se pusieron a pensar en fundar una religión, pues hasta entonces lo que tenían en el corazón y la boca era cumplir el voto de peregrinar a Jerusalén”¹³¹.

En Roma “pronto los empezaron a llamar los sacerdotes peregrinos o los pobres sacerdotes peregrinos. Estas tres palabras definían muy bien su estampa exterior, su condición de vida y aun sus íntimos ideales”¹³².

Cuando todo, al parecer, iba desarrollándose tranquilamente en tierras romanas surgió una gran contrariedad que estuvo a punto de poner en jaque la vida de este grupo de amigos en el Señor¹³³.

En la cuaresma de 1538 Agustín Mainardi, religioso agustino, en sus sermones cuaresmales comenzó a enseñar doctrina claramente luterana. Fabro y Laínez, quiénes escucharon su predicación, posteriormente le visitaron para amonestarlo y le pidieron que se retractase de sus proposiciones erróneas. Ello no tuvo efecto, al contrario se agravó más cuando algunos españoles influyentes de la curia romana fueron favorables a Mainardi; entre ellos estaban Francisco Mudarra, Pedro de Castilla y Mateo Pascual. Pero Miguel Landívar, más los ya enunciados, echaron a correr la idea que Ignacio y sus compañeros “eran luteranos disfrazados. Y, a causa de sus inmoralidades y errores doctrinales habían sido procesados en España, en París, y en Venecia, de donde habían huido, refugiándose en Roma”¹³⁴. Dicha acusación tuvo efectos inmediatos y se comenzó a generar desconfianza en él y sus compañeros. “Landivar presentó su acusación formal ante el gobernador de la ciudad, Benedetto Conversini (Pablo III se hallaba ausente)”¹³⁵.

¹³⁰ *Epp. Lainii. FNI*, 122- 124.

¹³¹ *MBob*: 616- 617.

¹³² J. TELLECHEA, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, o. c., 288.

¹³³ Cf. *MRib*: Vida 162- 166.

¹³⁴ C. DALMASES, *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, o. c., 134.

¹³⁵ R. GARCÍA VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola*, o. c., 452.

Ignacio hizo inmediatamente una visita al gobernador y le mostró una carta de Landívar, de unos meses anteriores, con grandes elogios a su persona. Más adelante, por medio del Cardenal Contarini, obtuvo una audiencia con el Papa en Frascati (los últimos días de 1538) quién lo acogió como un verdadero Pastor. Esta visita, más el sin fin de recomendaciones que recibieron, llevaron a una sentencia absolutoria el 18 de noviembre¹³⁶.

Un hito que dio por cerrado definitivamente este problema fue que en Roma coincidieron las personas que habían intervenido como jueces en los procesos de Alcalá, París y Venecia. Todos ellos dieron testimonio que “las acusaciones lanzadas contra Ignacio en las diversas ciudades se demostraron falsas, y que el presunto reo era un hombre de gran santidad de vida, ardiente celo de las almas y purísima doctrina”¹³⁷. La sentencia fue emitida el 13 de octubre de 1537, en nombre del nuncio pontificio Veralli: “Declaramos que el susodicho P. Ignacio ha sido y es un sacerdote de vida honrada y religiosa y de santa doctrina, así como que goza de excelente fama en esta ciudad de Venecia, en la que hasta hoy ha enseñado con la doctrina y buenos ejemplos”¹³⁸. Y la sentencia plenamente absolutoria, dictada por Benedetto Conversina, Gobernador General de Roma, fue promulgada el 18 de noviembre de 1538.

Ya recobrada la calma, y aclarado el proceso, Ignacio y los otros compañeros pudieron dedicarse más tranquilamente a los ministerios sacerdotales. Además, “tuvieron buena ocasión de ejercitar las obras de misericordia, asistiendo en su casa a los hambrientos”¹³⁹. A la ayuda espiritual y a las obras de misericordia tan características de la vida de la Compañía se comenzó a instaurar definitivamente, en su práctica pastoral, un apostolado social que con el tiempo se fue ampliando y consolidando.

Ignacio era reconocido como un *peregrino* de Dios y servidor de su prójimo. Lentamente, no sin contratiempo, empezó nuevamente en Roma a dejarse mover por su deseo de buscar la mayor gloria de Dios y el servicio a las personas que le rodeaban. La dimensión apostólica de su vida, y la de sus compañeros, fue cada vez mayor en

¹³⁶ Cf. *MRib*: Vida, 162- 168.

¹³⁷ *Ibíd.*, 454.

¹³⁸ *MScripta* I, 624-627 (texto completo de la sentencia).

¹³⁹ C. DALMASES, *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, o. c., 140.

extensión y en calidad. Eso marcó a la larga no solo su misión sino también el modo de proceder de la incipiente Compañía de Jesús.

2.8 Deliberaciones de 1539

Su ofrecimiento al Papa, realizado en noviembre de 1538 comportará la misión de dos compañeros, Bröet y Rodríguez, a Siena (fuera de territorio romano). Este hecho provocó (en la cuaresma de 1539) un discernimiento comunitario -por el temor a que se dispersara definitivamente- sobre dos puntos fundamentales para el futuro del grupo: primero, “si conviene que se unan en un solo cuerpo y, segundo, si conviene dar obediencia a uno de ellos”¹⁴⁰. Fue este el momento donde se vieron en la necesidad de formalizar la experiencia afectiva y carismática que los movía. Como fruto de este discernimiento deciden permanecer unidos y obedecer a uno de ellos para que “ni distancia de tierra ni intervalo de tiempo los separara”¹⁴¹.

Una vez que Ignacio y los primeros compañeros decidieron permanecer unidos y dar obediencia a uno de ellos, describieron el carácter apostólico y misionero de la Compañía de Jesús; eso sucede porque, como nos dice la *Autobiografía* de san Ignacio, “todos estaban dispuestos a gastar la vida en servicio de las almas” [Au 85]. Es interesante recalcar que ante la imposibilidad de ir a Jerusalén -que era su deseo original- se sintieron fortalecidos como cuerpo. Tal madurez se reflejó en la actitud de discernir comunitariamente la voluntad de Dios.

Posteriormente a las deliberaciones comenzaron a elaborar una especie de “regla” que describiera la vida en común que llevaban. Entre marzo y junio de dicho año “los diez cofundadores redactaron el primer documento fundacional de la Compañía, la *Formula Instituti*, que describe los rasgos y fines esenciales de la nueva orden”¹⁴². En su primera formulación se buscó poner por escrito lo esencial del modo de vida que fue configurando la Compañía de Jesús.

El Papa Paulo III acogió con buenos ojos este texto y lo aprobó de viva voz; según el testimonio posterior de Polanco, habría exclamado “que esta Congregación

¹⁴⁰ *MCo*: Previae I, 1-7.

¹⁴¹ *MRib*: Vida 181.

¹⁴² M. REVUELTA, *La Compañía de Jesús*, en J. ESCUDERO (Director), *La Iglesia en la historia de España*, o. c., 485.

había de reformar la Iglesia”¹⁴³. En el transcurso de tiempo que pasó antes de la aprobación solemne del Sumo Pontífice se hicieron breves modificaciones del texto y se presentaron algunos escollos que con el tiempo se solucionaron¹⁴⁴.

En esta primera parte de esta investigación hemos situado, en un primero momento, a Ignacio de Loyola en su contexto histórico y eclesial. Posteriormente, en un segundo momento, hemos pretendido dar cuenta del proceso apostólico del *peregrino* y de sus primeros compañeros, los cuales formaron, paulatinamente, una verdadera comunidad apostólica.

El fruto de esta interacción espiritual y apostólica de estos *Amigos en el Señor* fue nutriendo y fortaleciendo, cada vez más, sus deseos de *ayudar a las almas* y fue definiendo un modo de proceder particular; el cual, posteriormente, será una novedad y un aporte a la misión de la Iglesia Católica.

A continuación, en la segunda parte de este escrito, veremos cómo el carisma de Ignacio y sus primeros compañeros se institucionaliza. En este sentido, sin perder de vista el proceso cronológico, nos detendremos especialmente en los documentos fundacionales que permitieron que esta inspiración del Espíritu trascendiera el tiempo. Es necesario tener presente, en este momento, que con la redacción de la *Formula Instituti (FI)*, y posteriormente de las *Constituciones (Co)* se inició el proceso de institucionalización del carisma y se acuñó, para cada jesuita, el modo de proceder del nuevo cuerpo apostólico.

¹⁴³ *Summ. Hisp: FN I*, 206.

¹⁴⁴ A este punto me referiré con mayor profundidad en el próximo capítulo.

II.- PARTE

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL CARISMA APOSTÓLICO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

“Hay que notar que la institución de la Compañía se debe a solo Dios y la aprobación al Pontífice, sin cuya autoridad no puede haber religión”.

MNad V, 48

Capítulo 3

La Fórmula del Instituto, rasgos fundamentales del carisma apostólico de la Compañía de Jesús

El día 27 de septiembre de 1540 el Papa Paulo III, con la bula *Regimini militantes Ecclesiae*¹⁴⁵, aprueba formalmente la Compañía de Jesús, pero con una limitación: tener solo 60 profesos¹⁴⁶. Con dicha aprobación la Compañía se sumó a las otras órdenes religiosas canónicamente erigidas al interior de la Iglesia católica. El *peregrino* recogió la relevancia de este momento con el siguiente testimonio:

[Dios] “ha puesto su santísima mano en ello; y así ha puesto contra tantas adversidades, contradicciones y juicios varios, que ha sido aprobado y confirmado por el Vicario de Cristo N.S. todo nuestro modo de proceder, viviendo con orden y concierto, y con facultad

¹⁴⁵ Cf. Texto latino, en *MCo*: I, 24- 32.

¹⁴⁶ Cf. *MRib*: Vida 180. Dicha limitación de la cantidad de profesos es retirada posteriormente (Cf. *F50*).

entera para hacer constituciones entre nosotros, según que a nuestro modo de vivir juzgáremos ser más convenientes”¹⁴⁷.

El 02 de abril de 1541 Ignacio de Loyola fue elegido su primer Prepósito General¹⁴⁸ pero sólo el 19 de del mismo mes aceptó el cargo; en el momento de su elección solo estuvieron presentes 6 de sus compañeros dado que Francisco Xavier, Pedro Fabro y Simón Rodríguez estaban en diversas misiones. El modo empleado para la elección, después de un discernimiento serio, fue mediante un voto debidamente firmado. Sobre este punto el testimonio de Ribadeneira es elocuente:

“Se juntaron en Roma y después de haber ventilado las cosas que para acertar en la buena elección se ofrecían, determinan de estar tres días en oración, y que entre sí guarden silencio, y no traten de ella: y que después cada uno traiga su voto escrito de su mano, en el cual declare a quién da su voz. Pasado los tres días se tornan a congregar, y juntan los votos que cada uno traía con los de los otros Padres ausentes; los cuales ellos, o habían dejado escrito antes que partiesen de Roma, o los habían enviado después”¹⁴⁹.

A continuación transcribiré algunos de esos votos con la finalidad de reflejar la importancia que tuvo Ignacio para sus compañeros no sólo en la gestación del cuerpo apostólico sino también en su institucionalización; hacerlo nos ayudará, de paso, a entender lo que quiso decir Jerónimo Nadal en sus pláticas a los jesuitas de Alcalá y de Coímbra: “la forma de la Compañía está en la vida de Ignacio y Dios nos lo puso como un ejemplo vivo de nuestro modo de proceder”¹⁵⁰.

El voto de Francisco Javier fue redactado de la siguiente forma:

“Yo, Francisco, digo y afirmo que... me parece... que sea el prelado nuestro antiguo y verdadero padre Don Ignatio, el qual, pues nos junctó a todos no con pocos trabajos, no sin ellos nos sabrá mejor conservar, gobernar y augmentar de bien en mejor, por estar más él al

¹⁴⁷ Carta a Beltrán de Loyola (Roma, fin de septiembre de 1539), *Epp.* I, 132- 134. en IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, o. c., 676.

¹⁴⁸ Cf. *MRib*: Vida 215- 217.

¹⁴⁹ *MRib*: Vida 216.

¹⁵⁰ *MNad*: V- I, 262.

lado de cada uno de nosotros... En Roma, anno 1540, 15 de Marco. Francisco”¹⁵¹.

Y el de Alfonso Salmerón:

“Yo elijo y proclamo cual Prelado y Superior mío y de toda la compañía a Don Ignacio de Loyola: quién, según sabiduría a él otorgada por Dios, cual nos trajo a la vida y alimentó como a párvulos, así nos dirigirá ahora que somos mayores con el sólido manjar de la obediencia hacía los pingües y abundantes pastos del paraíso y a la fuente de la vida; de tal modo que al decir nosotros: y nosotros pueblo de su pasto y rebaño de su mano (Salmo 95, 7), pueda él replicar con gozo: no he perdido ninguno de los que me has dado (Jn 18, 9). Que el mismo Jesús, buen pastor, se dignó concedérmolo, Aemén. Este es nuestro voto. Roma cuatro de abril de 1541. Salmerón”¹⁵².

Palabras similares tuvo Simón Rodríguez, ya siendo mayor, cuando hacía memoria de este momento:

“A él, como persona ya más experimentada en trabajos y tentaciones, los otros compañeros siempre lo veneraron como padre y lo siguieron como guía en todas las cosas, y después lo eligieron unánimemente como General de la Compañía de Jesús”¹⁵³.

Es interesante acercarnos contemplativamente a la eucaristía del 22 de abril de 1541 cuando Ignacio hizo su profesión solemne en la basílica de San Pablo extra muros. En ese momento, tan importante en la vida de la Compañía, el *peregrino* leyó su profesión donde acentuaba la centralidad de Dios en su consagración (poniendo como testigos al Sumo Pontífice, a la Santísima Virgen y a la corte celestial) al servicio de su prójimo -expresión de su deseo profundo de ayudar a las ánimas-; el texto dice:

¹⁵¹ *MXav*: I, 814.

¹⁵² *MSal*: I, 1- 2.

¹⁵³ De origine et progressu Societatis Iesu, en *RM*, 451. 517. Carta de Simón Rodríguez a Everardo Mercuriano, Prepósito General de la Compañía de Jesús, 25 de julio 1577. S. Rodríguez, *Origen y progreso de la Compañía de Jesús*, en E. ALONSO (Editor), Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 2005, 47. Es interesante mencionar su testimonio porque él y Bobadilla fueron los que tuvieron más dificultad con Ignacio en su generalato.

“Yo, Ignacio de Loyola, prometo a Dios todopoderoso y al sumo pontífice, su vicario en la tierra, delante de la Santísima Virgen María y de toda la corte celestial y en presencia de la Compañía, perpetua pobreza, castidad y obediencia, según la forma de vivir que se contiene en la bula de la Compañía de Jesús, Señor nuestro, y en las Constituciones, así en las ya declaradas como en las que adelante se declararen. Y también prometo especial obediencia al sumo pontífice cuanto a las misiones contenidas en la misma bula. Además, prometo procurar que los niños sean instruidos en la doctrina cristiana, conforme a la misma bula y Constituciones”¹⁵⁴...

Una vez que Ignacio de Loyola leyó la fórmula de los votos comulgó y posteriormente tomó -con el cuerpo de Cristo en sus manos- la profesión a sus compañeros.

A continuación profundizaremos en los documentos oficiales de la Compañía de Jesús que tocan directamente el punto de la institucionalización¹⁵⁵ de su carisma apostólico, nos referiremos especialmente a la *Fórmula del Instituto* [FI] y las *Constituciones* [Co]. Eso no quiere decir que no existan otros documentos significativos escritos por su fundador, como son: *los Ejercicios Espirituales* [Ej], el *Diario Espiritual* [De] y *las cartas* [Epp], por nombrar los más conocidos. Sin embargo nos detendremos en los primeros porque son considerados textos institucionales del carisma, tema que nos interesa desarrollar en nuestro trabajo.

Es necesario dejar claro, antes de comenzar esta aventura, que tanto en la *Fórmula del Instituto* como en las *Constituciones* Ignacio y sus compañeros hicieron un esfuerzo serio por poner por escrito el carisma de la nueva orden religiosa. Sus contenidos buscaban reflejar sus experiencias espirituales y apostólicas más profundas. Hacerlo era vital, porque de esa manera se fundaba sólidamente este nuevo cuerpo para la misión. En otras palabras podemos decir que el institucionalizar el carisma fue indispensable para que la inspiración del Espíritu permaneciera en el tiempo, al interior

¹⁵⁴ FNI, 20- 21; palabras traducidas del latín.

¹⁵⁵ Para el estudio de las *Fórmula del Instituto* y las *Constituciones* nos remitiremos al texto Autógrafo -llamado así porque Ignacio lo corrigió hasta su muerte-. Este fue el nombre que recibió en la CG 1, decreto 78: Inst. S.J (Florentiae). Vol. II. 173. Para este trabajo seguiré la traducción: *Constituciones de la Compañía de Jesús. Normas complementarias*, Curia S.I., Roma 1995.

de la Iglesia, y se pusiera al servicio de todas las personas para la mayor gloria de Dios y bien de las almas¹⁵⁶.

3.1 Breve presentación de la Fórmula del Instituto

Anteriormente habíamos señalado que ante la imposibilidad -del grupo de *amigos en el Señor*- de ir a Jerusalén partirían a Roma para cumplir con lo acordado en Montmartre y ponerse al servicio del Papa [Cf. *Au* 85].

Paulo III miró con buenos ojos este ofrecimiento y empezó a valerse de la disponibilidad de algunos de los miembros de la Compañía para enviarlos a misiones particulares. Ante el temor de dispersarse y perder su unión, en el año 1539, se reunieron para deliberar en torno al futuro del grupo.

Después de un proceso de discernimiento comunitario decidieron permanecer unidos y dar obediencia a uno de ellos; dado que “el tema de la unión había surgido de la decisión sobre la misión, y el tema de la obediencia fue consecuencia de la decisión sobre la misión y la unión”¹⁵⁷.

Pero antes de visitar al Papa los primeros compañeros le pidieron a Ignacio que hiciera una descripción “de los rasgos fundamentales del carisma compartido, que les impulsaba como una fuerza nacida del Espíritu”¹⁵⁸. Dicha descripción tomó el nombre de *Fórmula del Instituto* donde se agrupó lo esencial de su modo de vida en *Quinque capitula* (cinco capítulos)¹⁵⁹ que contienen la identidad originaria de la Compañía de Jesús que se pone al servicio de la Iglesia y del mundo. Dicho texto (*F39*) fue aprobado *vivae vocis oráculo* por el Papa Paulo III¹⁶⁰.

En la revisión oficial de estos cinco capítulos se añadieron modificaciones menores; la inclusión de esas correcciones desembocó en la fórmula del año 1540 (*F40*) la cual fue aprobada con la bula *Regimini militantis Ecclesiae*. Dicha aprobación llevó al nacimiento oficial de la Compañía de Jesús el 27 de septiembre de dicho año. Sin embargo, la *Fórmula* tuvo, al poco tiempo, nuevas modificaciones en su redacción; ellas

¹⁵⁶ Cf. [Co 603. 622. 650. 813. 823].

¹⁵⁷ J. CONWELL, *Deliberaciones 1539*, en *DEI*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 2007², 552.

¹⁵⁸ S. ARZUBIALDE; J. CORELLA; J.M. GARCÍA LOMAS (Editores), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao-Santander 1993, Introducción, 16.

¹⁵⁹ El texto en *MCo*, I, 14- 21.

¹⁶⁰ *Ibíd.*, 21- 22.

fueron acuñadas en el texto y se dio forma a la definitiva (*F50*) la cual fue aprobada y confirmada por el Papa Julio III en las Letras Apostólicas *Exposcit debitum* el 21 de julio de 1550, la cual se mantiene vigente hasta nuestros días.

Si se comparan las tres redacciones se advierte una gran continuidad de fondo en las vivencias del carisma apostólico. En otras palabras, se logra percibir el mismo espíritu, en este sentido:

“no cambian ni la espiritualidad de fondo ni las determinaciones concretas que configuran el modo de proceder específico de la Compañía. Cambian las motivaciones particulares, que se hacen más matizadas y aceptables para todos, y las determinaciones nuevas que salen al paso en el devenir de un Cuerpo en crecimiento y experimentación”¹⁶¹.

La *Fórmula* en su versión definitiva (*F50*) es una exposición más plena y exacta de algunos puntos de las anteriores (*F39* y *F40*). Por ejemplo buscó reforzar el fin y los medios de la Compañía; también abordar el tema de la competencia de la Congregación General y del Preósito General; la razón de ser de los Colegios; el carácter sacerdotal de la orden¹⁶². Por otro lado, se recoge una evolución del Instituto en lo relacionado con la pobreza, con los coadjutores y con los superiores subalternos. Invitó, además, a pedir gracias para poder interpretarla, poder tener colegios donde no haya Universidad (que por el mismo hecho “de ser construidos y dotados” ya se consideren aprobados por la autoridad apostólica). Además, en la cláusula final de la bula, se evidenció la resolución de tener profesos sin el límite de los 60 que se le había impuesto en la bula del año 1540 (*F40*). Por último se señaló como eje articulador, el voto de obediencia al Papa, el cual acentuaba el carácter apostólico y misionero de la Compañía.

A continuación me detendré en aquellos puntos fundamentales del carisma apostólico de la Compañía que están contenidos en la *Fórmula del Instituto*. Hacerlo nos permitirá entender cómo el modo de proceder de Ignacio y sus primeros compañeros se hace texto e inspiración para la naciente orden religiosa. Me guiaré, a continuación, principalmente por la *F50* y haré referencia a las anteriores formulaciones (*F39* y *F40*) cuando sea pertinente hacerlo.

¹⁶¹ J. CORELLA, *Fórmula del Instituto*, en *DEI*, 892.

¹⁶² Cf. A. ALDAMA, *Notas para un comentario a la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús*, CIS, Roma 1981, 43ss.

3.2 Rasgos fundamentales del carisma apostólico de la Compañía de Jesús

Las primeras líneas de la *Fórmula del Instituto* comienzan con tres verbos exhortativos: *tenga entendido que...; manifiéstese preparado para...; y procure tener ante sus ojos...* (Cf. F50, 1) los cuales buscan señalar -desde el inicio- tres actitudes que debe tener una persona que esté pensando ser parte de esta *mínima Compañía*; ellas son la disposición que debe tener para la vida apostólica según este carisma, el estar dispuesto a gastar toda la vida siguiendo el fin y el modo de ser del cuerpo –que es camino hacia Dios-¹⁶³.

En la *Fórmula* queda en evidencia, como lo habíamos enunciado anteriormente, “el carisma nuclear de la Compañía de Jesús en su integridad”¹⁶⁴. Por lo mismo es necesario extraer los puntos más relevantes que tienen relación con nuestro tema, sabiendo que hacerlo nos permitirán profundizar en los rasgos esenciales del espíritu apostólico y misionero de la Compañía.

3.2.1 La centralidad de Jesús en la vida de la Compañía

La persona de Jesús es esencial para entender el carisma apostólico de Ignacio de Loyola, de sus primeros compañeros y de la naciente orden religiosa. Antes de explicar esa centralidad es preciso no obviar el sentido trinitario de la experiencia espiritual que tiene la espiritualidad del *peregrino*¹⁶⁵; basta traer a la memoria su experiencia de Manresa [Au 28] o el texto de la encarnación de los *Ejercicios espirituales* [Ej 101- 109] para confirmar esta idea¹⁶⁶.

En los primeros relatos que tenemos de su proceso de conversión, más precisamente de su convalecencia, vemos cómo los primeros libros a los que accedió fueron *la vida de los Santos* (una traducción de la *Legenda aurea*) del dominico Jacobo de Vorágine y la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia (también llamado el Cartujano). El

¹⁶³ Cf. M. RUIZ JURADO, “Espiritualidad Ignaciana en la Fórmula del Instituto S.I”, *Manresa* 48 (1976) 309- 322.

¹⁶⁴ J. CORELLA, *Fórmula del Instituto*, en *DEI*, 893.

¹⁶⁵ “La índole peculiar de la unidad de las tres Personas la siente Ignacio desde la oración. Era el momento en que él deseaba hallar devoción expresamente en la Trinidad”... R. GARCÍA MATEO, *Ignacio de Loyola, su espiritualidad y su mundo cultural*, o. c., 119.

¹⁶⁶ Para profundizar sobre este importante punto sugiero la lectura: Inspiración trinitaria del carisma ignaciano (08 febrero 1980): P. ARRUPE, *La identidad del jesuita en nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander 1981, 391- 435.

acercamiento que tuvo a estos textos no fue anecdótico; al contrario, por medio de la lectura de esos libros se inició un diálogo entre la palabra escrita y su vida que gatillaron el despertar de su vida interior [Cf. *Au* 6- 11; *MRib*. Vida 18].

El libro de la *Vita Christi* fue clave no solo en su proceso espiritual, que se refleja en la misma estructura de los *Ejercicios Espirituales*, sino en su estilo también apostólico. La imagen de Jesús de los Evangelios -que buscó transmitir el Cartujo- y las largas explicaciones de cada uno de sus misterios fueron penetrando, poco a poco, en su memoria, en su entendimiento y finalmente en su voluntad. Su figura fue ganando, cada día, más espacio en el corazón del *peregrino*, el cual se sintió movido, en un primer momento, a imitarlo como una imagen estática y con el tiempo -sobre todo desde Manresa en adelante- como semejanza¹⁶⁷. Su determinación, una vez recuperado, de partir a Jerusalén corrobora lo expresado.

Como hemos señalado en el capítulo anterior, Ignacio en su peregrinar se fue encontrando con diversidad de personas a las cuales buscó transmitir (vía testimonio personal, conversación espiritual, ejercicios, etc.) sus experiencias espirituales y apostólicas más profundas; en París lo hace, paulatinamente, con quienes serán sus primeros compañeros. Él logró, mediado por la gracia de Dios, poner en el corazón de cada uno de ellos el deseo de seguir a Jesús tratando de:

“reproducir la vida y la actividad de Jesús y sus apóstoles, siguiéndolo y acompañándolo muy de cerca por los mismo caminos que ellos recorrieron, contentos de vivir como él, y así *de beber y vestir, etc.*”¹⁶⁸.

En otras palabras, como grupo de *amigos en el Señor*, tenían como horizonte ideal el reproducir el colegio apostólico.

Todos, por tanto, buscaron seguirlo en Jerusalén o donde el Papa los enviase; en este momento basta traer a la memoria las escenas de Montmartre y de la Storta para ilustrar lo que significa el nombre de Jesús en sus seguimientos -como “soldados para Dios bajo la bandera de la cruz”- (Cf. *F50*, 1). Solo desde ahí se puede comprender más

¹⁶⁷ Al decir imagen quiero enfatizar el primer deseo de Ignacio de imitar a Jesús radicalmente siguiendo el ejemplo de los santos. Con la palabra semejanza busco expresar su deseo, más trabajado y profundo, de seguirlo y convertirse en su compañero de misión.

¹⁶⁸ J. OSUNA, *Amigos en el Señor*, o. c., 112.

profundamente el nombre que toma el nuevo cuerpo apostólico y la centralidad que tiene para la vida apostólica de toda la Compañía¹⁶⁹.

Los *Ejercicios Espirituales*, por su parte, son un reflejo de la centralidad de Jesucristo en la vida de Ignacio y en el carisma apostólico del Instituto. Por ejemplo, en la primera semana de los ejercicios el ejercitante se pone delante de la cruz y se pregunta ¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo? [Cf. *Ej* 53]... En la segunda semana nos invita a contemplar el rey y las banderas [Cf. *Ej* 91- 98. 136- 147], es en esta semana y en las posteriores (tercera y cuarta semana) que se propone al ejercitante contemplar a Jesús pidiendo, como gracia, su conocimiento interno... etc.

En palabras de Nadal esta centralidad del nombre de Jesús consistirá en lo siguiente: “de tal modo debemos buscar a Cristo que en cada cosa sintamos lo que Cristo haría y te aconsejaría de estar presente, como si le sintiéramos habitando en nosotros”¹⁷⁰.

Por lo tanto, solo Jesús es la fuente de inspiración vital y apostólica del jesuita y de aquellos que quieran vivir este carisma buscando gastar la vida “en provecho de las almas” (*F50*, 1).

3.2.2 La mediación de la Iglesia y del Romano Pontífice

Ignacio y sus primeros compañeros nunca dudaron de su amor a la Iglesia, incluso en momentos históricos y eclesiales de mucha vulnerabilidad¹⁷¹ por falta de testimonio de los pastores, cuestionamientos doctrinales, presencia de los tribunales de la inquisición¹⁷², etc... la fe que los vinculaba a la Iglesia se ve cada vez más fortalecida. En este sentido podemos afirmar que en su postura no hay ingenuidad sino

¹⁶⁹ Cf. *Summ. Hisp: FN I*, 204, referido al nombre de la Compañía.

¹⁷⁰ *Epp. Nad: IV*, 684.

¹⁷¹ En la primera parte de este trabajo se explica de mejor manera a lo que me refiero en estos momentos. Los tiempos de Ignacio y sus compañeros son momentos de vulnerabilidad, de efervescencia espiritual (con nuevos movimientos ortodoxos pero también heterodoxos), de reformas (en la Iglesia española con las observancias y, posteriormente, por la reforma protestante), de inquisición, etc.

¹⁷² Presencia que padecieron en distintos momentos y lugares como se ha señalado en la segunda parte de este trabajo.

una gracia del Espíritu. Ignacio y sus compañeros, desde lo que son, no solo se sienten parte de ella sino también buscan colaborar en su reforma¹⁷³.

Los amigos de París afianzaron en Montmartre su deseo de ayudar a las almas de manera comunitaria (eclesial); eso con independencia del lugar donde fuesen enviados por el Vicario de Cristo (el cual les garantizaba cuál era la voluntad de Dios para ellos). Por tanto para la naciente Compañía el servicio a la Iglesia pasa por la disponibilidad apostólica al Papa, como Vicario de Cristo en la tierra. Esa moción, de eclesialidad en la misión, la ven confirmada espiritualmente en la Storta, lugar donde, según las palabras de Nadal, “Dios nos eligió a nosotros como compañeros de Jesús”¹⁷⁴.

Por lo dicho anteriormente podemos deducir cómo la Iglesia y el Sumo Pontífice se convirtieron en referencias obligatorias en las grandes decisiones de este grupo apostólico de *amigos en el Señor*¹⁷⁵. En este sentido podemos sostener que la vinculación del jesuita con la Iglesia y con el Papa son una de las características centrales de su modo de proceder.

Es en la Iglesia Católica donde viven sus votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, los cuales están en función de su consagración a Dios¹⁷⁶. Pero, además, en función de la misión apostólica propia de la Compañía, no solo por la incorporación al cuerpo sino también en función de su carisma que es “la defensa y propagación de la fe y el provecho de las almas en la vida cristiana” (*F50*, 1)¹⁷⁷. En este sentido podríamos decir que los votos que se hacen en la Compañía, además de la consagración a Dios contienen una fuerte finalidad apostólica. Eso porque “la Compañía estaba llena de fervor espiritual y de la gracia viva y eficaz de la vocación, dispuesta a cumplir las peregrinaciones y misiones todas por la salvación de las almas...”¹⁷⁸.

¹⁷³ Ello no solo se refleja en la fundación de una nueva orden religiosa sino también en la ayuda que prestaron en la reforma de Monasterios y otras iniciativas eclesiales.

¹⁷⁴ *FN I*, 307.

¹⁷⁵ Esa moción va más allá que quién sea el Papa de turno; la adhesión de Ignacio y sus compañeros fue la misma en tiempos de Paulo III (1534- 1549), del Papa Marcelo (1955) y de Paulo IV (1555- 1559) -Giovanni Pietro Caraffa- con quien Ignacio tuvo tantos problemas incluso antes de ser electo como pastor de la Iglesia.

¹⁷⁶ Hasta aquí no existe ninguna diferencia a lo que ocurre en otras órdenes religiosas de su tiempo: Franciscanos, Dominicos, Carmelitas, etc.

¹⁷⁷ En este punto hay una novedad si la comparamos con otras órdenes contemporáneas a la fundación de la Compañía. Ella se explicará con la formulación del cuarto voto que será abordado más adelante.

¹⁷⁸ *MNad: FN II*, 93.

Dicha finalidad apostólica de la Compañía de Jesús marcó una particularidad y una novedad en la vida religiosa de su tiempo. A la valorada y ancestral vida contemplativa y al modo de vivir evangélico de las órdenes mendicantes -con profundos momentos de oración y otros de acción- se suma el carisma de la Compañía que se manifiesta en el ser contemplativo en la acción (“*Simul in actione contemplativus*”¹⁷⁹). Dicho punto, por su carácter de novedad, generó fuertes recelos e incomprensiones con muchas autoridades eclesiales; sin embargo al ser aprobada la *Fórmula del Instituto* y, posteriormente, las *Constituciones* se reconoció oficialmente como un modo válido de consagración, en la Iglesia, al servicio de la humanidad¹⁸⁰. La apostolicidad de la Compañía se explicita en el cuarto voto “*circa missiones*”.

3.2.3 El cuarto voto: la obediencia al Sumo Pontífice como pilar apostólico

La obediencia al Papa que se explicita en el cuarto voto es “la característica fundamental del Instituto de la Compañía en lo que se refiere a sus objetivos apostólicos”¹⁸¹. Es decir es el fundamento esencial para la misión apostólica del instituto en su conjunto y de cada jesuita en particular [Cf. *Co* 527].

Lo específico de este cuarto voto¹⁸² es “la obligación de estar disponible, el saberse aparejado para ir a cualquier lugar donde se espere mayor bien de las almas”¹⁸³. En otras palabras los hace estar siempre disponibles y prestos a las misiones encomendadas por el Sumo Pontífice.

Ignacio se refirió a lo importante de este punto en una carta que escribió en 1538 a Diego de Govea, portugués, el cual le había solicitado -de parte del Rey de Portugal Juan III- algunos padres para enviar a las Indias. Su respuesta es parcialmente negativa en relación a su solicitud pero es clara en relación al punto abordado:

¹⁷⁹ *MNad: FN V*, 162.

¹⁸⁰ En las *Constituciones* de la Compañía se explica, de manera más amplia, la fundamentación de cada voto por separado y el modo de proceder de la Compañía frente a ellos (tiempos, fórmulas, etc.), los cuales abordaremos en su momento.

¹⁸¹ J. CORELLA, *Fórmula del Instituto*, en *DEI*, 895.

¹⁸² Los jesuitas, “además de estar ligados por el vínculo común de los tres votos” religiosos, “lo están los profesos con voto especial, en virtud del cual se obligan a ejecutar inmediatamente, sin subterfugio ni excusa alguna, todo lo que el Papa les mandare, relativo al aprovechamiento de las almas y a la propagación de la fe y a cualquiera región les quisiera enviar, aunque decida enviarlos a los Turcos o a otros cualesquiera infieles, aun en las regiones que llaman Indias, o a cualesquiera herejes y cismáticos, o también a cualesquiera fieles”. Cf. A. ALDAMA, *Notas para un comentario a la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús*, o. c., 123- 143.

¹⁸³ D. MOLINA, “Nuestro principio y principal fundamento”, *Manresa* 88 (2016), 217.

“nosotros, todos cuantos coligados en esta Compañía estamos, nos hemos ofrecido al Sumo Pontífice, por cuanto es el Señor de toda la mies de Cristo; y en esta oblación le significamos estar preparados todo cuanto de nosotros, en Cristo, dispusiere, de modo que si él nos envía a donde vos nos llamáis, gozosos iremos. Pues la causa por la cual nos hemos sometido a su juicio y voluntad, ha sido, porque sabemos que él tiene mayor conocimiento de todas las cosas que son convenientes para el cristianismo universal”¹⁸⁴.

En el contenido de esta epístola podemos dimensionar el importante lugar que da -de cara a la misión- al Sumo Pontífice el cual les garantizará a la Compañía que los enviará donde exista mayor necesidad.

Es preciso señalar que “la novedad del cuarto voto, el voto especial del obediencia al Papa provocaba una reticencia especial, ya que, según opinaban sus detractores, todos los religiosos están obligados a obedecer al Papa en virtud del voto de obediencia”¹⁸⁵. La misma *Fórmula del Instituto* recoge ese malestar y explicita que aunque todos los cristianos deberían estar sometidos al Papa como vicario de Jesucristo, este cuerpo para la misión lo hace “por una mayor devoción... y mayor abnegación de nuestras voluntades, y por una más cierta dirección del Espíritu Santo” (*F50*, 2). Lo que buscaba Ignacio y sus compañeros, con este cuarto voto, tenía una finalidad apostólica distinta a las espiritualidades de las órdenes que le fueron contemporáneas.

Por desgracia, esta devoción de la Compañía al Sumo Pontífice quedó amenazada con la muerte de Ignacio. Ello ocurrió cuando Paulo IV quiso imponer algunos cambios sustanciales en la nueva orden, como la introducción del rezo del oficio divino en coro¹⁸⁶. No vamos a tratar aquí de estos cambios, pues no se impusieron en la vida de la Compañía, sino solo en Roma y por breve tiempo, pero conviene citarlos para “recordar que la historia no siempre fue plácida”¹⁸⁷.

¹⁸⁴ Carta a Diego Gouvea (Roma, 23 de noviembre 1538), *Epp.* I, 132- 134; en IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, o. c., 674.

¹⁸⁵ I. SALVAT, *Servir en misión universal*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 2001, 90.

¹⁸⁶ Ampliaremos algo de estas dificultades con el Papa cuando nos refiramos a la oración del jesuita.

¹⁸⁷ I. SALVAT, *Servir en misión universal*, o. c., 90.

El cuarto voto es en relación a las misiones y va más allá del Papa de turno porque es una inspiración del Espíritu al cuerpo de la Compañía¹⁸⁸. Este espíritu es el mismo que transmitía Nadal a sus compañeros de la siguiente forma: “La Compañía desea, tanto cuanto es posible, seguir a Cristo y unirse a Él; no pudiendo verle sensiblemente en esta vida de otra manera que en su Vicario, nos sometemos a este voto”. Todo ello nos hace suponer que:

“la intención de Ignacio era garantizar, por medio del cuarto voto, la disponibilidad misionera primera y total al Papa como Vicario de Cristo, significada en la prontitud incondicional para la movilidad física que requiere la evangelización, como rasgo identificador de la Compañía de Jesús y de cada jesuita”¹⁸⁹.

Para cumplir bien esta profesión se requiere, de parte del jesuita formado, entender en profundidad qué se le pide y tener la suficiente confianza para emprender el envío. Además de poseer una actitud de acogida, abnegación y disposición para ello.

En consecuencia, el cuarto voto ha de mover al jesuita profeso a ir “a cualquiera región a que nos quieran enviar, aunque piensen que nos tienen que enviar a los turcos...” (Cf. *F50*, 2). Por lo tanto para quienes quieran abrazar este estado de vida “deben estar preparados, día y noche, ceñida la cintura, para pagar esta deuda tan grande” (*F50*, 2). De paso al ponerse en las manos del Vicario de Cristo y de su superior mayor se garantizará una mejor libertad interior de los individuos para asumir, libremente, el parecer de la Iglesia y de la Compañía sobre las misiones.

Del jesuita que hace su profesión solemne¹⁹⁰, por tanto, se espera que pueda cultivar una sana indiferencia y una apertura libre y generosa a la voluntad de Dios, manifestada en el Papa y en su Superior Mayor.

3.2.4 La importancia del superior mayor en torno a la misión del jesuita

Como acabamos de constatar los miembros de la Compañía no dudan en su deseo de obedecer al Sumo Pontífice. Pero, ya en los primeros destinos a misiones, de algunos jesuitas, se empiezan a vislumbrar temas colaterales que no pueden ser

¹⁸⁸ Según Diego Molina: “Los primeros compañeros no querían ayudar al Papa, sino ser ayudados por él. Explican el voto como una forma más segura de poder llevar a cabo un servicio mejor a todos los hombres” (Cf. D. MOLINA, “Nuestro principio y principal fundamento”, o. c., 214).

¹⁸⁹ I. IGLESIAS, *Cuarto Voto*, en *DEI*, 518.

¹⁹⁰ Las diversas fórmulas de los votos están insertas en la quinta parte de las Constituciones de la Compañía de Jesús [Cf. *Co* 527- 540]. En relación a la profesión solemne [*Co* 527].

abordados directamente por el Papa¹⁹¹; por ejemplo, acoger la gran demanda de jesuitas de parte de los obispos, superiores religiosos o autoridades civiles, o ver la duración de cada misión en particular, o definir el estilo de misión, etc. Cuestiones que llevaron a la larga a un rol más activo de parte del Superior del cuerpo apostólico.

En este sentido, para una mayor eficacia y comodidad de la Compañía Ignacio de Loyola solicitó, en el año 1542, al Romano Pontífice que delegara en el Prepósito General la facultad de enviar a misión a sus miembros:

“la Compañía de Jesús suplica humildemente al beatísimo Padre que su Santidad se digne conceder al superior general la potestad expresa de poder enviar a otros súbditos entre fieles cristianos, dondequiera que juzgue que conviene para un más amplio fruto de la religión o para mayor comodidad de la Compañía. Esto de tal manera que los que fueran enviados siempre estén preparados para dirigirse allá a donde placiera a su Santidad, según el voto prestado desde el inicio a su misma Santidad”¹⁹².

Esta petición fue bien acogida y se autorizó al Padre General a canalizar los envíos de los jesuitas a las misiones.

El objetivo que se buscaba acentuar en la *Formula del Instituto* es que todos los jesuitas estén dispuestos a obedecer generosamente al Prepósito de la Compañía, el cual ha recibido su autoridad y poder, de parte de Dios -traducida en el discernimiento de sus compañeros- para administrar, corregir y gobernar al cuerpo apostólico. Él, junto a su consejo, deberán cumplir esta función desde la bondad, la mansedumbre y la caridad. Y, cada uno de los miembros de la orden, se espera puedan obedecerle con prontitud, reconociendo en el Superior a Cristo, “y lo venere como es debido” (F50, 3).

Por tanto es necesario dejar claro, en este momento, que en la Compañía se hacen dos votos de obediencia: uno, común a todos los religiosos de obediencia a los superiores, y otro, especial de obediencia al Papa. De esta manera se indican claramente las dos líneas de obediencia que hay en la Compañía: “obediencia misionaria, a la que se refiere el cuarto voto de los profesos, y obediencia corporativa, como la han llamado

¹⁹¹ Estas dificultades que acabamos de mencionar y otras que fueron apareciendo en el primer tiempo de la fundación de la Compañía motivaron a Ignacio a acelerar el proceso de elaboración de las *Constituciones*.

¹⁹² *MScripta*: I, 550.

algunos autores, que es el objeto de este voto de obediencia a los superiores”¹⁹³; en este punto se encuentra otra particularidad de su carisma apostólico.

3.2.5 El modo de ser del Instituto: su estructura institucional y apostólica

En este cuerpo apostólico ocupa un lugar central la Congregación General y el Padre General. La primera como la estructura mayor del cuerpo que ha de velar por el buen ser del Instituto. El segundo, como continuador del fundador, el cual ha de resguardar la salud espiritual y apostólica de los miembros de la orden en conformidad con el carisma recibido. Sobre este último punto Carlos Copeau nos señala la novedad que significó en su momento la elección de un Padre General de por vida: “la decisión de nombrar generales *ad vitam* difiere de la práctica de los mendicantes, aunque se acerca a la práctica monástica y al nombramiento de algunos cargos eclesiásticos”¹⁹⁴. Las mismas *Constituciones* dan algunas razones que hacen recomendable una elección así:

“apartaran más lexos los pensamientos y ocasiones de la ambición, que es la peste de semejantes cargos”... “es más fácil hallarse un idóneo para este cargo que a muchos”... “el exemplo del común modo de los gobiernos más importantes y que son por vida, así los eclesiásticos del Papa y Obispos como los seglares de Príncipes y Señores”... [Cf. *Co* 720].

La *Fórmula del Instituto* deja claro, además, que el decidir sobre el grado de cada uno de los miembros de la Compañía, el discernir y distribuir los oficios, “estará totalmente en manos del Prepósito General, o prelado que en lo sucesivo tendremos que elegir, o de los que él pusiese en su lugar con tal autoridad, para que se guarde el orden conveniente necesario en toda comunidad bien constituida” (*F50*, 3).

Incluso para hacer modificaciones de mayor importancia, al interior del cuerpo de la Compañía, el Prepósito General o su vicario (cuando corresponda) ha de convocar a Congregación General “según lo declarará en nuestras Constituciones” (*F50*, 3). En otros asuntos que no son de tanta importancia, el mismo Prepósito, ayudado por el consejo de sus hermanos en cuanto lo juzgará oportuno, tendrá pleno derecho de

¹⁹³ J. ITURRIOZ, “Dos líneas de obediencia en la Compañía de Jesús”, *Manresa* 43 (1971) 59- 78.

¹⁹⁴ C. COUPEAU, *El Espíritu en la forma. Las Constituciones a la luz de la retórica*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2014, 295.

ordenar y mandar por sí mismo lo que en el Señor le parezca conveniente a la gloria de Dios y al bien común (Cf. F50, 3).

3.2.6 La relevancia de los ministerios apostólicos

Los ministerios apostólicos contenidos en la *Fórmula del Instituto* -los cuales recogen una experiencia y orientan una praxis- están ordenados para “para la gloria de Dios y el bien común” (F50, 2). Esa doble finalidad es el corazón del nuevo instituto apostólico y busca, sobre todo, orientar la vida y la consagración del jesuita a la santificación del prójimo y a la propia. Para ello ha de buscar atender principalmente a la defensa y propagación de la fe y el provecho de las almas.

Los medios para alcanzar estos fines son los ministerios de la palabra (ejercicios espirituales, predicaciones públicas, lecciones, etc.), los ministerios sacerdotales (sacramentos: sobre todo la eucaristía y la penitencia) y las obras de misericordia (atención a los pobres, huérfanos, prostitutas, etc.).

El criterio original que tenía Ignacio y los primeros compañeros, los cuales recogía la F39 y F40, era tomar aquellos ministerios que no impidieran la movilidad apostólica del jesuita y lo dispusieran directamente a la misión. Sin embargo, al poco andar de la Compañía, que quedó consignada en la F50, se comienzan a proyectar obras que dan estabilidad a la misión, por ejemplo: colegios, casas apostólicas (no sólo de formación); dicha evolución fue necesaria en función de la misión¹⁹⁵ y de la supervivencia del cuerpo apostólico¹⁹⁶.

Con la instauración de apostolados estables, como los que hemos mencionado, se pretendió que no fueran en desmedro de la movilidad apostólica del Cuerpo; por lo mismo se buscó acentuar, sobre todo en la formación¹⁹⁷, el mantener la práctica de la obediencia y disponibilidad como un sello característico del jesuita, dado que “nuestra vocación es para discurrir y hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espera mayor servicio de Dios y ayuda de las ánimas” [Co 304]. Eso se había de reflejar en

¹⁹⁵ La construcción de Colegios se vio como un medio privilegiado de irradiación apostólica en la sociedad; cuestión que garantizaba de manera concisa la formación de las personas y la evangelización de la cultura. Este trabajo apostólico, a medida que fue transcurriendo el tiempo, se fue consolidando fuertemente.

¹⁹⁶ A medida que fue transcurriendo el tiempo se fueron abriendo comunidades para atender los colegios y las diversas iniciativas apostólicas que se fueron suscitando en los diversos lugares de misión de los jesuitas.

¹⁹⁷ Cf. Capítulo IV de las Constituciones de la Compañía de Jesús.

disponibilidad absoluta para toda clase de lugares y tareas... en otras palabras “era un cheque en blanco para aceptar los ministerios más urgentes, duraderos y eficaces, por difíciles que fueran, aunque no figuraran expresamente en las primeras fórmulas”¹⁹⁸.

A la movilidad apostólica se añadió la gratuidad de los ministerios “pues las obras, para la gloria de Dios y el bien común, debían hacerse totalmente gratis y sin recibir ninguna remuneración por su trabajo”¹⁹⁹. Ese deseo, consignado en la *Fórmula del Instituto* y en las *Constituciones*, pretendía que el apóstol de la Compañía no se dejara llevar por ningún interés económico a la hora de enfrentar las diversas tareas apostólicas.

Al releer los textos biográficos de Ribadeneira y de Gonçalves da Câmara, muy utilizados en nuestra reflexión, no percibimos ninguna escena en donde Ignacio y los primeros compañeros se vean beneficiados económicamente por su trabajo pastoral. Incluso, ya en Roma, se dice del fundador de la Compañía que:

“así como estando en el século tenía ánimo de grandes cosas, así dándose al servicio de Dios, no se contentaba con poco... y así es menester que todos los de la Compañía... desseaua mucho que todos los de la Compañía tuuiesen una intención muy recta, pura y limpia, sin mezcla de vanidad ni tizna de amor o ynteresse propio, y buscasen la gloria de Dios en su ánima, cuerpo y obras, y bien de las ánimas en todas las cosas, cada uno con el talento que Dios le diere”²⁰⁰.

Ese espíritu, que se institucionaliza, pretende sobre todo que el apóstol de la Compañía “tenga [como única motivación], mientras viva, primero a Dios, y luego el modo de ser de su Instituto, que es camino hacia Él” (*F50*, 1), no otros intereses.

¹⁹⁸ M. REVUELTA, *La Compañía de Jesús*, en 486, en J. ESCUDERO (Director), *La Iglesia en la historia de España*, o. c., 486.

¹⁹⁹ *Ibíd.*, 487.

²⁰⁰ *MScripta* 447.

3.2.7 La pobreza apostólica de la Compañía

La pobreza, que se pide en la *Fórmula del Instituto*, tiene como finalidad el no perder el horizonte de la consagración del jesuita y así, de esta manera, evitar todo tipo de avaricia o seguridad que no sea otra que su misión²⁰¹. Sobre este asunto:

“hubo una clara evolución en la formulación del voto, la parte en que Ignacio motiva el voto de pobreza permanece invariable. Los motivos para ser pobres eran muy antiguos y estaban muy experimentados por él y sus compañeros. A esos motivos va también ligado el fondo espiritual de su pobreza evangélica”²⁰².

O sea en la *F39* y *F40* se aborda de una manera particular y en la *F50* de otra, porque se recoge el discernimiento que hace Ignacio de Loyola sobre este punto y que quedó consignada en su *Diario Espiritual*²⁰³. Su evolución consiste en lo referido a las casas de formación de los escolares.

La *F50* es clara para sostener que no se puede tener nada: ni ingreso, ni rentas, ni posesiones. Es necesario para ello “contentarse solo con las cosas que les sean donadas a ellos por caridad para las necesidades de la vida” (*F50*, 4); en otras palabras solo se vivirá de la limosna. Pero los escolares han de tener un régimen distinto porque “parece ser muy conveniente que se formen obreros para la misma viña del Señor” (*F50*, 4). Para ellos la *Fórmula* motiva, a la Compañía profesa, a “tener Colegios de escolares” (*F50*, 4) para la comodidad de sus estudios; ellos podrán tener “rentas, censos y posesiones” en conformidad a las necesidades de los escolares. El mismo P. General ha de nombrar rectores o superiores que velen “que ni los estudiantes puedan usar mal de los dichos bienes, ni la Compañía profesa los pueda aplicar a su propia utilidad, sino para proveer a las necesidades de los estudiantes” (*F50*, 4).

Se espera que la vida apostólica del jesuita formado “se pueda vivir en pobreza evangélica, la pobreza enseñada por Cristo a sus Apóstoles, cuando los envió a

²⁰¹ En la primera parte de este trabajo consideramos cómo estos vicios estaban muy presentes en la práctica sacerdotal y religiosa del tiempo de Ignacio; también tomamos como ejemplo la práctica de su hermano sacerdote. Este punto está presente en su memoria y por ello la insistencia que pone en el punto.

²⁰² J. CORELLA, *Fórmula del Instituto*, en *DEI*, 898.

²⁰³ Cf. “En estos viniéndome otras inteligencias, es a saber, cómo el Hijo envió primero en pobreza a predicar a los apóstoles y después el Espíritu Santo, dando su espíritu y lenguas los confirmó, y así el Padre y el hijo enviando el Espíritu Santo, todas tres personas confirmaron la tal misión” [*De 15*]

predicar”²⁰⁴. Conforme a la cual, las obras se han de hacer totalmente gratis, “sin recibir remuneración alguna por el trabajo empleado en lo anteriormente dicho” (F50, 4).

Dos pilares importantes que ha de tener siempre presente el apóstol de la Compañía es la gratuidad de su trabajo apostólico y, en su etapa de formación, que la Compañía proporcionará los medios necesarios para formar lo mejor posible a sus apóstoles²⁰⁵ -los cuales podrán ayudar a las almas, con calidad y profundidad- cuando sea su tiempo.

3.2.8 La Compañía de Jesús como orden sacerdotal

Ignacio de Loyola en París, según el relato de Nadal, comenzó a “juntar algunas personas a su compañía para seguir el diseño que él desde entonces tenía de ayudar a reformar las faltas que en el divino servicio veía, y que fuesen como trompetas de Jesucristo”²⁰⁶. Durante su estadía logró entusiasmar con su estilo de vida, con su acompañamiento personal y con los ejercicios espirituales, a seis estudiantes. Los cuales, en el año 1534, realizaron sus votos de pobreza y castidad en Montmartre y comenzaron a servir apostólicamente en tareas sacerdotales²⁰⁷ aunque, hasta ese momento, el único sacerdote era Pedro Fabro, el cual describe su proceso diciendo “tomé los Ejercicios y me ordené de todas órdenes, por Él sólo, dedicado a todo su servicio, sin alcanzar honra o bienes temporales”²⁰⁸; este testimonio es un fiel reflejo de un sacerdocio fundado en el carisma de la Compañía, mediada por la experiencia espiritual de los *Ejercicios Espirituales*.

Quizás esa experiencia vivida en Montmartre fue decisiva de cara al sacerdocio de Ignacio y sus compañeros²⁰⁹. Aunque no tenemos referencias directas sobre la

²⁰⁴ Cf. A. ALDAMA, *Notas para un comentario a la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús*, o. c., 39- 42.

²⁰⁵ Ignacio de Loyola, recogiendo su experiencia personal, sabe lo que significa ocupar casi todo el tiempo en labores apostólicas y en pedir limosna en desmedro de la formación académica. De ahí probablemente nace el cuidado que da a este punto.

²⁰⁶ *Summ. Hisp. FN I*, 170.

²⁰⁷ Todos realizan actividades sacerdotales aunque la mayoría no lo eran salvo Pedro Fabro que lo era y fue quién recibió los votos de sus compañeros.

²⁰⁸ *MFab*: 119.

²⁰⁹ Fue en este lugar donde “prometieron peregrinar juntos a Jerusalén, y permanecer allí para ayudar a las almas, si se lo permitían. En caso de no poder viajar, o no poder quedarse, acudirían al Papa para que los repartiese, o enviase a cualquier parte del mundo... mientras esperaban una nave en Venecia se ordenaron de todas órdenes los que no eran sacerdotes, el año de 1537”: L. DE DIEGO, *Sacerdocio*, en *DEI*, 1582.

finalidad directa que querían dar a su ordenación podemos suponer que el sacerdocio les permitía vivir en misión de manera apostólica, en pobreza y radicalidad²¹⁰.

En 1537 se juntaron al grupo tres franceses; por tanto estos diez son los primeros compañeros de la nueva sociedad. Todos ellos, ya una vez recibidas las órdenes sagradas, se pusieron a disposición de Papa Paulo III; éste los acogió con regocijo y les dio la aprobación como “clérigos reformados” en el año 1540, como hemos comentado ya.

El núcleo original de la Compañía poseía un profundo carácter apostólico y sacerdotal desde su gestación. El carácter sacerdotal estaba marcado por el deseo profundo de los *amigos en el Señor* de ser como los apóstoles; desde esa clave se entiende dicha especificidad del cuerpo.

Al principio de su ministerio sacerdotal ellos mismos se hicieron llamar *sacerdotes reformados* porque tal denominación responde a su inquietud sobre cómo querían vivir el misterio ordenado de manera distinta al modo de muchos clérigos de su tiempo los cuales “obtenían ciertos beneficios económicos con los que poder sustentarse”²¹¹ ...; ellos no los querían porque:

“El presbiterado será un medio a través del cual canalizarán múltiples y muy diversos servicios en un original expresión del misterio ordenado. No serán párrocos ‘ordinarios’. Su ministerio itinerante de la palabra y de los sacramentos quedará abierto además a todas las obras de misericordia. Se pone de manifiesto una gran novedad, un estilo diferente, una concepción distinta de ser presbíteros”²¹².

Al poco andar de la nueva orden Ignacio comenzó a recibir a candidatos diversos, los cuales ampliarán y enriquecerán la vida de la Compañía, me refiero a los hermanos coadjutores, los cuales fueron acogidos por el cuerpo apostólico en el año 1546, con el Breve *Exponi nobis* del Papa Paulo III. Junto con ellos también otros sacerdotes que recibirán el nombre de “coadjutores espirituales” y que no emitirán la profesión solemne. Todos ellos participan y contribuyen a una vocación apostólica

²¹⁰ “El ayudar a las almas conforma la esencia de una vocación que también es presbiteral. Aceptándolo así, la Iglesia parece estar discerniendo y reconociendo, al menos implícitamente, en estos apóstoles un nuevo tipo de ministerio presbiteral”: L. DE DIEGO, *Sacerdocio*, en *DEI*, 1582.

²¹¹ L. DE DIEGO, “*Sacerdocio*”, en *DEI*, 1582.

²¹² *Ibíd.*, 1582- 1583.

común desde sus propias particularidades, según el llamado del Espíritu, movido por un mismo amor y fidelidad.

Este grupo de clérigos reformados se diferencian de los sacerdotes religiosos tradicionales de esos tiempos (monásticos y mendicantes) especialmente por su motivación netamente apostólica y por la calidad de su formación académica así como por la renuncia a vivir de rentas o beneficios eclesiásticos.

Estos apóstoles de la Compañía se pusieron inmediatamente al servicio del Sumo Pontífice, como habíamos indicado anteriormente, para ser enviados a diversas misiones; de ahí se acentúa otra particularidad: el carácter movable y universal de la vocación del jesuita. Nadal lo expresa simbólicamente cuando sostiene que: "...hay misiones, que es por todo el mundo, y es nuestra casa. Donde hay necesidad o más utilidad de nuestros ministerios, ahí es nuestra casa"²¹³.

Ignacio esperaba, sobre todo de los profesos, que se hicieran aptos para ir inmediatamente donde hubiera más necesidad o donde el Papa los enviase²¹⁴. Ellos, deberían tener la cualidad de desarrollar un apostolado activo y en constante dialogo con las culturas y las personas que se fuesen encontrando; en palabras modernas, en un apostolado inculturado. Esta cualidad, esperaba el *peregrino*, debería ser uno de sus rasgos distintivos: "Ignacio aconsejaba a los suyos a entrar con la suya para salir con la nuestra"²¹⁵, este consejo que produjo resultados excelentes en las misiones y que de alguna manera favorecerá el respeto de las opiniones ajenas y a las decisiones de la conciencia individual"²¹⁶. Dicha apertura se refleja en el perfil que se elabora en las *Constituciones* y que se evidencia en el siguiente testimonio: "dezia también nuestro Padre, que el que no era bueno para el mundo tampoco lo era para la Compañía; y el que tenía talento para valer y vivir en el mundo, ese era bueno para la Compañía"²¹⁷.

²¹³ J. NADAL, *13ª plática en Alcalá 1961*, en M. LOP (Edición y traducción), *Las pláticas del P. Jerónimo Nadal, la globalización ignaciana*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 2011, 270- 280.

²¹⁴ Me detendré más extensamente en estos puntos en el capítulo 4 de este trabajo referido a las indicaciones para la misión, que dan las Constituciones de la orden.

²¹⁵ En palabras de Ignacio: "entra con el otro, no le contradiciendo sus costumbres, más alabándose las; toma familiaridad con el ánima, trayéndola a los a buenos y santos pensamientos, apacibles a la buena ánima, después poco a poco procura salir consigo, trayéndola bajo capa de bien". Carta a Broet y Salmerón (septiembre de 1541). Epp I, 179- 181; en IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, 684.

²¹⁶ M. REVUELTA, *La Compañía de Jesús*, en J. ESCUDERO (Director), *La Iglesia en la historia de España*, o.c., 485.

²¹⁷ *MScripta* (Memoriales P. Consalvii). 437.

El carácter sacerdotal y apostólico de los miembros de la Compañía se ha de desarrollar tanto en la oración como en el servicio. Ambas dimensiones, desde este carisma apostólico, van juntas en total dependencia la una de la otra; en eso se traduce el deseo -que formuló tan hermosamente Nadal- que cada jesuita sea un verdadero contemplativo en la acción, o sea un apóstol que sea sensible a descubrir a Dios en todas las cosas y a todas en él [Cf. *Ej* 230- 237].

El criterio que da la *F50* sobre lo referido a las costumbres cotidianas de los sacerdotes de la Compañía: “como el comer, vestir y otras cosas exteriores” (*F50*, 5)... es seguir “el uso común y aprobado de los honestos sacerdotes” (*F50*, 5). Sin embargo ya desde el inicio de este cuerpo apostólico se tiene claridad que la identidad del jesuita no pasa por un hábito, por un cambio de nombre, por las mortificaciones físicas o por un estilo de vida preferentemente común sino por su carisma apostólico.

La Compañía de Jesús teniendo como horizonte su misión y modo de proceder, pretende que sus miembros sean “hombres del todo humildes y prudentes en Cristo, y señalados en pureza de vida cristiana y en letras” (*F50*, 5). En otras palabras busca formarlos como auténticos apóstoles pobres y doctos, sobre todo los que serán profesos; pero, más aún, también a los que se admitan para coadjutores, en las cosas espirituales y en las temporales.

En relación a los escolares se es claro cuando se dice que no serán admitidos sino aquellos que hayan sido examinados diligentemente y hallados idóneos para el mismo fin. El mismo Ignacio “dijo que no quería a ninguno en la Compañía que no fuese para aprovechar en algún modo”²¹⁸.

Ese deseo, para la Compañía, de ayudar a las almas debería partir del propio esfuerzo del jesuita de cultivar su vida espiritual, intelectual y apostólica. Ello queda reflejado en el siguiente testimonio:

“la primera cosa y más principal, que nuestro bienaventurado Padre encomendava a los de la Compañía que anauan en misiones ó se coupauan en tratar con los próximos para ayudarlos en cosas espirituales, era que entendiesen que su mayor cuidado y más importante para aprovechar á otros era aprovecharse á sí, y

²¹⁸ *MScripta* (Rib): 445.

perficionarse y crecer cada día en virtud con el favor del Señor. Porque desta manera viene el hombre á ser digno instrumento de Dios para engendrar en los otros la perfección, y encender en los demás con el fuego de charidad que arde en su pecho”²¹⁹.

Por lo dicho anteriormente para Ignacio es clave el no descuidar la admisión y posteriormente la formación de los candidatos, porque ahí se juega parte importante de la eficacia apostólica y misionera de la Compañía.

Para finalizar este punto recogemos un extracto de la bula pontificia de aprobación de la Compañía de Jesús y que, de manera colateral, hacen una amplia descripción de cómo vivían su sacerdocio apostólico estos peregrinos que formaron parte de esta primera Compañía:

“hemos oído con frecuencia de varias persona que vosotros, sacerdotes pobres de Cristo, procedentes de diversas regiones del mundo, os habéis juntado y, por inspiración del Espíritu Santo como creemos, os habéis puesto de acuerdo para actuar según único propósito: dejar los atractivos de este mundo para dedicar vuestras vidas perpetuamente a nuestro Señor Jesucristo y a su vicario en la tierra; y como nos lo han testimoniado continuamente varones de probada confianza, os habéis ejercitado encomiablemente ya por varios años en la viña del Señor, predicando públicamente la palabra de Dios, exhortando en privado, oyendo confesiones, ejercitando a las personas en pías meditaciones, sirviendo en hospitales, peregrinando, instruyendo a niños y a personas ignorantes en lo necesario para la vida cristiana, y, por fin, en todos los demás oficios de caridad; y dondequiera que habéis estado, sin señal alguna de herejía, avaricia o indignidad, sino atendiendo a todo con mucha aprobación y alabanza”²²⁰.

Este hermoso testimonio refleja una vivencia: la de Ignacio y de los primeros compañeros, que se espera no se pierda en el tiempo; quizás es por ello era muy necesario institucionalizar el carisma y poner por escrito el modo de proceder, inspirado por el Espíritu.

²¹⁹ *MScripta* (Rib): 459.

²²⁰ Cf. PAULO III, *Regimini Militantis Ecclesiae*, 27 de septiembre de 1540. En *MConst.* I, 14-21.

3.2.9 La oración del jesuita

Quizás uno de los puntos más conflictivos y menos entendidos -por parte de algunas dignidades eclesiásticas de los tiempos de Ignacio- del carisma de la Compañía tiene relación con su oración²²¹. Ello porque la misma *Fórmula del Instituto* dispensaba a sus miembros de recitar o cantar en coro las horas litúrgicas que hasta ese momento era un elemento de identidad de una orden religiosa [Cf. *F50*, 5; *Co* 586]; no así en el caso de sus ministros ordenados a quienes se les pedía hacerlo de manera privada...; dicha medida, en el espíritu de los primeros jesuitas, no era un desprecio a la oración de la Iglesia sino respondía a un modo particular de vivir su espíritu apostólico.

“Lo que se excluye propiamente es la obligación del oficio coral, no la celebración, incluso cantada, en ciertas solemnidades como maitines en Navidad, oficios de Semana Santa, misas solemnes, etc.; o una recitación vespéral en un tono “devoto, suave y simple”. Las CG 1 (1558) y 2 (1565) ratificaron estas normas”²²².

Lo que se buscaba dejar en claro, en la *Fórmula del Instituto*, es que el carisma de la Compañía está en función del amor y del servicio a Dios y al prójimo, es decir: lo esencial de su oración no es la fraternidad comunitaria sino la disponibilidad y movilidad para la misión. Ese deseo se refleja claramente en un texto de Polanco:

“aunque se tuviesen algunas ocupaciones, si saliesen otros lances de importancia, que sin faltar a lo comenzado se pudiese acudir, como de tanto mayor fruto que la discreción juzgase devrian dexarse las ocupaciones primeras, o parte de ellas... no se deve estorvar la ocupación de mayor servicio divino que se ofresce”²²³.

Esa urgencia apostólica está recogida en la *Constituciones*, sobre todo en la parte séptima, que veremos en el próximo capítulo.

Por todo lo dicho podemos sostener que con esta inspiración apostólica del Espíritu se pretende que el jesuita tenga una mayor flexibilidad para satisfacer las

²²¹ Por ello Paulo IV buscó intervenir en este punto “obligando a los jesuitas a rezar el oficio divino en el coro. Disposiciones que anuló posteriormente su sucesor Pío IV...”: J. BURIEZA, *Establecimiento, fundación y oposición de la Compañía de Jesús*, en T. EGIDO (coordinador), Marcial Pons, Ediciones de Historia, S.A., Madrid 2004, 71.

²²² J. MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, *Coro*, en *DEI*, 492.

²²³ *PoCo (Polanci Complementa)*: II, 782

diferentes exigencias del ministerio a cualquier hora del día o de la noche en que hiciera falta. De esa forma ha de vivir su vocación en la Iglesia al servicio de todos sus prójimos.

Para concluir este capítulo es necesario considerar que la *Fórmula del Instituto*, que ha trascendido la historia de la Compañía, es un texto inspirador -de primer orden- del carisma de Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros, con la aprobación de la Iglesia. En su contenido no nos encontramos con ideas abstractas y desencarnadas; al contrario, se ponen por escrito las grandes mociones espirituales y apostólicas de estos *Amigos en el Señor*. En su formulación está, además, explícito de manera concisa el fin de la Compañía y los medios fundamentales para realizarlo. Su importancia es esencial en la configuración del cuerpo apostólico dado que “este documento no puede ser modificado ni siquiera por una Congregación General sin la autorización de la Santa Sede²²⁴”.

²²⁴ A. DE JAER, *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 2011, 28.

Capítulo 4

Las Constituciones, identidad y modo de proceder apostólico de la Compañía de Jesús

En el año 1541 -una vez erigida canónicamente la Compañía de Jesús- se inició, por parte de Ignacio, la redacción de las *Constituciones* [Cf. *Au* 100]. Este escrito fundacional fue aprobado en diversos momentos de la historia de la Compañía, por ejemplo: en el año 1558 en la *CG* 1 (el texto C), en 1583 en la *CG* 4 (el texto latino) y en 1594 en la *CG* 5 (el texto D)...; que cuente con la aprobación de la Iglesia y de la Compañía no quiere decir que es un texto cerrado y finalizado. Al contrario, ya en los primeros años del instituto vemos la evolución que fue tomando la redacción original en temas referidos a la identidad del jesuita y su modo de proceder apostólico; dada la propia vivencia de un cuerpo apostólico en expansión que se empieza a enfrentar con los pro y los contra de las distintas realidades, las cuales a la larga le ayudan a perfilar de manera más concreta su modo de vida.

La redacción del texto de las *Constituciones* no se dio de un día para otro sino fue parte de un proceso gestacional intenso; proceso no sólo espiritual (por medio de

oraciones y discernimientos concretos) sino también apostólico y misionero (dadas las vivencias pastorales de los primeros jesuitas).

Ignacio y sus colaboradores, en la redacción de los distintos capítulos, buscaron dialogar con la voluntad de Dios que fueron recogiendo de su vida interior y apostólica - que en el carisma de la Compañía están en estrecha relación- e hicieron el esfuerzo por formular y hacer operativa una experiencia vital. En otras palabras podríamos decir que la vida y la misión de los jesuitas fue condicionando la institucionalización del carisma e hizo de ella una experiencia dinámica y en constante renovación; creemos que ese proceso se llevó sin traicionar lo esencial de la experiencia de Ignacio y de los primeros compañeros. El prólogo antiguo que precedía la primera edición de este texto nos dice al respecto:

“Estando la Compañía dispersa por tantas regiones del mundo, ocupada en los graves trabajos de la fe y la religión, confió muy acertadamente la tarea de escribirlas a nuestro fundador el P. Ignacio, de feliz memoria, que debía permanecer en Roma. Él asumió la obligación encomendada y se consagró a ella con diligencia, sabiduría y fidelidad. Durante muchos años, a ella dedicó la totalidad casi íntegra de su tiempo. Con muchas lágrimas y fervorosas oraciones, con la celebración constante de la Eucaristía, pedía al Señor la unción del Espíritu Santo, para conseguir por gracia, con su inspiración y guía, lo que hubiera sido imposible para el esfuerzo humano”²²⁵.

Por tanto más que un manual de normas o una simple legislación religiosa - escrita para ser cumplida- ellas son el fruto de un proceso espiritual y apostólico discernido que busca poner de manifiesto -de parte del *peregrino* y de sus primeros compañeros- de manera escrita la identidad y el modo de proceder del nuevo instituto. Por ello podríamos decir que:

“Las Constituciones de la Compañía de Jesús son al mismo tiempo que una escuela de discernimiento espiritual, una escuela de obediencia. Hay en ellas una verdadera legislación para una sociedad religiosa con fisonomía concreta y bien determinada, y están escritas para que el Superior mire por que se cumplan y los miembros de ella

²²⁵ Carta del P. Ribadeneira, Roma 1559 (prólogo antiguo de la primera edición): COMPAÑÍA DE JESÚS, *Constituciones de la Compañía de Jesús. Normas complementarias*, Curia S.I, Roma 1995, 19- 20.

se entreguen con gran ánimo a cumplirlas, viendo en ello la realización de su perfección espiritual y la mejor ayuda al prójimo que pueden prestar, que será siempre según su vocación”²²⁶.

Sabemos, además, que al principio de este trabajo se dejó aconsejar por cinco de sus compañeros: Láinez, Salmerón, Coduri, Broët y Jayo, los cuales le ayudaron a tener una primera estructuración del texto. Posteriormente siguió su empeño junto a Coduri (el cual murió en el año 1545); en los años 1546 y 1547 el *peregrino* continuó solo. Sin embargo ese mismo año llamó para trabajar con él a Juan de Polanco, quien asumiría el rol de secretario de la Compañía. Con Polanco se agilizó y se ordenó el proceso de redacción²²⁷; incluso se dice que éste se habría apropiado tan profundamente de las ideas y del modo del fundador que sería muy difícil poder percibir cuál fue el aporte de cada uno; pero es necesario aclarar que siempre la última corrección de los textos la tuvo Ignacio.

Escribir las *Constituciones* ayudó muy significativamente -junto a la *Fórmula del Instituto*- en este proceso de institucionalización del carisma apostólico de la Compañía. Cada una de las partes que la componen fue siguiendo un orden lógico y apuntó, sobre todo, a una sana integración y comunión de todo el instituto para el mayor servicio divino y ayuda de las almas:

“Entonces el P. Ignacio con sus compañeros comenzaron a tratar de hacer un cuerpo de congregación, que fuese durable y donde otros se admitiesen para seguir el mismo instituto, en ayuda de los prójimos, y de la forma de él, y constituciones más substanciales, para el fin que arriba dije, de imitar el modo apostólico en lo que pudiesen”²²⁸.

Este texto, medular en la institucionalización, es concebido por tanto como una ayuda “para proceder, conforme a nuestro instituto, en la vía comenzada del divino servicio”²²⁹.

²²⁶ M. RUIZ JURADO, “Las Constituciones de la Compañía de Jesús y el discernimiento espiritual”, *Manresa* 48 (1976) 236.

²²⁷ Por poner un ejemplo podemos considerar que el llamado Texto B de las Constituciones apareció hacia 1552 y fue redactado enteramente por Polanco. Cf. A. Aldama, *Iniciación al estudio de las Constituciones*, CIS, Roma 1981, 73.

²²⁸ Polanco (sobre el Instituto de la Compañía). *FN* II, 310.

²²⁹ Cf. Proemio de la Constituciones [*Co* 134].

4.1 De los Ejercicios Espirituales a las Constituciones

La experiencia de los *Ejercicios Espirituales* -núcleo espiritual de la experiencia de Ignacio y de sus compañeros- ciertamente ayuda a comprender el trasfondo de los contenidos de las *Constituciones* y este texto traslada las grandes intuiciones de los *Ejercicios* a un plano más corporativo y apostólico. Por tanto es necesario considerar la fuerte vinculación que hay entre ambos escritos porque “los *Ejercicios* son la médula íntima, el núcleo sustancial del Santo. En las *Constituciones* vive el mismo espíritu, pero con un cuerpo concreto al que da vigor y energía”²³⁰. Por ello nos atrevemos a decir:

“La Compañía de Jesús es prolongación del carisma de Ignacio. Y también es plasmación activa y creativa de la pedagogía de los Ejercicios Espirituales: tanto de lo que corresponde al ejercitante como de lo que corresponde a quien da los Ejercicios. Más todavía, la vida del jesuita no sólo actualiza, sino que visibiliza la experiencia de los ejercicios. Dicho de otro modo, en la vida de un jesuita en fidelidad a las Constituciones debería descubrirse qué son los Ejercicios Espirituales ignacianos”²³¹.

Incluso para Jerónimo Nadal la importancia de la meditación del Rey [*Ej* 91-98] y de las Banderas [*Ej* 136- 147] son claves para entender qué se espera de un jesuita formado²³²:

“El ejercicio del Rey temporal y el de las Banderas, cuando se hacen los Ejercicios por primera vez, se refieren a la vocación; pero cuando uno ya ha sido llamado a la Compañía, propiamente hay que aplicarlos a los ministerios de la Compañía”²³³.

²³⁰ I. IPARRAGUIRRE – M. RUIZ JURADO, *Introducción de las Constituciones*, en SAN IGNACIO, *Obras*, o. c., 367.

²³¹ JM. RAMBLA. “El hombre de las Constituciones como prolongación del hombre de los Ejercicios”, *Manresa* 70 (1997) 359.

²³² Para Ruiz Jurado “el influjo de las meditaciones del Rey y de las banderas [que sugiere Nadal] en el Instituto de la Compañía, prescindiendo de las precisiones y detalles de los hechos místicos... es la enorme consonancia de todo estos paso y la universal aceptación que encuentran en el espíritu de la Compañía”... esta opinión sería compartida por autores como Leturia, De Guibert, Codina, Dalmases, H. Rahner, etc. Cf. M. RUIZ JURADO, *A la luz del Carisma Ignaciano, estudios sobre san Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús*, Mensajero- Sal Terrae- Universidad Pontificia de Comillas, Bilbao, 2015, 194.

²³³ *MNad* (“Orationis observaciones”): 68.

En otras palabras podemos concluir que es necesario precisar, antes de entrar en el contenido de las *Constituciones*, que la vivencia y asimilación de los *Ejercicios*, de parte del jesuita, le ayudará a comprender y asimilar mejor el contenido carismático de este documento.

A continuación, más que profundizar en la historia de la redacción del texto o ampliar su vinculación con el texto de los *Ejercicios* (o con los otros textos ignacianos que hemos mencionado anteriormente), buscaré reflejar cómo en sus contenidos está explícito el espíritu apostólico de Ignacio de Loyola y de los primeros compañeros. Me detendré con mayor detención en la parte séptima que está referida principalmente a la misión del jesuita formado; parte central para entender el contenido de la institucionalización del carisma apostólico de la naciente Compañía.

Es preciso señalar, de manera introductoria, que las *Constituciones* señalan un horizonte para el jesuita y para aquel que busque ser parte de este cuerpo apostólico. No son solo instrucciones o leyes, como expresamos anteriormente, sino criterios para discernir, elegir y decidir, frente a los distintos escenarios en que se encuentre. Incluso para algunos autores “las Constituciones son un libro espiritual... un libro que dice a los jesuitas lo que son y les da su identidad propia”²³⁴.

4.2 Identidad apostólica y modo de proceder

Es importante no olvidar que el fin de la Compañía de Jesús es apostólico; ese el sello, el corazón de su carisma desde sus inicios y es transversal a las distintas partes que conforman la *Fórmula del Instituto* y todo el cuerpo de las *Constituciones*. Desde ese horizonte -propio de la gracia recibida por Ignacio y contagiada por él a sus amigos de Roma- se ordena todo en la vida del jesuita: admisión, formación, votos, disponibilidad, etc. Es por ello que desde el principio se buscó dejar claro que dicha dimensión ha de ser el distintivo propio del jesuita que se siente parte de la misión de Cristo en la Iglesia, siguiendo el ejemplo de los discípulos de Jesús, del mismo Ignacio y de sus primeros compañeros.

Las *Constituciones* parten de una llamada particular de Dios a la Compañía de Jesús que define su identidad apostólica. Esa moción -medular para entender este

²³⁴ A. DE JAER, *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, o. c., 23.

carisma al interior de la Iglesia- está a la base de la vida de la oración, la consagración por los votos, la vida comunitaria, la formación, el gobierno, etc. del jesuita en particular y de todo el instituto. En otras palabras podemos sostener que: “si algo ha caracterizado positivamente a la Compañía de Jesús ha sido su carácter misionero, su celo apostólico, su espíritu paulino, su dimensión evangelizadora...”²³⁵.

El fin que persiguen las *Constituciones* es espiritual y apostólico dado que pretenden "ayudar [a] todo el cuerpo de la Compañía y particulares de ella a su conservación y aumento", donde por "conservación" debemos entender la custodia de un don valioso recibido [Co 790]. En efecto, las *Constituciones* atribuyen a la acción providente del Señor [Co 812], la institución de la Compañía y se ocupan de cooperar con la providencia a mantenerla y aumentarla [Co 134].

“Mientras que la Fórmula del Instituto nos da nuestra identidad, las *Constituciones* son un libro para su comprensión e inteligencia y nos señalan las etapas de integración progresiva de cada persona que Dios llama a la Compañía, así como las etapas de formación de todo el cuerpo”²³⁶.

Es preciso no obviar la continuidad que hay entre la *Fórmula del Instituto* y la *Constituciones* para entender ampliamente la identidad apostólica y el modo de proceder de la Compañía.

4.3 Una formación para la misión (Examen y Partes I- VI)

La formación humana, académica y religiosa del jesuita debe estar en función de la misión [Cf. Co 307]. Por tanto el conservar y aprovechar a los admitidos a probación (tercera parte), el instruirlos en letras y en otros medios de ayudar a los prójimos (cuarta parte), como el insistir al final en la escuela del afecto (quinta parte) debe ir orientado en relación con la finalidad apostólica de la Compañía. Por otro lado es necesario tener presente, además, que las *Constituciones* son claras en sugerir a los superiores en no admitir a nadie que no fuera idóneo para la vida y la misión de este cuerpo apostólico [Cf. Co 516].

²³⁵ V. CODINA, “Conforme a nuestra profesión de humildad y bajeza”, *Manresa* 66 (1994) 55.

²³⁶ *Ibíd.*, 31.

Se espera que toda la formación pueda ayudar a preparar a los apóstoles de la Compañía para que se dispongan, con libertad y disponibilidad, a la misión a la que fuesen enviados. Por decirlo de otro modo la finalidad de los largo años de formación es formar miembros de un cuerpo sacerdotal al servicio de la Iglesia, a disposición del Papa, como Vicario de Cristo en la tierra. La formación pretende, por tanto, que el jesuita “habiéndose aprovechado en sí mismo, mejor puedan aprovechar a otros a gloria de Dios nuestro Señor” [Co 516].

4.3.1 Candidatos admitidos en función de la misión

El Examen con sus declaraciones, que es el punto base de las Constituciones, pretende que un candidato pueda conocer lo propio de la Compañía y que éste a la vez pueda ser conocido por ella.

Este texto, junto con mostrar los aspectos formales de la fundación del Instituto, muestra inmediatamente -aunque de manera sintética- al candidato cuál es el fin de la Compañía que “no solamente es atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar ayudar a la salvación y perfección de los prójimos” [Co 3]. Por otro lado, se proponen los medios necesarios para examinar a quienes muestran interés de continuar con esta vida [Cf. Co 25- 52]; lo que subyace al texto es vislumbrar si el candidato tiene la idoneidad y las fuerzas necesarias para vivir esta vocación desde la particularidad de su carisma apostólico.

Es interesante constatar la claridad que tiene el texto del *Examen* con el candidato a la Compañía. Ya, desde estos primeros momentos, se les presenta lo que se espera de un integrante formado de este Cuerpo apostólico: “debemos ser preparados conforme a la nuestra profesión y modo de proceder, para discurrir por unas partes y por otras del mundo, todas veces que por el Sumo Pontífice nos fuere mandado, o por el Superior nuestro inmediato...” [Co 92]. En este sentido se pretende que la persona logre dimensionar lo que se espera de él de cara a la misión de la Compañía de Jesús.

La primera y segunda parte de las *Constituciones* se refieren a la admisión [Cf. Co 138- 203] y al despido [Cf. Co 204- 242] de posibles candidatos. Después de dar criterios para una cosa o la otra se busca que, incluso si hay que despedir a alguien, se busque siempre el bien de la persona y de la Compañía. Ello porque para cumplir con el

fin de este cuerpo apostólico sólo “se necesita que se conserven y aumenten los operarios que se hallaren idóneos y útiles para llevar adelante esta obra” [Co 204].

Se espera, por tanto, que sean admitidos aquellos que tengan dones o actitudes para vivir el carisma apostólico de la Compañía [Cf. Co 147]²³⁷. Que sean sujetos dispuestos a vivir su consagración desde una fe profunda y una entrega generosa a su prójimo. Que además tengan buena disposición para ser formados espiritual [Cf. Co 153], académica [Cf. Co 154] y apostólicamente [Cf. Co 155]

4.3.2 Pruebas del noviciado para la misión

En la tercera parte de las *Constituciones* se dan indicaciones sobre el conservar y aprovechar a los que quedan en probación. En esta parte se aborda principalmente la primera etapa de formación: el noviciado, que es un momento único en la vida del jesuita que “contiene [además] la pedagogía espiritual apta para prepararlo a lo que será propuesto en las partes consagradas al jesuita formado y en misión”²³⁸.

La finalidad de esta etapa inicial es “conservar y aprovechar”... al que “vaya adelante en la vía del divino servicio”... “para trabajar en la viña del Señor” [Co 243]. Por lo tanto toda su formación espiritual y académica, desde el inicio de su formación y para toda su vida, ha de ser apostólica²³⁹.

Al inicio de esta formación se pide a los que entran a la Compañía y a sus formadores que:

“Los que están en probación, deben dejar toda conversación de palabra y por escrito con personas que puedan entibiarles en sus propósitos. Por el contrario, caminando en la vía del espíritu, deben solamente tratar con personas y de cosas que les ayuden para lo que, entrando en la Compañía, pretendían en servicio de Dios nuestro Señor”²⁴⁰.

²³⁷ Incluso las *Constituciones* dan indicaciones, que van en la misma línea, para aquellos que ingresen a la Compañía como hermanos coadjutores [Cf. Co 148].

²³⁸ A. DE JAER, *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, o. c., 68.

²³⁹ Otros textos referidos a este punto en la Tercera Parte de las *Constituciones*: [Co 273, 292...].

²⁴⁰ A. ALDAMA, *Iniciación al estudio de las Constituciones*, o. c., 118.

Dicho aislamiento o desierto que experimenta el novicio es más severo en el primer tiempo [Cf. *Co* 244- 249]; paulatinamente a medida que se va madurando se le concede mayor libertad.

Continúan las indicaciones del texto en la línea de su crecimiento humano, en este punto se les pide a los novicios “que tengan cuidado de guardar con mucha diligencia las puertas de los sentidos de todo desorden...” [*Co* 250]; también que cultiven la “temperancia y honestidad y decencia interior y exterior” [*Co* 251].

Para su formación comunitaria y apostólica se sugiere a los formadores -sobre todo al maestro- que distribuyan oficios a los novicios evitando, de esta manera, “el ocio porque es origen de todos los males” [Cf. *Co* 253]. Que los prueben en la pobreza, el criterio que se pide es “no tener el uso de cosa propia como propia” [*Co* 254] aunque todavía no se han realizado los votos. Lo mismo en la obediencia [*Co* 258] para que puedan crecer en transparencia y confianza con el superior... Se les exige que “sean instruidos para guardarse de las ilusiones del demonio... procurando andar adelante en la vía del divino servicio” [Cf. *Co* 260]. Para ser lúcidos en esta diversidad de movimientos interiores se les anima a que examinen cada día sus conciencias, que tengan una vida sacramental activa (confesión) [Cf. *Co* 261], que sean corregidos y confrontados [Cf. *Co* 263]... en este punto la figura del maestro de novicios es clave porque debe enseñar, cuidar, dar confianza y corregir cuando sea necesario [Cf. *Co* 263]... pero, sobre todo, se espera que ponga los medios necesarios para poner al novicio con “su criador y Señor” [Cf. *Ej* 15]. Es por eso que para desempeñar tan importante labor se necesita el “que más apto sea para el cargo” [Cf. *Co* 264].

El ambiente donde se forman los nuevos integrantes de la Compañía deben ser sano, honesto, decente... se estimula a que “no hayan cosas vanas, sino que ayuden para el fin que la Compañía pretende de divino servicio y alabanza” [*Co* 266]. Que, además, procuren en las enfermedades²⁴¹ “sacar fruto de ellas, no solamente para sí, pero para la edificación de los otros... mostrando mucha paciencia y obediencia al médico y enfermero...” [Cf. *Co* 272].

Aunque en esta etapa inicial de la formación del jesuita lo académico no es lo central se anima, en cuanto sea posible, no haya en la Compañía diversidad de doctrina

²⁴¹ Este punto será retomado con mayor fuerza en la parte VI de las Constituciones, incluso en el lecho de muerte [Cf. *Co* 595].

[Cf. *Co* 273- 274], incluso se estimula una cierta uniformidad (unión de voluntades) en relación a este punto [Cf. *Co* 274].

Para aprovechar en las virtudes, al futuro apóstol de la Compañía, se sugiere que recojan el buen ejemplo de los antiguos [*Co* 276] porque es mucho más eficaz que muchas palabras. Que tengan instrucción espiritual profunda [*Co* 277- 279] adecuada a cada persona (según personas, tiempos y lugares) que se complemente además con oficios humildes [*Co* 282]. Que se ejerciten espiritualmente [Cf. *Co* 280- 287] para que les ayude a fundar la vida y la vocación en Jesucristo y su Reino. Según Aldama:

“Con el nombre de ejercicio espiritual se entiende también las prácticas ascéticas de ejercitación de las virtudes... es significativo que insista en el ejercicio de predicar [*Co* 280- 281] y en el de las grandes virtudes de humildad [*Co* 282- 283], obediencia [*Co* 284- 286] y pobreza [*Co* 287]”²⁴²

Junto con ello se espera que el novicio pueda cultivar una profunda vida de oración [Cf. *Co* 288] movido siempre con rectitud de intención y buscando a Dios en todas las cosas en clave de la contemplación para alcanzar amor de los *Ejercicios Espirituales* [Cf. *Ej* 230- 237].

Todos los criterios y medios enunciados, en esta tercera parte, apuntan a la formación espiritual y apostólica de los novicios. Ellas, aunque están referidas a los primeros años de vida en la Compañía, van en la línea de formarlos para la misión poniendo cimientos fuertes a su vida y vocación.

La formación propuesta por Ignacio y por los primeros jesuitas es integral y abarca toda la vida. En este sentido consideramos, incluso, la importancia que da a la salud física y a las fuerzas de cada sujeto [Cf. *Co* 292- 306]; todo esto desde un enfoque práctico y vivencial.

El cuerpo apostólico no solo estimula la formación sino que espera que los superiores puedan poner los mejores medios para formar a sus hijos para que ellos en el futuro “puedan tomar cualquier oficio que a uno le fuere dado” [*Co* 302] y puedan

²⁴² A. ALDAMA, *Iniciación al estudio de las Constituciones*, o. c., 129.

buscar siempre la edificación de su prójimo [Cf. *Co* 304] con libertad, indiferencia y generosidad.

4.3.3 Formación en virtud y letras para la misión

Hemos considerado en la parte tercera la importancia que tiene formar en la virtud a los que se encuentran en formación [Cf. *Co* 307]. En esta cuarta parte las *Constituciones* dan criterios sobre el instruir en letras y en otros medios de ayudar a los prójimos. El objetivo central de esta parte tiene relación directa con la anterior y busca explicitar lo concerniente a la formación espiritual, intelectual y pastoral de los jesuitas en formación. Sobre la instrucción en letras el texto hace la siguiente consideración:

“Es necesaria la doctrina y modo de proponerla, después que se viere en ellos el fundamento debido de la abnegación de sí mismos y aprovechamiento en las virtudes que se requiere, será de procurar el edificio de letras y el modo de usar de ellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor” [*Co* 307].

Parte, esta parte de las *Constituciones*, de una constatación: a la Compañía comienzan a entrar “mancebos” que es necesario formar sólidamente; para que “con sus buenas costumbres e ingenio diesen esperanza se ser juntamente virtuosos y doctos para trabajar en la viña de Cristo nuestro Señor” [Cf. *Co* 308]. De ahí se entiende el contenido de esta parte de las *Constituciones*: la institución de colegios [Cf. *Co* 307-332]; los estudiantes [Cf. *Co* 333- 418]; el gobierno [Cf. *Co* 419- 439]; las universidades de la Compañía [Cf. *Co* 440- 509].

Sobre su formación espiritual se nos dice que se ha de tener preocupación por la salud física, corporal y mental de los escolares [Cf. *Co* 339], porque con ello se promueve la unión entre vida espiritual y estudios. Se busca que los estudios no les entibien el amor a las virtudes religiosas pero dejando en claro que en la vida de los estudiantes las oraciones largas no tienen mucho lugar [*Co* 340]; se les invita a los escolares, además, a formarse en la obediencia [*Co* 342] y en la discreción [*Co* 343].

Sobre su formación intelectual podemos decir que en la visión de Ignacio el fin apostólico es el que ha de determinar los contenidos y materias de estudio [Cf. *Co* 351-353]. Con ello busca reproducir, de alguna manera, el *modo parisiense* que vivió junto a sus compañeros; sus contenidos académicos son formación humanística, filosófica y

teológica. Con ellos se pretende formar al sacerdote para la inserción apostólica en el mundo y en la cultura de su tiempo. Incluso se deja claro que los grados académicos no pueden ser el fin de los estudios sino los medios que hacen al jesuita más apto para la misión [Cf. *Co* 400]; se busca con ello que después este entregue gratuitamente lo aprendido.

Sobre su formación pastoral se invita a los escolares jesuitas a formarse bien para llegar a convertirse en verdaderos apóstoles y pastores. Para ello se han de ejercitar en el predicar, leer y dar clases [*Co* 402, 403, 405]; en el conocimiento de los evangelios [*Co* 404]; en el administrar los sacramentos [*Co* 406]; en dar los *Ejercicios Espirituales* a otros [*Co*, 408]; en el enseñar doctrina cristiana a los niños y rudos [*Co* 410]; en ayudar a bien morir [*Co* 412]; etc. Con esta diversidad de ministerios se busca que estén preparados y dispuestos para servir a las personas en contextos diversos.

La misión del jesuita en formación son sus estudios, los cuales también son apostólicos. Ello porque “como sea el fin de la Compañía y de los estudios ayudar a los prójimos al conocimiento y amor divino y salvación de sus ánimas” [*Co* 446]. En relación a su nivel de exigencia se espera sea el conveniente a una formación profunda y seria [Cf. *Co* 478].

El apóstol de la Compañía ha de cultivar una formación amplia e integral. Es por ello que junto a la formación humana, espiritual y académica se espera que pueda cultivar buenas y cristianas costumbres [*Co* 481], por ejemplo una vivencia sacramental activa, lectura espiritual, lecciones sobre las virtudes...; además, frente a la tentación de los negocios de dinero propone un voto de pobreza absoluta [Cf. *Co* 816], frente a la ambición propone un voto de renuncia a todo honor eclesiástico [Cf. *Co* 817], frente a la tentación del poder se propone al jesuita no olvidar que es instrumento de Cristo y enviado [Cf. *Co* 821].

La quinta parte de las *Constituciones* trata de lo que toca al admitir o incorporar en la Compañía. Esta parte es la bisagra entre los capítulos anteriores y los que vendrán a continuación. En ella se nos dice que una vez que los jesuitas hayan sido suficientemente probados, sean admitidos a profesión para que “habiéndose aprovechado en sí mismo, mejor puedan aprovechar a otros a gloria de Dios nuestro Señor” [Cf. *Co* 516].

Es sugerente constatar que en las diversas fórmulas de votos o profesión, que aparecen en esta parte, se agrega explícitamente en su formulación el tema de la misión. Por ejemplo en la profesión solemne, junto con la consagración, mediada por los votos de pobreza, castidad y obediencia, se integra una dedicación especial a “la instrucción de los niños”... y una “especial obediencia al Sumo Pontífice para cualquier misión a que se me envíe” [Cf. *Co* 527]; dichos elementos están muy presentes en los Documentos Pontificios y en las *Constituciones*. Sobre el cuarto voto de obediencia al Papa se confirma que “es acerca de las misiones” [*Co* 529] como ya habíamos enunciado en la *Fórmula del Instituto*. Y en lo referente a la instrucción a los niños y a los rudos se mantienen incluso en la formulación de aquellos que no hacen el cuarto voto [Cf. *Co* 528, 532].

4.3.4 Resultado: un jesuita para la misión

La sexta parte de las *Constituciones* trata de lo que toca a los ya admitidos o incorporados a la Compañía cuanto a sí mismos. La cual está fundada en los tres votos y estos en función de la finalidad apostólica del Instituto que es “la ayuda espiritual del prójimo” [Cf. *Co* 582]. Por el voto de castidad “imitando la puridad evangélica con la limpieza del cuerpo y mente” [*Co* 547]. Por el voto de obediencia disponiéndose a ella “teniendo entre los ojos a Dios nuestro Criador y Señor, por quien se hace la obediencia”; especialmente al Sumo Pontífice y después a los Superiores de la Compañía [Cf. *Co* 547]. Por el voto de pobreza, “como firme muro de la religión” [*Co* 553] donde los jesuitas “deben dar gratis lo que gratis recibieron” [*Co* 565], “evitando así todo tipo de avaricia” [*Co* 567].

Dada su finalidad apostólica los jesuitas deben ser personas “aprovechadas para correr por la vía de Cristo nuestro Señor, quanto la disposición corporal y ocupaciones exteriores de caridad y obediencia permiten” [*Co* 582]. Todo ello “porque las personas de esta Compañía deben estar cada hora preparadas para discurrir por unas partes y otras del mundo, adonde fueren enviados por el Sumo Pontífice o sus Superiores” [*Co* 587]. Desde estos puntos (de la disponibilidad y la libertad apostólica) se puede entender la indicación de no practicar, de manera comunitaria, el coro de las horas canónicas ni el decir misas y oficios cantados [Cf. *Co* 586].

Se espera, además, que el miembro de esta Compañía toda la vida -también en la enfermedad y en la muerte- deba “esforzarse y procurar que Dios nuestro Señor sea en él glorificado y servido, y los prójimos edificados, a lo menos del ejemplo de su paciencia y fortaleza” [Cf. *Co* 595].

Para André de Jaer:

“los últimos votos son para el jesuita la conformación con el Jesús que entrega su vida, que hace de su vida eucaristía; conformación con Cristo que vive su misterio pascual y se entrega gratuitamente por amor. El jesuita es introducido en ese misterio de gratuidad de amor. Ese es el lugar del jesuita formado”²⁴³.

En otras palabras para que el apóstol de la Compañía viva en consecuencia su vocación apostólica ha de fundar su seguimiento en el amor divino; solo desde la certeza de sentirse llamado y enviado por Dios dará mayor profundidad y validez a su entrega al servicio de sus prójimos.

4.4 La misión, núcleo de la vocación del jesuita (Parte VII)

La misión de la Compañía de Jesús es expresión de su dimensión apostólica. Sin embargo, el punto de partida no es Ignacio y los primeros compañeros sino Jesús y su Evangelio. Siempre ha existido conciencia, al interior de la Iglesia, que el que envía es el Padre al Hijo para salvar al mundo; éste, a su vez, envía a sus discípulos para continuar con su misión... y así, todas las personas creyentes -que quieren vivir en consecuencia su fe- se sienten llamadas y enviadas por Dios a construir su Reino.

Los jesuitas y los otros institutos de vida consagrada también se han sentido llamados y enviados, en distintos momentos de la historia, a darle forma y sentido a esta invitación del Señor; cada uno desde su propia particularidad o carisma.

Ignacio de Loyola experimentó de parte de Dios, para sí y para la Compañía, que todo se emplease en el servicio suyo y bien de las almas²⁴⁴.

²⁴³ A. DE JAER, *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, o. c., 117.

²⁴⁴ Cf. *FN I*, 307.

En las *Constituciones* se acentuó fuertemente el concepto de misión o de misiones. Sus referencias mayores están vinculadas al Papa, a los superiores, al envío, etc. La palabra aparece, en diversas partes de su estructura, 22 veces²⁴⁵. La misión y más específicamente las misiones del Romano Pontífice, subrayan especialmente la disponibilidad de la Compañía de Jesús para ser esparcida por todo el mundo. Por tanto “la misión se enraizará en el servicio a Aquél que es el enviado a salvar el mundo y será así la espiritualidad del servicio en misión universal”²⁴⁶. Esto se hace evidente en la parte séptima de dicho documento.

4.4.1 La Parte VII como el corazón de las Constituciones

Esta parte séptima dice relación de lo que toca a los ya admitidos en el cuerpo de la Compañía para con los prójimos repartiéndose en la viña de Cristo nuestro Señor; ella está referida especialmente a la misión apostólica de la Compañía y lo que tiene relación con sus miembros.

La misión aquí no se restringe a un lugar geográfico sino a las condiciones y criterios necesarios que facilitan un envío de un jesuita a buscar siempre el mayor servicio divino y la ayuda a las almas; dicho espíritu lo vemos reflejado en Ignacio:

“Esta Compañía y los particulares della han sido juntados y unidos en un mismo espíritu, es a saber, para discurrir por unas partes y otras del mudo entre fieles e infieles, según que nos será mandado por el sumo pontífice; de modo que el espíritu de la Compañía es en toda simplicidad y bajeza pasar adelante de ciudad en ciudad, y de una parte en otra, no atacarnos en un particular lugar”²⁴⁷.

En este sentido podemos sostener que las *Constituciones* buscan hacer operativo el espíritu apostólico del *peregrino* y de sus primeros compañeros.

Sobre la intención de Ignacio de disponerse a las misiones de Su Santidad²⁴⁸ lo primero que se deja claro en este documento es que éste es “el fin propio de nuestro Instituto”; ya sea por “un envío directo del Papa o de los Superiores de la Compañía”.

²⁴⁵ I. ECHARTE, *Concordancia ignaciana*, o. c., 800-801.

²⁴⁶ I. SALVAT, *Misión*, en *DEI*, 1239.

²⁴⁷ Carta a Don Fernando de Austria, Rey de Romanos (diciembre de 1546), *Epp.* I, 450- 453: IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, o. c, 719- 720.

²⁴⁸ Esta visión, de las *Constituciones*, es complementaria a la expuesta en el capítulo anterior en el punto 3.2.3. El cuarto voto: la obediencia al Sumo Pontífice como pilar apostólico.

Por lo mismo para asumir de buena forma esas misiones encomendadas se ha de buscar a los “más aptos para tal misión” [Co 611]. Ello porque “la movilidad define, pues, a la Compañía como una comunidad dispuesta siempre a desplazarse en busca de un mayor fruto y bien más universal. Aun las residencias más estables presentarán también la figura de una frecuente expedición apostólica”²⁴⁹.

San Ignacio tuvo siempre presente la imagen de los Apóstoles a quienes el Señor envía [Cf. *Ej* 145]. El 11 de febrero de 1544 se refirió en su *Diario espiritual* a este punto:

“en esto viniéndome otras inteligencias, es a saber, cómo el Hijo primero envió en pobreza a predicar a los apóstoles, y después el Espíritu Santo, dando su espíritu y fuerzas, los confirmó, y así el Padre y el Hijo enviando el Espíritu Santo, todas tres Personas confirmaron tal misión” [De 15].

4.4.2 Modos de misión: de su Santidad y del superior

Sobre las misiones que puede dar el Sumo Pontífice se espera que el enviado ha de estar dispuesto a discurrir donde:

“juzgase ser conveniente para mayor gloria divina y bien de las ánimas enviarlos entre fieles o infieles, no entendiendo la Compañía para algún lugar particular, sino para ser esparcida por el mundo por diversas regiones y lugares, deseando acertar más en esto con hacer la división de ellos el Sumo Pontífice” [Co 603].

Teniendo este punto presente podemos apreciar cómo, en esta séptima parte, se concreta el cuarto voto²⁵⁰.

Se espera, por tanto, que el profeso de cuatro votos: no solicite su misión [Co 606- 608]; que “ofrezca su persona libremente” sin pedir ayuda material para ello [Co, 609]; que ha de mirar el “mayor bien universal” [Co 611]; por el tiempo que Su Santidad vea conveniente [Cf. Co 615]; que tenga iniciativa pastoral, sin descuidar la misión encomendada, se sugiere que “no será inconveniente hacer algunas salidas, si

²⁴⁹ J. OSUNA, *Amigos en el Señor*, o. c., 211.

²⁵⁰ El cuarto voto está referido directamente a la misión, es por ello que no fue parte de la Parte VI de las *Constituciones* donde aborda los tres votos religiosos.

pudiere y le pareciere serían fructuosas en servicio de Dios nuestro Señor, para en los lugares vecinos ayudar a las ánimas” [Co 616]. En este sentido es acertado sostener que:

“Esta es la definitiva y perfectísima habitación de la Compañía: el peregrinar de los profesos; por medio del cual buscan ganar para Cristo las ovejas que perecen. Esta es la propiedad privilegiada de nuestra vocación: que hemos recibido de Dios y de la Iglesia el cuidado de aquellos de quienes ninguno se preocupa... porque si ninguno, ciertamente el sumo Vicario de Cristo... y por eso hemos sido ofrecidos a él en servicio, a fin de que por medio de nosotros tenga el cuidado de aquellos... esta es una empresa llena de sumas dificultades, trabajos y peligros, pero a la vez sumamente útil y necesaria. Y de este modo, toda la Compañía aparece como una cierta imitación del estado apostólico, en nuestra humildad en Cristo”²⁵¹.

4.4.3 Criterios para la selección de ministerios

Las *Constituciones* son claras cuando se refieren a la responsabilidad del enviar, que no solo será del Romano Pontífice sino también de los Superiores de la Compañía [Co 618]. Sobre los criterios del envío en el texto se hacen las siguientes indicaciones:

Es más divino buscar: “el mayor servicio divino y bien universal”... ir donde “tiene más necesidad”... “donde es más verosímil que más se fructificará con los medios que usa la Compañía”... “donde hay mayor deuda, como es donde hubieses Casa o colegio de la Compañía”... ir a “aquellas personas y lugares que, siendo más aprovechados, son causa que se extienda el bien a muchos otros”... “donde se entendiese que el enemigo de Cristo nuestro Señor ha sembrado cizaña”... [Cf. Co 622].

El Superior Mayor que hace uso de esta facultad de enviar “ha de procurar, ante todo acertar en la misión misma, o sea, en el envío según sus diversos aspectos y circunstancias”²⁵². Por tanto para no errar en la elección de los ministerios es importante que el Superior:

²⁵¹ *MNad*: V 195.

²⁵² A. ALDAMA, *Iniciación al estudio de las Constituciones*, o. c., 239.

Debe velar para que la Compañía se pueda “emplear en cosas donde se pretenden bienes espirituales y también donde los corporales, en que se ejercita la misericordia y la caridad... con más urgencia... donde incumben a la Compañía... obras más seguras... donde existan ocupaciones de bien más universal... en obras pías más durables y que siempre han de aprovechar...; buscando siempre el servicio divino y bien más universal” [Co 623].

4.4.4 Otros asuntos: indicaciones generales, moverse por sí mismo y residir establemente (casas y colegios)

Sobre las personas que sean enviadas, siempre con la asistencia del Espíritu Santo, se han de buscar “los que más convengan”, “las más escogidas y de quién se tenga más confianza”. Algunas indicaciones a considerar para hacer un envío:

“...donde puede haber más peligros espirituales, personas probada en la virtud; que tenga autoridad y buen consejo; con personas de ingenio delgado y letras, se ha de enviar a personas de ingenio y capacidad de conversaciones, para el pueblo llano y sencillo los que tienen talento para predicar y confesar. Otras indicaciones: sería bueno que no fuese uno solo, sino dos a lo menos; enviar un predicador... y uno que cogiese la mies; algunos menos ejercitados en el modo de proceder de la Compañía y en el tratar con los prójimos... con uno con más experiencia; uno ferviente y animoso... con otro más circunspecto y recatado; enviar más de dos cuando la importancia de la obra que se pretende fuese más grande en servicio de Dios nuestro Señor” [Cf. Co 624].

Sobre el tiempo de misión el criterio -cuando no hay limitación del Papa- va a depender de la “calidad de los negocios espirituales que se tratan e importancia de ellos mayor o menor, atenta a la necesidad y el fruto que se hace y se espera”; y cuando se ha de hacer mudanza el Superior debe velar para que “queden en todo amor que con desedificación alguna” buscando siempre “honor y la gloria divina y bien más universal” [Cf. Co 626].

Esta actitud de disponibilidad esperada del súbdito no omite su derecho a *representar*, si lo ve en conciencia²⁵³, “las mociones y pensamientos que le vienen en contrario” [Co 627].

“El *representar* no tiene ningún sabor de oposición contraste. Es sencillamente comunicar al superior con humildad las razones o inconvenientes que se le asoman, no induciéndole a una parte ni a otra, para después con ánimo quieto seguir la vía que se le será mostrada o mandada”²⁵⁴.

En este proceso espiritual y apostólico el Superior Mayor ocupa un lugar central porque está “en lugar de Cristo nuestro Señor” [Co 627]. Él, por tanto, debe acoger la cuenta de conciencia²⁵⁵ y el examen del súbdito y tomando en consideración estas mociones y las necesidades del cuerpo apostólico pueda acertar en las misiones futuras [Cf. Co 92].

Por otro lado las *Constituciones* nos dicen que las exigencias de buscar la edificación de los prójimos no es solo para los profesos sino para todos los que sean parte de esta *mínima Compañía*. Un ejemplo de ello se da en las instrucciones que se dan a los que vivan en Casas y Colegios de la orden; se espera de ellos “que sean buen ejemplo” [Co 637]; “que ayuden al prójimo... y oren por la Iglesia” [Co 638]; “que ayuden en las misas y otros divinos oficios” [Co 640]; “que administren los sacramentos, especialmente las confesiones” [Co 642], “que propongan la palabra divina por medio de sermones, lecciones y en enseñar la doctrina cristiana” [Co 645]; que puedan “predicar en otras iglesias, plazas o en otros lugares... para gloria divina” [Co 647]; que puedan aprovechar a otros en “conversaciones pías” [Co 648]; que puedan “dar los Ejercicios espirituales” [Co 649]; que “practiquen obras de misericordia corporales... y puedan asistir a los pobres y prisioneros” [Co 650]; que “los que tengan talento para escribir que lo hagan” [Co 653]; que “sobre los oficios en casa se supeditará a la misión que se tenga” [Co 654].

²⁵³ Para profundizar en el sentido de la *representación* consultar: Carta a J. B. Viola (1542), *Epp.* I, 228- 229. en IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, o. c., 691.

²⁵⁴ A. ALDAMA, *Notas para un comentario a la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús*, o. c., 241.

²⁵⁵ Un punto a destacar, y que se entiende mejor en esta parte de las *Constituciones*, es lo referido a la cuenta de conciencia propuesta al candidato a la Compañía [Cf. Co 92] dado que su razón de ser tiene una finalidad apostólica y es una ayuda concreta al Superior Mayor para que pueda gobernar espiritualmente el cuerpo apostólico.

Por tanto es importante, para la eficacia apostólica, que el jesuita dé un testimonio sólido de su entrega al Señor; que se deje guiar por la acción del Espíritu y que desde ahí pueda en todo amar y servir.

La centralidad de esta parte de las *Constituciones* se podría sintetizar en palabras de Ignasi Salvat, en su comentario a la séptima parte:

“Servir en misión es la vocación a que fueron llamados Ignacio y sus primeros compañeros. Sus primeros votos en París les comprometieron a vivirla en Jerusalén y, si no era esto posible, a ponerse a la obediencia del Romano Pontífice para que les enviara allá donde él viera que se podía cumplir mejor su vocación de discurrir por el mundo y realizar el mayor servicio”²⁵⁶.

En esta séptima parte es sin duda donde se expresa más claramente el ideal de Ignacio y de sus primeros compañeros de “discurrir por todo el mundo”... buscando “la mayor gloria de Dios nuestro Señor y ayuda de las almas” [Co 605]. Es por ello se transforma en el faro que ilumina las otras partes y nos ayuda a entender con más profundidad en que se ha de traducir el carisma apostólico de la Compañía en lo concreto de la historia.

4.5 Un cuerpo para la misión (Partes VIII- X)

En la séptima parte de las *Constituciones* nos referimos directamente al núcleo de la vocación del jesuita: la misión.

En esta octava parte nos referiremos, sucintamente, a los medios necesarios que debe tener el cuerpo apostólico para conservar su unidad y vitalidad.

Lo primero que nos dicen las *Constituciones*, en esta parte final, es que para mantener la unión del cuerpo y velar por el buen fin de la Compañía es necesario “el vínculo de la obediencia a los Superiores” [Co 659] porque ellos son los encargados de garantizar la unión de ánimos:

“De hecho la misión se vive dentro de la obediencia y de la unión característica de un cuerpo. Y de la misma unión de ese cuerpo, como

²⁵⁶ I. SALVAT, *Introducción a la parte séptima*, en S. ARZUBIALDE, J. CORELLA, J. M. GARCÍA LOMAS (Editores.), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, o. c., 256.

expone ampliamente la Parte VIII, la obediencia y el ejercicio de la autoridad son factores decisivos”²⁵⁷.

Lo dicho anteriormente se distancia de otros institutos que poseen como medios de unión: “la estabilidad monástica (en algunos casos), la convivencia bajo un mismo techo, la oración coral o comunitaria, el capítulo conventual...”²⁵⁸.

La Compañía invita a que cada jesuita -independiente de su lugar de misión- pueda colaborar a mantener la unidad del instituto sintiéndose responsable del cuerpo por la obediencia y por el afecto²⁵⁹ siguiendo el ejemplo de Ignacio y de los primeros compañeros²⁶⁰; solo de esta manera se garantizará “el buen ser y proceder de esta Compañía” [Co 657].

También ayudará para mantener la unidad cierta “uniformidad así en lo interior de doctrina y juicios y voluntades, en cuanto sea posible” [Co 671] y una “comunicación de letras misivas entre los inferiores y los Superiores” [Co 673]...²⁶¹

Los aspectos jurídicos e institucionales del Instituto también se suponen han de estar en función de salvaguardar el fin apostólico de la Compañía. En este sentido la Congregación General -lo mismo la Congregación Provincial que está subordinada a ella [Co 692] - ha de buscar, sobre todo, ser una experiencia de la unión de los miembros con su cabeza y entre sí [Cf. Co 677]; con estas estructuras se pretende evitar la disgregación del cuerpo apostólico.

Una serie de valores como la obediencia, la subordinación, el discernimiento, la recta intención y, sobre todo, el amor a Jesús se espera que estén presentes en todos los jesuitas; si eso es así se garantizará que la Compañía no se debilite o distraiga en su empeño evangelizador.

²⁵⁷ S. DECLoux, *Introducción a la parte octava*, en S. ARZUBIALDE, J. CORELLA, J. M. GARCÍA LOMAS (editores), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, o. c., 273.

²⁵⁸ A. ALDAMA, *Notas para un comentario a la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús*, o. c., 251.

²⁵⁹ Las Constituciones incluso van más allá cuando sostiene que si existe algún “autor de división... se debe apartar con mucha diligencia” -despedir o trasladar de lugar- [Cf. Co 665].

²⁶⁰ Dos momentos que podemos destacar, del proceso de Ignacio y de sus compañeros, de profunda unión de ánimos son Montmartre (1534) y las deliberaciones (1539). Teniendo presente esos acontecimientos podremos entender, creo yo, cuál es la orientación de fondo de esta parte de las *Constituciones*.

²⁶¹ Sabemos que Ignacio escribió, asiduamente cartas; lo hacía con la finalidad de ayudar a sus prójimos a buscar y discernir la voluntad de Dios para sus vidas. Pero, además, se convirtieron en un medio eficaz para la conducción y revitalización de la Compañía. Basta ver los archivos ignacianos para comprobar el valor que tenía la correspondencia en su vida y en la del cuerpo apostólico para la misión.

La novena parte de las *Constituciones* va en relación directa con la anterior y será el puente para entender la posterior. Ella está referida a lo que toca a la cabeza y el gobierno que de ella desciende. Sobre su rol, elección y significancia nos hemos referido ya en el capítulo anterior presentando la *Fórmula del Instituto*²⁶².

Sobre las cualidades del Superior Mayor, quien será el responsable -junto a su equipo de gobierno- de ayudar, animar y gobernar al cuerpo apostólico de la *Compañía*, se nos dice que “sea unido con Dios y familiar en la oración y todas sus operaciones” [Co 723]; “sea persona cuyo ejemplo en todas las virtudes ayude a todos los de la Compañía”; “resplandezca en él la caridad para con todos los prójimos” [Co 725]; “debe estar libre de todos los afectos desordenados, teniéndolos dominados y mortificados” [Co 726]; “debe saber combinar de tal manera la rectitud y severidad necesaria con la benignidad y mansedumbre” [Co 727]; “tener magnanimidad y fortaleza de ánimo que le es muy necesaria para sobrellevar las debilidades de muchos” [Co 728]. Todo esto le garantizará llevar un gobierno espiritual.

Junto a lo anterior es necesario que posea “una buena formación a quien ha de gobernar a tantas personas de tantas cualidades”... “prudencia y experiencia de las cosas espirituales e internas para discernir” [Co 729]; “que sea previsor y cuidadoso para comenzar las cosas, y firme para llevarlas hasta al final” [Co 730]; ello porque no solo ha de velar por las personas sino también por el buen ser del instituto.

En lo que se refiere a su salud, es importante “su aspecto externo y su edad” [Co 731]. Con respecto a las cosas externas se requiere que posea “buena fama” [Co 733]; “bondad mucha y amor a la Compañía, y buen juicio” [Co 735].

Todas estas características nos señalan las cualidades espirituales, intelectuales y físicas que deberá tener el profeso que asuma la misión de gobernar al cuerpo apostólico de la Compañía de Jesús como su Preósito General.

En esta ocasión no me detendré en la autoridad que conlleva el cargo de Preósito General [Cf. Co 736 – 765], ni cuáles son sus atribuciones [Cf. Co 766-775] o cómo se estructura su gobierno [Cf. Co 778- 787]. Sin embargo, me referiré,

²⁶² Cf. Cap. 3.2.5. El modo de ser del Instituto: su estructura institucional y apostólica.

brevemente, a lo que se espera del General para llevar cabo su servicio a la universal Compañía.

Se espera del Prepósito General que “conserva y aumente con la gracia el buen ser y proceder de ella a gloria de Dios nuestro Señor” [Co 789]; que “con el ejemplo de su vida y con la caridad y amor a la Compañía... confíe mucho en el Señor” [Co 790]; que tenga “buenos ministros para las cosas más particulares” [Co 791]; que “no se ocupe en negocios seculares” [Co 793] “ni tampoco en la ejecución de los particulares ministerios pertinentes a la Compañía” [Co 795].

Sobre su equipo de gobierno, para desempeñar su misión, se espera: “tenga personas de confianza como provinciales” [Co 797]; “tenga quién le ayude con recuerdo para la solicitud de atender a tantas cosas de su oficio” [Co 798]; “tenga una persona que ordinariamente le acompañe (que sea memoria y manos)” [Co 800]; que “sea una persona de cuidado y juicio” [Co 801]; que pueda “nombrar personas de lustre en letras y todas buenas partes que le asistiesen” [Co 802]; “asistentes serán cuatro por ahora... la determinación siempre estará en el general” [Co 804].

El criterio que ha de tener para elegir para asistentes, provinciales, superiores, rectores, etc., es nombrar a las personas más señaladas para esas responsabilidades institucionales y apostólicas [Cf. Co 811].

En síntesis, es bueno señalar que lo que se espera del General se espera que sea vivido por cada jesuita formado.

La décima parte de las *Constituciones* es la más breve pero no por ello la menos importante ya que aborda el futuro de la Compañía.

La certeza de fondo, que tiene Ignacio y sus compañeros, es que ella “no puede conservarse ni aumentarse con los medios humanos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro” [Co 812]; por eso solo en Él hay que poner la esperanza para “conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas” [Co 812]. Las palabras de Nadal nos ayudan a entender este punto:

“Ignacio seguía al Espíritu, no se le adelantaba. De este modo era conducido con suavidad a donde no sabía. Poco a poco se le abría

camino y lo iba recorriendo sabiamente ignorante, puesto sencillamente su corazón en Cristo”²⁶³.

Junto con lo expresado las *Constituciones* dan importancia a los medios naturales en cuanto cooperan con la divina gracia -sobre todo “la doctrina fundada y sólida” [Co 814] y la gratuidad de los ministerios [Cf. Co 816]- para el aumento del cuerpo y su finalidad apostólica. Desde esta clave se puede entender otras recomendaciones que se hacen en esta décima parte, como son: “cerrar la puerta para pretender dignidad o prelación alguna directa o indirectamente dentro de la Compañía”, o “tampoco pretenderla fuera de ella [Cf. Co 817]; no “admitir turba ni personas que no sean aptas para nuestro Instituto, aun a probación”... para que “no se disminuya ni debilite el espíritu” [Co 819]...²⁶⁴.

Esta décima parte y final apunta a cuidar y aumentar el cuerpo apostólico para gloria divina y bien de la Iglesia [Cf. Co 136] y enuncia lo esencial de las *Constituciones* y del espíritu apostólico que las vivifica²⁶⁵.

A modo de síntesis, de este apartado referido a las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, transcribo unas palabras de Carlos Coupeau que, a mi modo de ver, reflejan el espíritu con que fueron escritas:

“Las Constituciones crecen y se articulan en torno a un núcleo oblativo y preservativo, individualmente, primero, y corporativamente, después. Como espiritualidad oblativa, contemplan la consagración personal. No es otra la condición de posibilidad para la acción apostólica corporativa, el fin. Como espiritualidad preservativa, construyen un edificio que albergue y conserve el don inicial de la gracia, previenen los voluntarismos y conducen a la comunión con Dios providente a través de la comunión en un cuerpo apostólico”²⁶⁶.

²⁶³ Nadal. *FN II*, 252.

²⁶⁴ Otros medios naturales importantes [Cf. Co 820- 826].

²⁶⁵ Es por ello que algunos comentaristas proponen incluso comenzar la lectura de las *Constituciones* por esta décima parte” (Cf. A. DE JAER., *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, o. c., 204.

²⁶⁶ C. COUPEAU, *Constituciones*, en *DEI*, 443.

4.6 La primera Compañía hasta la muerte de Ignacio de Loyola

Ignacio de Loyola y el pequeño grupo de París, tras la aprobación de la Compañía, no permanecieron juntos en Roma; al contrario se empezaron prontamente a dispersar, por diversas partes del mundo, en misión. Por recordar algunos ejemplos, del grupo original, basta recordar las partidas -en el año 1541- de Francisco Javier a la India y Broët y Salmeron a Irlanda. Esa movilidad no fue sólo característica de los primeros compañeros sino fue un distintivo de muchos jesuitas; en este sentido el testimonio de Laínez nos evidencia esa vitalidad, la cual se convertirá en una constante de las nuevas generaciones:

“Después de la que se han partido de Roma diversos: M. Jayo primero a Francia, donde hizo buen fruto; después, junto con M. Fabro y Bobadilla, en Alemania, donde en las dietas y en el predicar al Rey de Romanos y al Emperador y confesar y leer en las universidades, como en Colonia, Maguncia, Ingolstadio y Passao y Ratisbona, etc; y en Colonia ha quedado un principio de escolares. M. Pascasio y M. Salmeron fueron enviados a Hibernia, donde allende de muchos trabajos y peligros así de enfermedad, como en el mar, como de ser cogidos por el Rey de Engalaterria; para el tiempo que estuvieron, hicieron fruto, así en hacer confesar diversas personas, como en dispensar; porque eran nuncios Apostólicos; y en las dispensaciones, de los pobres no tomando nada, de los que tenían haciéndoles dar alguna limosna y depositarla, etc. para bien de los mismos, de manera que no tomaban quatrín de ninguno; y a muchos pesaba su partida. M. Laynes fue enviado a Venecia, porque la Señoría demandó al Papa dos, y ha estado en Venecia, Padua, Bresa, Basan, etc. Araoz y M. Fabro en España, a donde en diversas partes han hecho fruto, etc. Después de esto, a Trento fueron enviado al concilio M. Jayo por procurados del Cardinal de Augusta y M. Laynes y Salmeron por la Compañía con licencia del Papa. Y esto es quanto por agora, sin pensar mucho, ha ocurrido; en lo cual todo me remito a la verdad, y a los que allá están presentes, y a las letras de los absentes, y a su buen juicio, que podrá tomar, ordenar, etc.”²⁶⁷.

²⁶⁷ *Epistol. Laynes, FN I, 54.*

La fecundidad del trabajo apostólico de las primeras generaciones de jesuitas ayudó a que la Compañía fuera creciendo considerablemente en cantidad de miembros de diversas procedencias y en la calidad de sus servicios apostólicos. El programa pastoral en Roma fue muy variado y en constante progresión; este, preferentemente, “consistía en la triada: palabra- sacramento- obras”²⁶⁸; ministerios que estaban en estrecha relación con los considerados en la *Fórmula del Instituto*²⁶⁹.

A dichas acciones pastorales se fueron sumando otras, en los diversos lugares donde se encontraban, las cuales se fueron desprendiendo de la vivencia de los *Ejercicios Espirituales*, de las obras de misericordia, la educación y las misiones.

“Ignacio, prepósito general, lanza a sus compañeros por las rutas que le indican el papa o las circunstancias, estos intérpretes infalibles de la voluntad de Dios: y, habiéndolas sopesado, persigue su realización con la energía, tenacidad y perseverancia de aquel para quien la voluntad de Dios es un imperativo absoluto”²⁷⁰.

No es pretencioso decir que Dios se valió de Ignacio y de sus compañeros “para hacer el bien a muchas ánimas y se dio por ellos principio o ayuda a muchas pías y buenas obras universales...”²⁷¹. Los últimos años de vida de Ignacio de Loyola estuvieron marcados por su trabajo con las *Constituciones*, por las nuevas iniciativas apostólicas de los jesuitas en Roma, por la conducción apostólica de una Compañía que crece institucional y apostólicamente (fundación de colegios, iniciativas de promoción humana y social, formación de los jesuitas, etc.) y por la animación de la actividad misionera de sus compañeros dispersos en la viña del Señor.

Sobre su último año de vida Jerónimo Nadal nos deja un valioso testimonio que refleja lo que el *peregrino* tenía en el corazón:

“El año de 1555 me acuerdo yo que oí decir a nuestro Padre Ignacio: Tres cosas he deseado de nuestro Señor, y su Divina Majestad me las ha concedido. La primera, ver aprobada la Compañía de Jesús por la Sede Apostólica, y nuestro Señor lo ha dado. La segunda ver aprobado

²⁶⁸ J. O'MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 1993, 119.

²⁶⁹ Cf. *F50*, 2

²⁷⁰ A. RAVIER, *Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, Espasa- Calpe, Madrid 1991, 141.

²⁷¹ Cf. *Summ. Hisp: FNI*, 197.

los ejercicios, y nuestro Señor me lo ha concedido. La tercera es ver hechas las Constituciones y nuestro Señor también me lo ha concedido”²⁷².

De esta manera podemos ver cómo su experiencia -espiritual y apostólica- y la de sus compañeros fue el legado que buscaron transmitir a las nuevas generaciones de jesuitas; así buscaron dar gratis lo que gratis habían recibido. A la base de estas experiencias está la vida de un grupo de hombres frágiles, generosos y soñadores que se dejaron conducir por el Espíritu Santo formando así un cuerpo apostólico al servicio de Dios y de la misión de la Iglesia.

El estado de la Compañía de Jesús en el momento de la muerte de Ignacio de Loyola, el 31 de julio de 1556, queda reflejado en estas palabras de Polanco:

“Ha dejado nuestro Padre desde el 40 acá, que se confirmó la Compañía, ordenadas 12 provincias, y serían 13 si se contase Etiopía, de la cual fue por provincial el P. Tiburcio o Antonio de Quadros... y los colegios y casas que viviendo nuestro Padre se han ordenado, pasan 100. Dios sea loado, que tanto aumento ha sido servido dar a esta mínima Compañía”²⁷³.

El llamado que fue descubriendo el *peregrino* y sus compañeros no fue estéril. Dios recogió con agrado los esfuerzos de esta *mínima Compañía* dándole su gracia para hacerla fecunda y perdurable.

A la hora de concluir, este cuarto capítulo debemos tener muy presente que con la institucionalización del carisma apostólico, por medio de la *Fórmula del Instituto* y de las *Constituciones*, más el servicio generoso de los hijos de la Compañía en los diversos ministerios que fueron desarrollando, se fue dando solidez al nuevo cuerpo apostólico. De esta manera se fue manteniendo viva la misma inspiración del Espíritu que movió a Ignacio, a sus primeros compañeros y a las primeras generaciones de jesuitas.

²⁷² MNad: V, 264.

²⁷³ Polanco: *Epistola de Obitu S. Ignatii*. FN I, 771.

Conclusión

Para dar cuenta del carisma apostólico de San Ignacio de Loyola y de los primeros jesuitas era necesario considerar, aunque de manera panorámica, el contexto histórico, social y, sobre todo, eclesial de fines del s. XV hasta mediados del s. XVI; el cual estuvo marcado por profundos cambios sociales, culturales y religiosos.

En España, durante este periodo, se vivió un proceso de unificación de las Coronas de Aragón y de Castilla. Fue el tiempo de los Reyes Católicos, de Carlos I -V de Alemania- y de Felipe II los cuales, de diversos modos, buscaron fortalecer el poder monárquico, la unificación de la península y la seguridad social; todo ello en un momento de expansión territorial por el descubrimiento de nuevas tierras. Pero no solo asumen un rol protagónico a nivel político y económico, sino también eclesial.

Hemos sido testigos, en el primer capítulo de esta investigación, de cómo en el periodo de Fernando II de Aragón e Isabel de Castilla se inició un proceso de reforma al interior de la Iglesia española²⁷⁴. Con ello se pretendía salvaguardar la ortodoxia de la doctrina católica para mantener la unidad y la convivencia cristiana de sus territorios; la

²⁷⁴ Proceso que será continuado, con diversos niveles de implicación, por sus sucesores en la Corona.

reforma del clero, por medio de los visitadores y observantes por los excesos e incoherencias de muchos clérigos y religiosos; e instaurar la Inquisición, contra las herejías y otras desviaciones de índole espiritual, etc.

Dicho proceso reformador se ve fortalecido por un renacer de la vida espiritual y por la aparición de diversas personas -al interior de la Iglesia- que con su testimonio, enseñanzas y obras fueron facilitando tan anhelado propósito. Por mencionar a algunos de ellos podemos referirnos al Cardenal Cisneros, a Santa Teresa de Ávila, a San Juan de la Cruz, a San Juan de Ávila y al mismo Ignacio de Loyola entre otros, los cuales a posteriori serán reconocidos como grandes reformadores y místicos de la Iglesia Católica de este tiempo de la historia.

Es en este ambiente social, cultural y religioso agitado²⁷⁵ donde se inserta la historia, la conversión y la vocación apostólica del *peregrino*.

En este trabajo de investigación he tratado de dirigir mi atención especialmente a dos temas. El primero: el proceso espiritual de Ignacio de Loyola y de sus compañeros de París que los movió a descubrir el carisma apostólico como su modo de seguir al Señor. El segundo: definir cómo se institucionalizó dicha inspiración del Espíritu. En relación al primer punto me atrevería a asegurar que efectivamente tenemos que hablar de un proceso espiritual -primero personal y luego comunitario- y no de un único momento donde ellos acogen esta gracia. En relación al segundo punto he visto la necesidad de adentrarme en los contenidos que traen consigo los documentos fundacionales porque en ellos se explicita el modo de proceder apostólico de los primeros jesuitas.

El espíritu apostólico de Ignacio comienza de manera incipiente en Loyola como fruto de sus largas horas de lectura y meditación [Cf. *Au* 11]. Es por medio de la lectura de los santos y de la *Vita Cristi* que se empieza a cuestionar sobre su vida pasada y a pensar en la posibilidad de vivir como San Francisco, Santo Domingo o como el mismo Jesús en Jerusalén imitando su modo de vida. Es en estos momentos cuando, según el relato de Gonçalves da Câmara, aparece su primera motivación de contar lo que estaba viviendo a sus familiares por medio de la conversación espiritual.

²⁷⁵ Tengo la certeza que en la medida que nos adentremos más en este contexto podremos valorar más el aporte y el gran legado de dichos reformadores de la Iglesia.

Sabemos que una vez iniciado su peregrinar, camino al Santuario de Monserrat, entregó sus ropas a un mendigo el cual, posteriormente, fue apresado porque recayó sobre éste la sospecha de un robo [Cf. *Au* 18ss]. El dolor que le generó esta situación a Íñigo fue mayor; quizás en estos simples gestos -vestirse con un saco y dolerse del dolor de ese hombre- se marca el inicio de una vida distinta, en la cual su cercanía a los pobres se convertirá en una constante.

Su estadía en Manresa es muy importante en su apertura a los demás. Íñigo llegó a vivir al hospital de esa localidad y se acercó inmediatamente a los pobres que mendigaban²⁷⁶; ambos gestos van perfilando lentamente un talante apostólico particular que cada vez irá tomando mayor relevancia. Es en este lugar donde, junto con volcarse a la penitencia y la oración, se dedicaba a las obras de caridad y a conversar temas de fe con las personas que le rodeaban; de la admiración que generó en algunas de esas mujeres salen sus primeras benefactoras [Cf. *Au* 52].

En Manresa, cuando Íñigo experimentó la llamada Ilustración del Cardoner, su vida tomó un giro totalmente distinto que repercutió en su modo de vivir -pasó de estar centrado en sí a convertirse en un hombre para los demás-. Uno de los grandes frutos de dicha experiencia mística fue que se abrió definitivamente a la dimensión apostólica de la fe; en la cual el deseo de ayudar a las almas se convirtió, gradualmente, en su motivación fundamental. Dicha moción, suscitada por el Espíritu, se convertirá a la larga en su primera formulación apostólica.

Uno de sus deseos originales, aparecidos en su convalecencia en Loyola, era ir y permanecer en Tierra Santa y en ese lugar aprovechar a las ánimas [Cf. *Au* 45]. Sin embargo, aunque pudo llegar a Jerusalén, no pudo permanecer en ese lugar; ello lo llevó a replantearse nuevos horizontes. Es en ese contexto donde se sintió llamado por Dios a estudiar para ayudar a las almas [Cf. *Au* 50]. Dicho impulso divino fue providencial no sólo porque fue importante en este momento en particular sino porque lo sería durante toda su vida²⁷⁷.

Su deseo de formarse bien académicamente fue acentuándose a lo largo del tiempo; eso no quiere decir que no haya tenido que hacer un proceso de madurez sobre

²⁷⁶ Cf. *MRib*: Vida 35

²⁷⁷ Es más, cuando miramos los documentos fundacionales de la Compañía somos testigos de la importancia que tiene la formación intelectual en la vida de los futuros apóstoles de la Compañía. Cf. 4ª parte de las Constituciones [*Co* 360- 365].

este punto. Hemos sido testigos, al seguir nuestro relato, de cómo el *peregrino* descuidó con frecuencia sus estudios; basta recordar su paso por Alcalá o Salamanca para confirmar esta idea. Íñigo vivió la tentación constante de desplazarlos por el apostolado y en ocasiones por la oración [Cf. *Au* 54. 55. 82].

Por otro lado empezó a experimentar las limitaciones de no tener una formación teológica reconocida, porque empezaron a recaer, en diversos momentos de su vida, sospechas o cuestionamientos a sus ideas y planteamientos²⁷⁸... de esas experiencias aprendió y las tuvo en cuenta a la hora de institucionalizar el carisma apostólico de la Compañía [Cf. *Co* 360- 365] posteriormente.

En la medida que Íñigo fue peregrinando se fue haciendo más consciente del bien que podía hacer a las almas. Su espíritu apostólico fue creciendo -eso lo hemos visto reflejado a lo largo de estas páginas- basta considerar sus diversos encuentros con otros: familiares y amigos, hombres y mujeres de distinta condición social, letrados y mendigos, monjes y laicos, etc. para confirmar dicha evolución.

Es por medio de la conversación espiritual, los Ejercicios, la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños, su servicio a los pobres (mendigos, enfermos...), etc. que se fue canalizando, en los diversos lugares donde pasó, su vida apostólica de manera consistente y significativa.

Íñigo, en su peregrinar, siguió encontrándose con diversas personas que estuvieron dispuestas a colaborar material y espiritualmente en sus diversas iniciativas pastorales y académicas²⁷⁹; incluso encontró en Barcelona un grupo de colaboradores de misión. Este grupo estuvo conformado por Calixto de Sa, Juan de Arteaga, Lope de Cáceres y Juan Reinalde que lo acompañaron en algunos momentos significativos de su vida (Alcalá, Salamanca...). Sin embargo, como sabemos, no prosperaron como una comunidad estable en el tiempo. Ellos se disolvieron con la partida del *peregrino* a Francia. Ciertamente esta experiencia fallida, de vida en común, le dejó a Íñigo una enseñanza que fue clave en la conformación del grupo de París.

Íñigo llegó a París en el año 1528 para continuar con sus estudios. En su estadía, lentamente, fue conformando un nuevo grupo, de compañeros de misión, con personas

²⁷⁸ Cf. *MRib*: 90. 93. 98.

²⁷⁹ Como por ejemplo las llamadas “Íñigas” y tantas otras personas que lo asistieron en los distintos momentos de su peregrinar.

de diversas nacionalidades; todos estudiantes de la Sorbona. Ellos comenzaron, paulatinamente, a configurarse como un grupo de *amigos en el Señor*. Comenzaron primero a compartir los estudios, después la vida espiritual y la misión. Las palabras del *peregrino* a cada uno de ellos, la experiencia de los *Ejercicios Espirituales*, el compartir juntos la vida y el trabajo apostólico, les ayudaron a conformar un grupo sólido que buscó tener como único horizonte a Jesús y su Evangelio. Todos ellos, como un incipiente cuerpo apostólico, comenzaron a servir desinteresadamente en diversos lugares: plazas, hospitales, ciudades, calles, etc. movido por un deseo profundo de transmitir su fe y ayudar a las almas, teniendo como referencia el colegio de los apóstoles. En este sentido es evidente ver como Ignacio logró entusiasmar y contagiar apostólicamente a los primeros compañeros. Es elocuente ver cómo todos ellos comenzaron a vivir para servir a su prójimo movidos no por un voluntarismo sino por una inspiración del Espíritu.

Es necesario dejar claro, en este momento, que la ayuda a las almas -en Ignacio y sus primeros compañeros- nació de una profunda experiencia espiritual que fueron develando a medida que transcurría el tiempo. Todos se sintieron llamados -en forma personal y comunitaria- a fusionar sus vidas en: el amor a Dios y el amor al prójimo; la fe y las obras; la contemplación y la acción; la excelencia y la pobreza, etc. Ciertamente podemos apreciar en la vida apostólica de estos *amigos en el Señor* la centralidad en Jesús (su principio y fundamento), el valor de la comunidad (como un cuerpo para la misión) y la fuerza de lo apostólico (carisma que marcará el modo de proceder) que los moverá al mayor servicio y alabanza. Estos elementos nos evidencian cómo una inspiración del Espíritu se hace concreta en la vida y en las opciones de este grupo de hombres que a la postre se convertirán en los fundadores de una nueva orden apostólica al servicio de la misión de Cristo y de su Iglesia.

Sobre la institucionalización del carisma apostólico de la Compañía hemos aludido a dos documentos fundacionales que buscaron cumplir ese propósito: La *Fórmula del Instituto* y las *Constituciones*. Ambos textos explicitan -recogiendo una experiencia- los contenidos y el modo de proceder apostólico de los primeros jesuitas.

La *Fórmula del Instituto* es un texto central para conocer el carisma de la Compañía de Jesús. Ya desde su primera redacción (F39) hasta la definitiva (F50) se

distingue, recordando al Papa Paulo III, que “*el dedo de Dios está aquí*”²⁸⁰. En ella se recoge la experiencia apostólica de Ignacio y de sus primeros compañeros; experiencia que, incluso antes de la aprobación canónica, se había traducido en un servicio generoso y desinteresado en bien del prójimo.

Ya en sus primeras líneas se explicita inmediatamente el fin de la Compañía y se dan algunas recomendaciones relativas a las actitudes generales exigidas a los miembros de la Orden. Dentro de sus contenidos esenciales, que acentúan el carisma apostólico de este cuerpo, están la centralidad de Jesús en la vida de la Compañía y de cada jesuita, la mediación de la Iglesia y del Romano Pontífice, el cuarto voto de obediencia al Papa para las misiones, la importancia del cuerpo apostólico (superiores, estructuras, etc.), la relevancia de los ministerios, la pobreza apostólica, el sacerdocio y la oración de los jesuitas. Estos contenidos, que han sido desarrollados, ayudaron a dar a conocer en qué consiste lo propio de este cuerpo apostólico para la misión al interior de la Iglesia Católica.

Las *Constituciones*, por otro lado, son el fruto de la oración y del discernimiento del *peregrino* pero,

“también son el resultado de las deliberaciones de los primeros compañeros. Ignacio discierne a la luz del Espíritu su experiencia personal de Loyola, Manresa, Jerusalén, París... pero también la experiencia vivida en común desde París a Roma. No todas las experiencias personales de Ignacio pasan a las Constituciones; las somete a un discernimiento que tiene como fin buscar lo que será útil, a gloria de Dios, para el cuerpo de la Compañía”²⁸¹

En ellas podemos encontrar, según Ribadeneira, “el modelo que imitar, el camino que andar, la luz que seguir, la perfección a que aspirar, el espejo al que mirar para ver el ideal de nuestra vida”²⁸². Puesto que siguen todo el proceso de un apóstol de la Compañía (desde que es candidato hasta que está formado y pasa a una incorporación definitiva en el cuerpo de la Compañía).

²⁸⁰ MRib. Vida 179.

²⁸¹ E. ROYÓN, “Las Constituciones en el Cuerpo de la Compañía, un espíritu y un camino para un cuerpo”, *Manresa 1978* (2006), 398.

²⁸² Carta del P. Ribadeneira, Roma 1559: Compañía de Jesús, *Las Constituciones de la Compañía de Jesús. Normas complementarias*, o. c., 21.

Las *Constituciones*, además, imaginan al jesuita siempre progresando “por la vía comenzada” [Co 134], como “personas espirituales y aprovechadas para correr por la vía de Cristo” [Co 582], que se incorporan a la Compañía sea para “discurrir por el mundo” [Co 605], sea para ayudar a las ánimas “residiendo en algunos lugares continuamente” [Co 636]... Ciertamente en el contenido de cada una de sus partes encontramos elementos centrales del carisma apostólico de la nueva orden.

Es necesario recordar en este momento que Ignacio no dejó las *Constituciones* cerradas definitivamente; Polanco nos dice que no lo hizo por humildad²⁸³. Solo la primera Congregación General en 1558 hizo breves correcciones y la aprobó. Sin embargo el texto definitivo, que ha trascendido hasta nuestros días, es el de 1594; ambos textos se consideran ediciones oficiales y auténticas.

En síntesis podemos sostener que hemos sido testigos, al leer el tercer y cuarto capítulo de este trabajo, de cómo la *Fórmula del Instituto* y las *Constituciones* nos sitúan en lo central del carisma apostólico de la Compañía. En sus contenidos está el ideal de vida religiosa de aquellos que quieran seguir a Jesús bajo la inspiración del Espíritu que movió a San Ignacio y a sus primeros compañeros. Su valor “no es consecuencia de una austeridad ascética, sino de una experiencia que ha hecho sentir que tal vida está radicada en el Evangelio, porque produce mayor fuerza espiritual, más devoción y más semejanza a Jesucristo”²⁸⁴. Esta gracia apostólica no sólo quedará en la vivencia de cada jesuita sino se pondrá al servicio de toda la Iglesia.

Al reflexionar sobre el carisma apostólico de la Compañía de Jesús quisiera destacar algunos puntos que ayudaron a que esta inspiración del Espíritu no solo se quedará en la primera generación de jesuitas.

-El carisma apostólico de la Compañía se funda en una profunda experiencia de Dios; basta mirar el proceso espiritual vivido por Ignacio y sus primeros compañeros para confirmar esta idea. Ciertamente, en la medida que el jesuita tenga esa experiencia, se garantizará la continuidad del mismo Espíritu que movió a sus primeros compañeros.

²⁸³ Cf. *FN I*, 768.

²⁸⁴ R. GARCÍA MATEO, *Ignacio de Loyola: contemplación y misión*, GBP, Roma 2011, 33- 34.

-El apóstol de la Compañía no debe olvidar que ha sido llamado y enviado por Dios. Por lo tanto ha de contentarse con sentirse colaborador de la misión de Cristo; ese debería ser el horizonte de su vida y vocación.

-El jesuita ha de vivir su vocación para, con y en la Iglesia bajo el Romano Pontífice; esta fue una de las grandes intuiciones de los primeros padres de la Compañía que marcaron su modo de proceder apostólico. En la medida que esa intuición esté presente se cuidará de uno de los grandes pilares de este cuerpo apostólico para la misión.

-La Compañía requiere hombres libres y generosos que estén dispuestos a formarse, personal y comunitariamente, para “ayudar a las almas”. Cada uno de estos elementos, según mi percepción, debe considerarse siempre como criterios de admisión.

-El cuerpo de la Compañía debe poner los mejores medios para formar a sus apóstoles. En este sentido ha de garantizar una formación humana, intelectual y religiosa de calidad. El criterio es sacar lo mejor -el *magis*- de la persona para disponerla de buena forma a la misión que se le envíe en el futuro.

-En síntesis, el jesuita formado ha de distinguirse por la centralidad de Cristo en su vida; por su deseo de ayudar, de amar y servir a su prójimo; por su amor profundo a la Iglesia bajo el Romano Pontífice; por su disponibilidad apostólica a las misiones encomendadas; por la gratuidad de sus ministerios; por su capacidad de adaptar el Evangelio según tiempos, lugares y personas; por su obediencia y recta intención; por buscar siempre la edificación de su prójimo; por ser sensibles al dolor de sus hermanos que sufren; por su pasión por la justicia; etc.

En este proceso de formación permanente se espera que la vivencia de los *Ejercicios Espirituales* y la meditación periódica de la *Fórmula del Instituto* y de las *Constituciones* ayuden a que el jesuita, inspirado por el mismo Espíritu de sus predecesores, pueda ser fiel a su vocación y misión.

Muchos de los elementos aquí descritos, y otros que han estado presentes a lo largo de este trabajo de investigación, fueron una novedad en su tiempo. Desde ya cuando consideramos que toda la vida del jesuita (sus votos, su formación, su oración, su vida comunitaria, etc.) es apostólica, todavía para muchas personas -al igual que en los inicios- les genera cierto desconcierto. Sin embargo con la aprobación de la

Compañía de Jesús en el año 1540 la Iglesia Católica no sólo aceptó este carisma particular sino que también lo puso a disposición de todo el Pueblo de Dios como un camino válido para vivir la fe.

De esta inspiración del Espíritu recibida, en un primer momento, por San Ignacio y los primeros jesuitas se ha desprendido, en un segundo momento, un canal de gracia para tantos hombres y mujeres -religiosos y laicos- que a lo largo de la historia han encarnado esta espiritualidad y, de esa forma, han vivido su vocación con gran entrega y fidelidad.

Hoy al volver a las fuentes del carisma de la Compañía de Jesús queremos nuevamente beber de ese Espíritu para, nosotros, poder vivir nuestra vocación apostólica en la Iglesia, al servicio de la humanidad para la mayor gloria de Dios y bien de las almas.

La presente tesina ha pretendido desarrollar un tema de interés personal dada mi condición de jesuita. Tenía deseos de volver a las fuentes del carisma de San Ignacio y los primeros compañeros para beber de las primeras intuiciones apostólicas de la Compañía y no quedarme solo con relecturas posteriores²⁸⁵.

He buscado trabajar el tema con seriedad, aunque soy consciente de los límites de este trabajo. Con todo he podido percibir, en mi investigación, una gran riqueza espiritual y apostólica no solo en los fundadores de la Compañía sino también en sus documentos institucionales.

Hacer este recorrido me ha significado hacer el esfuerzo de no solo leer muchos escritos antiguos sino tratar de entrar en la lógica de sus relatos. A medida que iba avanzando en esta peregrinación me ha cautivado ver -como primero para Ignacio y luego para sus compañeros- la mirada estaba puesta en Dios, el cual no solo cambió sus vidas sino que les fue mostrando nuevos caminos. La apertura de cada uno de ellos a discernir cuál era su voluntad -considerando sus límites y fragilidades- es admirable.

²⁸⁵ En este sentido la invitación del Concilio Vaticano II de “retornar a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos” (PC 2) ha sido para mí un estímulo para realizar este trabajo de investigación.

Desde esta disposición se entienden las grandes decisiones que tuvieron que tomar, las cuales fueron marcando sus vidas. Incluso me atrevería a decir que, como fruto de esa apertura, se puede entender la fundación de la Compañía de Jesús y el proceso de institucionalización de su carisma apostólico.

Una vez concluido mi trabajo veo con claridad que el carisma de Ignacio de Loyola, de sus primeros compañeros y de los primeros jesuitas ciertamente nos anima y estimula a los que hoy seguimos a Jesús en esta *mínima Compañía*. Creo nos impulsan hoy a enfrentar los nuevos desafíos con la audacia y creatividad que son parte esencial de nuestro carisma original. Siguiendo el camino ya trazado por muchos jesuitas en el pos concilio; basta recordar -a modo de un modesto homenaje- el trabajo, los esfuerzos y la perseverancia del P. Pedro Arrupe.

El carisma de los primeros padres de la Compañía de Jesús estuvo centrado en el amor a Dios y el amor al prójimo, de manera apostólica -en la Iglesia- al servicio del Romano Pontífice en relación a las misiones. Esa inspiración original se mantendrá viva en nosotros en la medida que nos dejemos animar por el mismo Espíritu que los inspiró a ellos. Hoy el mundo ha cambiado, las problemáticas son muy distintas a las del s. XVI pero es el mismo Dios quien nos sigue llamando y confirmando en su misión, que Él nos regale la gracia de ser colaboradores dóciles, entregados y fieles a ella.

Existen muchos temas que se pueden desprender de esta investigación y que espero poder retomar en algún momento, como por ejemplo: el sentido corporativo de la misión, la descripción y el alcance de los diversos ministerios apostólicos, el impacto de la Compañía en las misiones, el valor apostólico de las cartas de Ignacio, etc. Todas estas temáticas son necesarias de abordar para enriquecer este esfuerzo académico que he llevado durante este último tiempo.

Quisiera concluir diciendo que el carisma de la Compañía inauguró un nuevo modo de vida religiosa y sacerdotal, el cual se convirtió en un paradigma y una inspiración para otros institutos de vida religiosa que han nacido desde el s. XVI en adelante. Su vigencia, en nuestro tiempo es evidente porque es fuerza del Espíritu Santo. En este sentido hemos sido testigos, con la lectura de estas páginas, como Dios se valió de Ignacio, sus primeros compañeros y los primeros jesuitas para construir su Reino desde la particularidad de este carisma apostólico.

Bibliografía

1.- Fuentes

- COMPañÍA DE JESÚS, *Constituciones de la Compañía de Jesús. Normas complementarias*, Curia S.I., Roma 1995.
- IGNACIO DE LOYOLA (SAN), *Obras*, (I. Iparraguirre/ C. de Dalmases/ M. Ruiz Jurado, Editores), BAC, Madrid 2013²: Autobiografía, Cartas e instrucciones, Constituciones de la Compañía de Jesús, Diario Espiritual, Ejercicios Espirituales.
- MHSI, *Epistolae mixtae ex variis Europae locis ab anno 1537- 1556* (5vol), Madrid 1898- 1901, [12, 14, 17, 18, 20].
- MHSI, *Epistolae P. Alphonsi Salmeronis* (2 vol), Madrid 1906- 1907, [30, 32].
- MHSI, *Fontes Documentales de santo Ignatio de Loyola* (1 vol), Roma 1977, [115].
- MHSI, *Fontes Narrativi de santo Ignatio de Loyola* (4 vol), Roma 1943- 1965, [66, 73, 85, 93].
- MHSI, *Monumenta Bobadillae* (1vol), Madrid 1913 -reimpreso 1970-, [46].
- MHSI, *Monumenta Constitutionum* (3 vol), -I praevia; II Textus Hispanus; III Textus latinus-, Roma 1934- 1938, [63, 64, 65].
- MHSI, *Monumenta Lainii, Epistolae et acta Patris Jacobi Lainii* (8 vol), Madrid 1912- 1917, [44, 45, 47, 49, 50, 51, 53, 55].
- MHSI, *Monumenta Natalis. Epistolae Hieronymi Nadal Societatis Iesu ab anno 1546 ad 1577 /et alias cripta/* (5 vol), Madrid- Roma 1868- 1962, [13, 15, 21, 27,90].

- MHSI, Monumenta Rivadeneira. Patris Petri de Rivadeneira Societatis Iesu sacerdotis. Confessiones, epistolae aliaque scripta inédita (2 vol), Madrid 1920- 1923, [25, 56].
- MHSI, Monumenta Xaveriana. Epistolae S. Francisci Xaverii aliaque eius scripta (2 vol), Madrid 1916- 1917, [67, 68].
- MHSI, Polanci Complementa (2 vol), Madrid 1916- 1917, [52, 54].
- MHSI, Sumario de las cosas más notables a la institución y progreso de la Compañía de Jesús tocan. Auctore P. Ioanne de Polanco, *FN I* (1 vol), Roma 1943, 146- 256, [66].
- MHSI, Scripta de Sancto Ignacio de Loyola (2 vol), 1904- 1918, [25, 56].
- MHSI, Sumario de las cosas notables que a la institución y progreso de la Compañía de Jesús tocan. Auctore P. Ioane de Polanco, *FN I*, (1 vol), Roma 1943, 146- 256, [66].
- MHSI, Vita Ignatii Loiolae et rerum Societatis Iesu historia (Chronicon de J. A. de Polanco [6 vol], Madrid 1894- 1898, [1, 3, 5, 7, 9, 11].
- NADAL, J., *13ª plática en Alcalá 1961*, en LOP, M. (Edición y traducción), *Las pláticas del P. Jerónimo Nadal, la globalización ignaciana*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 2011.
- RIVADEIRA, P., *Vida de San Ignacio de Loyola*, Imprenta y Librería de la viuda e hijos de J. Subirana, Barcelona 1885².
- RODRIGUES, S., *Origen y progreso de la Compañía de Jesús*, en ALONSO, E. (editor), Mensajero – Sal Terrae, Bilbao- Santander 2005.

2.- San Ignacio y los primeros compañeros

- DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, BAC, Madrid 2006.
- DE DIEGO, L., *La opción sacerdotal de Ignacio de Loyola y sus compañeros (1515- 1540). Estudio histórico e interpretación teológico- espiritual*, CIS-UCAB, Roma- Caracas (1975).
- GARCÍA HERNÁN, E., *Ignacio de Loyola*, Santillana Ediciones Generales, Madrid 2013.
- GARCÍA VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola, nueva biografía*, BAC, Madrid 1986.
- GARCÍA DE CASTRO, J., “Los primeros de París, amistad, carisma y pauta”, Manresa 78 (2006).
- GARCÍA LOMAS, J. (Editor), *Ejercicios y Espirituales mundo de hoy*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao- Santander 1991.
- GARCÍA MATEO, R., *Ignacio de Loyola, su espiritualidad y su mundo cultural*, Mensajero, Bilbao 2000.
- GARCÍA MATEO, R., *Ignacio de Loyola: contemplación y misión*, GBP (Gregorian & Biblical Press), Roma 2011.
- O’MALLEY, J., *Los primeros jesuitas*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 1993.
- OSUNA, J., *Amigos en el Señor, unidos en la dispersión*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao, s.a.

- RAMBLA, J. M. (Editor), *El Peregrino, autobiografía de San Ignacio de Loyola*, Mensajero – Sal Terrae- Universidad de Comillas, Bilbao- Santander- Madrid 2015².
- RAVIER, A., *Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, Espasa- Calpe, Madrid 1991.
- ROYÓN, E., *La misión en la dinámica de los Ejercicios*, en *Ejercicios y Espirituales mundo de hoy*.
- RUIZ JURADO, M., *A la luz del Carisma Ignaciano, estudios sobre san Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús*, Mensajero- Sal Terrae- Universidad Pontificia de Comillas, Bilbao, 2015.
- RUIZ JURADO, M., *El peregrino de la voluntad de Dios, biografía espiritual de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid- España, 2005.
- TELLECHEA, J., *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Sígueme, Salamanca 2009¹¹.

3.- Documentos fundacionales: Fórmula del Instituto y Constituciones

- ALDAMA, A., *Iniciación al estudio de las Constituciones*, CIS, Roma 1981.
- ALDAMA, A., *Notas para un comentario a la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús*, CIS, Roma 1981.
- ARZUBIALDE, S.; CORELLA, J.; GARCÍA LOMAS, J. M. (Editores), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao-Santander 1993.
- CODINA, V., “Conforme a nuestra profesión de humildad y bajeza”, *Manresa* 66 (1994).
- CONWELL, J., *Deliberaciones 1539*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Editores), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, o.c., 549- 553.
- CORELLA, J., *Fórmula del Instituto*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Editores), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, o.c., 891- 901.
- COUPEAU, C., *Constituciones*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Editores), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, o.c., 435-444.
- COUPEAU, C., *El Espíritu en la forma. Las Constituciones a la luz de la retórica*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2014.
- DE DIEGO, L., *Sacerdocio*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Editores), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, o.c., 1581- 1589.
- DE JAER, A., *Formar un cuerpo para la misión. Lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2011.
- DECLoux, S., *Introducción a la parte octava*, en *Constituciones de la Compañía de Jesús*. en ARZUBIALDE, S; CORELLA, J; GARCÍA LOMAS, J. M. (Editores), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, o.c., 277- 288.
- IGLESIAS, I., *Cuarto Voto*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Editores), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, o.c., 515- 520.
- ITURRIOZ, J., “Dos líneas de obediencia en la Compañía de Jesús”, *Manresa* 43 (1971).
- MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, M., *Coro*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Editores), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, o.c., 942- 943.
- MOLINA, D., “Nuestro principio y principal fundamento”, *Manresa* 88 (2016).

- RAMBLA, J. M., “El hombre de las Constituciones como prolongación del hombre de los Ejercicios”, *Manresa* 70 (1997).
- ROYÓN, E., “Las Constituciones en el Cuerpo de la Compañía, un espíritu y un camino para un cuerpo”, *Manresa* 78 (2006).
- RUIZ JURADO, M., “Espiritualidad Ignaciana en la Fórmula del Instituto S.I”, *Manresa* 48 (1976).
- RUIZ JURADO, M., “Las Constituciones de la Compañía de Jesús y el discernimiento espiritual”, *Manresa* 48 (1976).
- SALVAT, I., “Ayudar a las ánimas. La misión, horizonte objetivador de la espiritualidad ignaciana”, *Manresa* 80 (2008).
- SALVAT, I., *Introducción a la parte séptima*, en *Constituciones de la Compañía de Jesús*. en ARZUBIALDE, S; CORELLA, J; GARCÍA LOMAS, J. M. (Editores), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, o.c., 247- 263.
- SALVAT, I., *Misión*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Editores), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, o.c., 1239- 1246.
- SALVAT, I., *Servir en misión universal*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 2001.

4.- Compañía de Jesús

- ARRUPE, P., *La identidad del jesuita en nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander 1981.
- BRODRICK, J., *San Ignacio de Loyola, años de peregrinación*, Espasa- Calpe, Madrid 1956.
- BURRIEZA, J., *Establecimiento, fundación y oposición de la Compañía de Jesús*, Marcial Pons, Ediciones de Historia, S.A., Madrid 2004.
- ECHARTE, I., *Concordancia ignaciana*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 1996.
- GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Editores), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 2007².
- LÓPEZ GUZMÁN, M., “Lo que más conduce”, *Manresa* 82 (2010).
- O’NEILL, CH.; DOMÍNGUEZ, J., *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús* (Vol. I), Institutum Historicum, SJ – Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2001.
- REVUELTA, M., *La Compañía de Jesús*, en ESCUDERO, J. (Director), *La Iglesia en la historia de España*, o. c., 483- 494.
- RUIZ JURADO, M., *Carisma de la Compañía de Jesús*, en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, en O’NEILL, CH; DOMÍNGUEZ, J, *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, o. c., 659- 660.

5.- Sociedad, Iglesia, teología

- APARICIO, A.; CANALS, J. (Directores), *Diccionario Teológico de la vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2000.
- BARRIO, M., *Los Reyes Católicos, Cisneros y la Reforma del clero secular y regular*, en ESCUDERO, J. (Director), *La Iglesia en la historia de España*, o. c., 415- 432.
- COLLADO, A., *Historia de la Iglesia en España, Edad Moderna*, Instituto Teológico san Idelfonso, Toledo 2007.

- ESCUADERO, J. (Director), *La Iglesia en la historia de España*, Marcial Pons, Madrid 2015.
- FERNÁNDEZ CORDERO, M^a J., *Juan de Ávila (1499?- 1564). Tiempo vida y espiritualidad*, BAC, Madrid 2017.
- GARCÍA CÁRCCEL, R., *La Inquisición en los siglos XVI y XVII*, en ESCUDERO, J. (Director), *La Iglesia en la historia de España*, o. c., 445- 458.
- GARCÍA ORO, J., *Historia de la Iglesia III: Edad Moderna*, BAC, Madrid 2005.
- GARCÍA ORO, J., *Conventualismo y Observancia*, en GARCÍA VILLOSLADA, R. – GONZÁLEZ, J. (Directores), *Historia de la Iglesia en España* (vol. 3, tomo 1), o. c., 211- 350.
- GARCÍA VILLOSLADA, R. – GONZÁLEZ, J. (Directores), *Historia de la Iglesia en España*, BAC, Madrid 1980.
- LABOA, J. M. (Editor), *Historia de la Iglesia, desde los orígenes del cristianismo hasta nuestros días*, San Pablo, Madrid 2012.
- MARTÍN, F. – MARTÍN, J., *Historia de la Iglesia en España*, Palabra, Madrid 2009.
- TERESA DE JESÚS (SANTA), *Obras Completas*, BARRIENTOS, A. (Director), Editorial de Espiritualidad, Burgos 2016⁶.
- ZAGHENI, G., *La Edad Moderna*, en Laboa, J. M. (Editor), *Historia de la Iglesia, desde los orígenes del cristianismo hasta nuestros días*, o. c., 429- 451.
